

CLUB DE FANTASÍA

**BRIAN W. ALDISS**  
**POUL ANDERSON**  
**ISAAC ASIMOV**  
**Sonrisas de metal**



15  
de

Las historias incluidas en este volumen parten de un planteamiento común: el agobio tecnológico, la crisis de una civilización que, paso a paso, ha ido abdicando de los valores humanísticos para potenciar una fórmula de explotación económica a través de un mecanicismo avasallador del que son víctimas, en primer lugar los mismos creadores de la utopía técnica. *Respuesta*, de Frederic Brown —la conexión de todas las calculadoras de billones de planetas en busca de la prueba de la existencia de Dios— resume el clima de todos los relatos de esta serie, en la que figuran textos ya clásicos como *Algún día*, de Asimov, *El nuevo Papá Noel*, de Aldiss, y el divertido y desconcertante *Don Quijote y el molino de viento*, de Poul Anderson. La variedad de planteamientos y de soluciones dentro de este esquema unitario, da a este volumen un valor paradigmático dentro de las tendencias últimas de la ciencia-ficción.



AA. VV.

# **Sonrisas de metal**

**Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 15**

**ePub r1.0**

**Hechadelluvia 24.07.14**

Título original: *The Metal Smile*

AA. VV., 1977

Traducción: Márius Lleget

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.1



# ÍNDICE

EL NUEVO PAPÁ NOEL, *The New Father Christmas* (1958), de Brian W. Aldiss

RESPUESTA, *Answer* (1954), de Fredric Brown.

MATE DESCABELLADO, *Fool's Mate* (1953), de Robert Sheckley.

EL QUIJOTE Y EL MOLINO DE VIENTO, *Quixote and the Windmill* (1950), de Poul Anderson.

LA MÁQUINA AMBIDEXTRA, *Two-Handed Engine* (1955), de Catherine L. Moore y Henry Kuttner.

SUPERCLASE EN SERVICIO, *First to Serve* (1954), de Algis Budrys.

YO TE HICE, *I Made You* (1954), de Walter M. Miller Jr.

OBSTRUCCIÓN, *The Monkey Wrench* (1951), de Gordon R. Dickson.

IMPOSTOR, *Impostor* (1953), de Philip K. Dick.

ALGÚN DÍA, *Someday* (1956), de Isaac Asimov.

DEFECTO EN EL PECHO, *Short in the Chest* (1954), de Idris Seabright.

BRIAN ALDISS

## EL NUEVO PAPÁ NOEL

*The new Father Christmas*

Roberta, la menuda anciana, bajó el reloj del estante y lo puso sobre la hornalla; luego tomó la tetera e intentó darle cuerda. El reloj había llegado casi al punto de ebullición antes de que ella se diera cuenta. Chillando en voz baja, para no despertar al viejo Robin, tomó el reloj con un repasador y lo dejó caer sobre la mesa. Marchaba furiosamente. Lo contempló.

Aunque Roberta daba cuerda al reloj todas las mañanas al levantarse, llevaba meses sin echarle una mirada. Esa mañana, al contemplarlo, vio que eran las 7:30 del día de Navidad, 2388.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Navidad, ya! ¡Si parece que apenas han pasado las Pascuas!

Ni siquiera tenía idea de que fuera el año de 2388. Tanto ella como Robin llevaban mucho tiempo en la fábrica. Se sintió contenta de que fuera Navidad, porque le gustaban las sorpresas... pero también sintió algo de miedo. Porque aquello la llevaba a recordar al Nuevo Papá Noel, y habría preferido no pensar en eso. El Nuevo Papá Noel, según se decía, hacía sus rondas en la mañana de Navidad.

—Debo contárselo a Robin —dijo.

Pero el pobre Robin había estado demasiado susceptible en los últimos tiempos; era de suponer que se pondría de malhumor al encontrarse de pronto con la Navidad encima. De cualquier modo,

como Roberta era incapaz de reservarse nada, tendría que bajar a contárselo a los vagabundos.

Tras poner la tetera al fuego, salió de la vivienda para entrar a la fábrica, como un ratón que emergiera de su nido oloroso a pastel de fruta. Roberta y Robin vivían en lo alto de la fábrica, y los vagabundos habían fijado su domicilio ilegal en la parte más baja. Roberta fue bajando en puntas de pies por muchas, muchas escaleras de metal.

La fábrica estaba poblada por ese tipo de sonidos que Robin llamaba «el ruido silencioso». Era constante, día y noche, y hacía tiempo que los dos humanos habían dejado de escucharlo. Cuando los dos fueran ya incapaces de oír nada, el ruido proseguiría. Esa mañana, las máquinas estaban más atareadas que nunca, y no tenían el menor aspecto navideño. Roberta reparó especialmente en dos máquinas por las que sentía un odio especial: una se movía como un telar, empacando un alambre increíblemente fino en cajas increíblemente pequeñas; la otra se revolcaba como si luchara contra algún enemigo invisible, aparentemente sin producir nada.

La anciana pasó con cautela junto a ellas y bajó al sótano. Al llegar frente a una puerta gris, llamó con los nudillos. De inmediato pudo oír que los vagabundos se echaban contra la puerta, del lado interior, gritándose ásperamente.

Roberta, incapaz de alzar la voz, esperó que hicieran silencio, y entonces dijo, tan claramente como pudo:

—Soy yo, muchachos.

Tras una pausa muda, la puerta se abrió unos milímetros. En seguida se abrió por completo. Tres siluetas ojerosas se presentaron ante ella, con expresiones de angustia: Jerry, el ex-escritor, y Tony y Dusty, quienes nunca habían sido ni serían más que vagabundos. Jerry, el más joven, tenía cuarenta años; le quedaba, por lo tanto, media vida para dormitar por ahí. Tony tenía cincuenta y cinco, y Dusty sufría de erupciones.

—¡Creímos que era la Barredora Infernal! —exclamó Tony.

Cada mañana, la Barredora Infernal barría toda la fábrica. Cada mañana, los vagabundos se veían obligados a parapetarse en la habitación, para que la barredora no los arrojara con todas sus pertenencias por los vertederos de basura.

—Entre, por favor —dijo Jerry—. Perdón el desorden.

Roberta entró; fatigada por su larga caminata, se sentó en un cajón de embalaje. El cuarto de los vagabundos la ponía nerviosa; sospechaba que a veces llevaban mujeres allí; además, había calzoncillos colgados en un rincón.

—Tengo algo que decirles, a los tres —empezó.

Todos esperaron, corteses aunque intrigados. Jerry se limpiaba las uñas con una chincheta.

—Acabo de olvidar qué era —confesó la anciana.

Los vagabundos suspiraron ruidosamente, con alivio. Tenían miedo de todo lo que amenazara perturbar su tranquilidad. Tony se sintió comunicativo.

—Hoy es Navidad —dijo, echando a su alrededor una mirada furtiva.

—¿De veras? —exclamó Roberta—. ¡Pero si recién han pasado las Pascuas!

—Permítanos —dijo Jerry— desearle una Navidad segura y un Año Nuevo libre de persecuciones.

Esa muestra de cortesía hizo rebrotar los temores latentes de Roberta.

—Vosotros... no creéis en el Nuevo Papá Noel, ¿verdad? —les preguntó.

Ninguno respondió, pero la cara de Dusty tomó el color de la cáscara de limón; ella comprendió que sí, que creían en él. También ella.

—Será mejor que vengáis al departamento para celebrar este día feliz —dijo—. Después de todo, la unión hace la fuerza.

—Yo no puedo pasar por la fábrica —dijo Dusty—; las máquinas me hacen brotar la erupción. Es una especie de alergia.

—De cualquier modo, iremos —decidió Jerry—. Nunca se debe desperdiciar una invitación.

Los cuatro treparon las escaleras como pesados ratones, y atravesaron la fábrica en constante expansión. Las máquinas fungieron ignorarlos.

En el departamento los esperaba un verdadero pandemónium. La tetera estaba hirviendo, y Robin gritaba pidiendo auxilio. Aunque oficialmente estaba condenado a guardar cama, podía

levantarse en momentos críticos; ahora estaba de pie junto a la puerta del cuarto, y Roberta tuvo que ir a quitar la tetera del fuego antes de ir a tranquilizarlo.

—¿Y por qué has traído aquí a esa gente? —inquirió, en un violento susurro.

—Porque son nuestros amigos, Robin —contestó Roberta, tratando de llevarlo de nuevo a la cama.

—¡Ésos no son amigos míos! —protestó él.

Se le ocurrió algo terrible para decirle; temblando, luchó con la idea, y finalmente no dijo nada. El esfuerzo lo dejó débil e irritable. Era horrendo estar bajo el dominio de su mujer. Su obligación, como cuidador de la gran fábrica, era cuidar de que no entrara ninguna persona indeseable; pero, tal como estaban las cosas, no podía expulsar a los vagabundos, puesto que su mujer los defendía. La vida era, sin lugar a dudas, algo exasperante.

—Vinimos a desearle una segura Navidad, señor Proctor —dijo Jerry, deslizándose en el dormitorio con sus dos compañeros—. ¡Navidad, y yo con erupciones!

—No es Navidad —gimoteó Robin, mientras Roberta le metía los pies bajo las frazadas—. Lo decís sólo para molestarme.

¡Si pudieran al menos intuir la cólera que rodaba por sus venas como una enfermedad! En ese momento, el conducto de distribución del correo tintineó, y un sobre entró en la habitación, como lanzado por una catapulta. Robin lo tomó de manos de Roberta y lo abrió, tembloroso. Dentro había una tarjeta de Navidad, firmada por el Ministro de Fábricas Automáticas.

—Esto prueba que hay otra gente viva en el Mundo —dijo Robin.

Aquellos tres tontos no eran lo bastante importantes como para recibir tarjetas de Navidad. Su esposa echó una mirada miope sobre la firma del ministro.

—Esto es un sello de goma, Robin —dijo—. No prueba nada.

Eso terminó de ponerlo furioso. ¡Que lo contradijera delante de esa canalla! Además, desde la Navidad pasada las mejillas de Roberta se habían arrugado más, cosa que lo molestaba profundamente. Cuando estaba a punto de desollarla, sus ojos se posaron casualmente en la dirección escrita en el sobre; decía:

«Robin Proctor, F. A. X10».

—¡Pero si esta fábrica no es X10! —protestó a viva voz—. Es la SC541.

—A lo mejor hace treinta y cinco años que estamos en una fábrica que no nos corresponde —dijo Roberta—. ¿Qué importancia tiene?

La pregunta era tan absurda que el anciano apartó las cobijas hasta los pies de la cama.

—¡Bueno, ve a averiguar, vieja estúpida! —chilló—. El número de la fábrica está grabado en la salida. Ve a ver qué dice. Si no dice SC541, debemos salir de aquí en seguida. ¡Rápido!

—La acompaño —dijo Jerry a la anciana.

—¡Todos vosotros iréis con ella! —dijo Robin—. No quiero que os quedéis aquí conmigo. ¡Me asesinaríais en esta misma cama!

Sin gran sorpresa (aunque Tony lanzó, al pasar, una mirada triste a la tetera vacía) se encontraron en los preñados estratos de la fábrica, y bajaron hacia la salida. Allí había cintas transportadoras que llevaban los productos terminados hacia los vehículos que esperaban.

—Esto no me gusta mucho —dijo Roberta, intranquila—. Con sólo echar una mirada fuera siento que mi agorafobia se agrava.

De cualquier modo, hizo lo que Robin le había indicado. Sobre la puerta de salida, un cartel rezaba: X10.

—Robin no me creerá cuando se lo diga —se quejó.

—Yo creo que la fábrica cambió de nombre —observó Jerry, tranquilo—. Quizá cambió también de ramo. Después de todo, no hay nadie que verifique; puede hacer lo que quiera. ¿Siempre ha fabricado estos huevos?

En silencio, contemplaron la interminable línea móvil de huevos de acero. Eran pulidos, grandes como huevos de avestruz; salían al exterior, donde varios robots los apilaban dentro de los camiones encargados del transporte.

—Nunca supe de una fábrica que pusiera huevos —rió Dusty, rascándose el hombro—. Será mejor que volvamos antes de que la Barredora Infernal nos atrape.

Subieron lentamente los innumerables escalones.

—Yo creía que aquí se fabricaban televisores —dijo Roberta, en

algún momento.

—Si ya no hay hombres —observó Jerry, sombrío—, no hacen falta televisores.

—No recuerdo bien si...

Cuando se lo dijeron a Robin, se descompuso de furia; llegó a caerse de la cama, y amenazó con bajar a ver con sus propios ojos el nombre de la fábrica. Sólo se contuvo porque tenía la secreta teoría de que la fábrica entera no era sino una de las tantas alucinaciones de Roberta.

—Y en lo que respecta a los *huevos*... —barbotó.

Jerry metió la mano en uno de sus rotos bolsillos y sacó uno de los huevos, depositándolo en el piso. En el silencio siguiente, todos pudieron oír que el huevo hacía *tic-tac*...

—Hiciste mal, Jerry —dijo Dusty en tono áspero—. Eso equivale a... interferir —todos miraron a Jerry, más asustados aún porque ignoraban la causa del miedo que sentían.

—Lo traje porque pensé que la fábrica debía hacernos un regalo de Navidad —explicó Jerry, soñador, agachándose para mirar el huevo—. Saben... Hace mucho tiempo, antes de que las máquinas declararan prescindibles a los escritores como yo, conocí a un robot-escritor. Lo habían dejado para chatarra, pero me contó un par de cosas. Me dijo que las máquinas, al asumir las obligaciones del hombre, también habían adoptado sus mitos. Por supuesto, adaptaron esos mitos a sus propias creencias. Pero creo que les gustaría la idea de entregar regalos de Navidad.

Dusty hizo rodar a Jerry de un puntapié.

—¡Toma, por tu idea! —le dijo—. ¿Estás loco, muchacho? Las máquinas vendrán aquí a buscar ese huevo. No sé qué podemos hacer.

—Pondré el té para preparar la tetera —dijo Roberta, con mucho tino.

Ese comentario estúpido colmó la paciencia de Robin.

—¡Devolved el huevo, todos vosotros! —chilló—. Eso es robar, y nada más que robar, y yo no quiero que se me complique en semejante cosa. ¡Y después, vosotros, vagabundos, salid de la fábrica!

Jerry, que se había acomodado a gusto en el suelo, dijo, sin

levantar la vista:

—No quisiera asustarlo, señor Proctor, pero el Nuevo Papá Noel vendrá por usted, si no tiene cuidado. Aquel viejo mito navideño fue uno de los que las máquinas adoptaron y modificaron. El Nuevo Papá Noel es todo metal y vidrio; en vez de dejar juguetes nuevos, se lleva a las máquinas y a la gente que ya está vieja.

Roberta, que escuchaba junto a la puerta, quedó tan blanca como una sábana.

—Tal vez es por eso que el Mundo se ha despoblado tanto últimamente —dijo—. Será mejor que vaya a preparar un poco de té.

Robin se las compuso para salir de la cama, aguijoneado por su tremenda irritación. Mientras avanzaba tambaleante hacia Jerry, el huevo se cascó.

Se partió limpiamente en dos mitades, dejando al descubierto una pequeña maquinaria. Cuatro diminutos maniquíes saltaron fuera y entraron en acción. En un segundo, mediante pequeñísimos soldadores, habían convertido la cáscara en una doble cúpula; del interior surgía un ruido de martillos.

—¡Van a construir otra fábrica aquí mismo, esos desfachatados! —exclamó Roberta.

Intentó aplastar las cúpulas con la tetera, pero ni siquiera logró mellarlas. De inmediato, un leve tintineo invadió la habitación.

—¡Cielos! —exclamó Jerry—. ¡Están telegrafando para pedir ayuda! ¡Debemos salir en seguida de aquí!

Salieron con Robin, que temblaba de cólera.

Y el Nuevo Papá Noel los atrapó a todos en la escalera.

FREDRIC BROWN

## RESPUESTA

*Answer*

Dwar Ev soldó ceremoniosamente la última conexión con oro. Los ojos de una docena de cámaras de televisión le contemplaban y el subéter transmitió al Universo una docena de imágenes sobre lo que estaba haciendo.

Se enderezó e hizo una seña a Dwar Reyn, acercándose después a un interruptor que completaría el contacto cuando lo accionara. El interruptor conectaría, inmediatamente, todo aquel monstruo de máquinas computadoras con todos los planetas habitados del Universo —noventa y seis mil millones de planetas— en el supercircuito que los conectaría a todos con una supercalculadora, una máquina cibernética que combinaría todos los conocimientos de todas las galaxias.

Dwar Reyn habló brevemente a los miles de millones de espectadores y oyentes. Después, tras un momento de silencio, dijo:

—Ahora, Dwar Ev.

Dwar Ev accionó el interruptor.

Se produjo un impresionante zumbido, la onda de energía procedente de noventa y seis mil millones de planetas. Las luces se encendieron y apagaron a lo largo de los muchos kilómetros de longitud de los paneles.

Dwar Ev retrocedió un paso y lanzó un profundo suspiro.

—El honor de formular la primera pregunta te corresponde a ti,

Dwar Reyn.

—Gracias —repuso Dwar Reyn—, será una pregunta que ninguna máquina cibernética ha podido contestar por sí sola.

Se volvió de cara a la máquina.

—¿Existe Dios?

La impresionante voz contestó sin vacilar, sin el chasquido de un solo relé.

—Sí, *ahora* existe un Dios.

Un súbito temor se reflejó en la cara de Dwar Ev. Dio un salto para agarrar el interruptor.

Un rayo procedente del cielo despejado le abatió y produjo un cortocircuito que inutilizó el interruptor.

ROBERT SHECKLEY

## MATE DESCABELLADO

*Fool's Mate*

*Los jugadores se enfrentaban en el inmenso e infinito tablero del espacio. Las piezas eran destellantes notas que flotaban en sus separados cuadros. Y en esta configuración, al comienzo, antes aun de que se hiciera el primer movimiento, estaba determinado el resultado del juego.*

*Ambos contrincantes lo sabían, y sabían quién ganaría. Pero jugaban.*

*Porque la partida tenía que ser jugada.*

—¡Nielson!

El teniente Nielson se hallaba sentado ante su cuadro de disparo, con una sonrisa idílica en el rostro. No alzó la vista.

—¡Nielson!

El teniente se estaba mirando ahora los dedos, con la fijeza de un chiquillo perplejo.

—¡Nielson! ¡Espabile ya! —el general Branch advertía severo—. ¿Me oye, teniente?

Nielson movió la cabeza torpemente. Volvió a mirarse los dedos y, luego, la reluciente colección de botones del panel de disparo le prendió la vista.

—Bonito —dijo.

El general Branch entró en el camarote, asió a Nielson por los

hombros y lo zarandeó.

—Bonitos objetos —dijo Nielson, señalando con un ademán de la cabeza al panel.

Sonrió a Branch.

Margraves, segundo en mando, asomó la cabeza por el umbral. Todavía llevaba los galones de sargento en su guerrera, aunque había sido promovido a coronel sólo hacía tres días.

—Ed —dijo—, está aquí el delegado del presidente. Visita de información.

—Espere un minuto —respondió Branch—. Quiero completar esta inspección —hizo una mueca; era una inspección infernal, pues había que buscar cuántos hombres válidos le quedaran—. ¿Me oye, teniente? —dijo a Nielson.

—Diez mil naves —respondió Nielson—. ¡Diez mil naves... todas desaparecidas!

—Lo siento —dijo Branch.

Se inclinó y le dio una viva bofetada.

El teniente Nielson se echó a llorar.

—Eh, Ed... ¿qué hay de ese delegado?

A corta distancia, el aliento del coronel Margraves era un denso olor a whisky, pero Branch no le reprendió. Cuando sólo queda un buen oficial, no hay que reprenderle, haga lo que haga. Y por otra parte, Branch aprobaba el whisky. Era un buen alivio, dadas las circunstancias. Probablemente mejor que el suyo propio, pensó, lanzando una ojeada a sus cicatrizados nudillos.

—Ahora mismo estaré con usted... Nielson, ¿puede comprenderme?

—Sí, señor —dijo el teniente con voz temblorosa—. Ya me encuentro bien, señor.

—Bien —dijo Branch—. ¿Puede permanecer en servicio?

—Por algún tiempo —respondió Nielson—. Pero, señor... no estoy bien. Lo noto.

—Lo sé —dijo Branch—. Merece un descanso. Pero usted es el único oficial artillero que me ha quedado en esta parte de la nave. El resto está en las enfermerías.

—Lo intentaré, señor —dijo Nielson, volviendo a mirar de nuevo el panel de disparo—. Pero a veces oigo voces. No puedo prometer

nada, señor.

—Ed —insistió Margraves—, ese delegado...

—Ya voy. Buen chico, Nielson.

El teniente no levantó la vista cuando se marcharon Branch y Margraves.

—Le escolté hasta el puente —dijo inclinándose un poco a estribor mientras andaba—. Le ofrecí una bebida, pero no quiso.

—Está bien —dijo Branch.

—Rebosaba de preguntas —continuó Margraves, riendo entre dientes para sí mismo—. Uno de esos serios y estirados hombres del Departamento de Estado, dispuestos a ganar la guerra en cinco minutos. Muy cordial, el muchacho. Deseaba saber por qué yo, personalmente, pensaba que la flota había estado maniobrando en el espacio durante un año sin haber emprendido ninguna acción.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que estábamos en espera de un envío de cañones destructores ultrarrápidos —respondió Margraves—. Creo que casi me creyó. Luego empezó a hablar de logística.

—Hummm —hizo Branch.

No tenía objeto saber lo que Margraves, medio borracho, habría dicho al delegado. Tampoco importaba. Ya hacía tiempo que era conveniente una encuesta oficial sobre la prosecución de la guerra.

—Voy a dejarle aquí —dijo Margraves—. Tengo algún asunto por terminar.

—Está bien —dijo Branch, porque era todo cuanto podía decir.

Sabía que el asunto por terminar de Margraves era una botella.

Y se dirigió solo al puente.

El delegado del presidente estaba contemplando la enorme pantalla de localización posicional. Cubría una pared entera, y tenía una serie de relucientes motas que se movían lentamente. Los millares de luces verdes de la izquierda representaban a la flota de la Tierra, separadas por un negro vacío de las naranjas del enemigo. Mientras la contemplaba, varió lentamente el fluido frente tridimensional. Los ejércitos de motas se apiñaron, se desplazaron, se retiraron, y avanzaron, moviéndose con hipnótica lentitud.

Pero el vacío negro permaneció entre ellas. El general Branch había estado contemplando este espectáculo durante casi un año.

En cuanto a él, creía que la pantalla era un lujo. A través de ella no podía determinar lo que estaba sucediendo en realidad. Sólo las computadoras programadas podían hacerlo, y no las necesitaban.

—¿Cómo está usted? —saludó el delegado, adelantándose y tendiendo su mano—. Me llamo Richard Ellsner.

Branch le estrechó la mano, observando que la descripción de Margraves había sido muy buena. El delegado no tenía más de treinta años. Su piel atezada daba una rara impresión, tras un año de caras pálidas.

—Mis credenciales —dijo Ellsner, tendiendo a Branch un manojito de documentos.

El general los examinó superficialmente, tras tomar buena nota del nombramiento de Ellsner como Voz Presidencial en el Espacio. Un gran honor para un hombre tan joven.

—¿Cómo van las cosas en la Tierra? —preguntó sólo por decir algo.

Indicó con un gesto un sillón a Ellsner, mientras él tomaba asiento en otro.

—Tensas —respondió Ellsner—. Hemos estado limpiando el planeta de elementos radiactivos para mantener operando a su flota. Por no mencionar el tremendo costo del abastecimiento en alimentos, oxígeno, piezas de repuesto, y todo el suministro que necesita usted para mantener sobre el terreno a una flota de este tamaño.

—Lo sé —murmuró Branch, sin expresión alguna en su ancho rostro.

—Prefiero empezar exponiendo de inmediato las quejas del presidente —dijo Ellsner con una risita de excusa—. Sólo para zafarme de ellas.

—Adelante —dijo Branch.

—Pues bien —comenzó Ellsner, consultando un cuadernito de notas—, usted ha tenido la flota en el espacio durante once meses y siete días. ¿Es exacto?

—Exacto.

—Durante este tiempo se han producido pequeños encuentros, pero no hostilidades reales. Usted, y el comandante enemigo, se han contentado, evidentemente, con darse mutuos bufidos como perros

malhumorados.

—Yo no hubiese empleado esa analogía —dijo Branch, sintiendo un ramalazo de antipatía por el joven—. Pero siga.

—Dispense. Fue una desafortunada, aunque inevitable comparación. Sea como sea, no se ha entablado ninguna batalla, aun cuando dispone usted de una superioridad numérica. ¿Es eso exacto?

—Sí.

—Y usted sabe que el mantenimiento de esta flota supone un gravamen a los recursos de la Tierra. El Presidente desearía saber por qué no ha tenido lugar esa batalla.

—A mí me gustaría oír primero el resto de las quejas —repuso Branch.

Apretó sus quebrantados puños, pero, con extraordinario dominio de sí mismo, los mantuvo a ambos costados.

—Muy bien. El factor moral. Estamos recibiendo informes de usted sobre la incidencia de fatiga de combate... desfallecimiento, en lenguaje claro. ¡Las cifras son absurdas! Un treinta por ciento de sus hombres parecen estar afectados. Eso pasa de la raya, aun en una situación tensa.

Branch no respondió.

—Bien, para zanjar esto —prosiguió Ellsner—, desearía la respuesta a esas cuestiones. Luego, su ayuda en la negociación de una tregua. Esta guerra, ante todo, era absurda. Nadie en la Tierra la escogió. El Presidente opina que, en vista de la situación estática, al comandante enemigo se le podría inducir a adoptar la idea.

El coronel Margraves irrumpió tambaleante y con el rostro encendido. Había resuelto, al parecer, el asunto pendiente... añadiendo otro cuarto a su semiborrachera.

—¿Qué es lo que he oído sobre una tregua? —barbotó.

Ellsner le miró fijamente durante un momento, y luego se volvió a Branch.

—Supongo que querrá cuidarse de ello usted mismo. Si entra en contacto con el comandante enemigo, yo intentaré llegar a un acuerdo con él.

—A ellos no les interesa —dijo Branch.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo he intentado ya. He estado tratando de negociar una tregua hace meses. Quieren una capitulación completa.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Ellsner, sacudiendo la cabeza—. No tienen ninguna base de sustentación para pretenderlo. Las flotas son del mismo tamaño aproximadamente. Hasta ahora no se han producido grandes enfrentamientos. ¿Cómo pueden...?

—Muy fácilmente —rugió Margraves, yendo al delegado y escudriñándole truculentamente el rostro.

—General. Este hombre está borracho —dijo Ellsner poniéndose en pie.

—¡Desde luego, pequeño idiota! —farfulló Margraves—. ¿Es que no lo comprende aún? ¡La guerra está perdida! Por completo, sin remisión.

Ellsner se volvió colérico a Branch. El general suspiró y se puso en pie a su vez.

—Así es, Ellsner. La guerra está perdida y todas las dotaciones de la flota lo saben. Por eso es que anda tan baja la moral. Sólo estamos pendientes de que nos barran de la existencia.

Las flotas se desplazaban y entrelazaban. Miles de motas flotaban en el espacio en enroscadas formas casuales.

Aparentemente casuales.

Las formas se engranaban, se abrían y se cerraban. Dinámica y delicadamente equilibrada, cada configuración era un movimiento planificado sobre un frente de cien mil millas. Las notas opuestas se desplazaban para acomodarse a las exigencias de la pauta siguiente.

¿Dónde estaba la ventaja? Para el ojo inexperto, una partida de ajedrez es una insensata ordenación de piezas y posiciones. Pero para los jugadores... la partida ya puede estar ganada o perdida.

Los jugadores mecánicos que movían los miles de motas sabían quién había ganado... y quién había perdido.

—Relajémonos todos —dijo Branch en tono apaciguador—. Margraves, prepárenos un par de combinados. Voy a explicarlo todo.

El coronel se dirigió a una surtida licorera que estaba en una esquina del camarote.

—Estoy esperando —dijo Ellsner.

—Pasemos primero revista. ¿Recuerda usted cuándo se declaró

la guerra, hace dos años? Ambas partes subscribieron el pacto Holmstead, acordando no bombardear planetas nacionales. Se dispuso una cita en el espacio, para que se enfrentasen las flotas.

—Ésa es una vieja historia —dijo Ellsner.

—Tiene un particular. La flota de Tierra se agrupó y voló a la cita —Branch carraspeó—. ¿Conoce usted los CPC? —prosiguió—. ¿Los Calculadores de Probabilidad de Configuración? Son como jugadores de ajedrez, enormemente extendidos. Disponen a la flota en una óptima formación de ataque-defensa, basada en la configuración de la flota oponente. Así fue cómo se estableció la primera norma.

—No veo la necesidad... —empezó a decir Ellsner, pero Margraves, volviendo con las bebidas, le interrumpió.

—Espere, muchacho. Pronto habrá una luz cegadora.

—Cuando las flotas se encuentran —prosiguió Branch—, los CPC calculan las probabilidades de ataque. Encuentran que hemos perdido aproximadamente el ochenta y siete por ciento de nuestra flota por el sesenta y cinco por ciento el enemigo. De haber atacado ellos, hubiesen perdido setenta y nueve por ciento, por sesenta y cuatro nosotros. Así era la situación entonces. Por extrapolación, su norma óptima de ataque, en ese momento, les había producido un cuarenta y cinco por ciento de pérdidas. Las nuestras habrían alcanzado un setenta y dos.

—Yo no sé mucho de CPC —confesó Ellsner—. Mi terreno es psíquico.

Sorbió su bebida, gesticuló y sorbió de nuevo.

—Piense en ellos como jugadores de ajedrez —dijo Branch—. Pueden estimar las probabilidades de ataque en un momento dado, con cualquier norma. Pueden extrapolar los probables movimientos de ambos lados. Ésta es la causa de que no se declarara la batalla en nuestro primer encuentro. Ningún comandante va a aniquilar toda su flota así como así.

—Pero entonces —repuso Ellsner—, ¿por qué no explotó usted su ligera superioridad numérica? ¿Por qué no obtuvo una ventaja sobre ellos?

—¡Ah! —exclamó Margraves, tomando un trago—. ¡Ya aparece la luz!

—Permítame expresárselo en forma de analogía —contestó Branch—. Si tiene usted dos jugadores de ajedrez de igual destreza, el final del juego está decidido cuando uno de ellos obtiene ventaja. Una vez que ésta se ha impuesto, no hay nada que el otro jugador pueda hacer, a menos que el primero cometa un error. Si todo va como debiera, el final del juego está predeterminado. El punto crucial puede llegar unos cuantos movimientos después de que el juego comienza, si bien el propio juego podría arrastrarse durante horas.

—Y recuerde —intervino Margraves— que un espectador casual puede que no vea ninguna ventaja. Puede que ni siquiera se pierda una pieza.

—Esto es lo que ha sucedido aquí —terminó tristemente Branch—. Las unidades CPC de ambas flotas son de la máxima eficiencia. Pero el enemigo dispone de un margen que está explotando cuidadosamente. Y no hay nada que podamos hacer.

—Pero ¿cómo sucedió eso? —preguntó Ellsner—. ¿Quién se equivocó?

—Los CPC han advertido la causa del fracaso —dijo Branch—. El final de la guerra era inherente a nuestra formación de salida.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Ellsner, dejando a un lado su vaso.

—Sólo eso. La configuración de la flota estaba trazada, a años luz de la batalla, antes de que hubiésemos contactado con la enemiga. Cuando las dos se encontraron, ellos tenían una ventaja infinitesimal de posición. Era suficiente. Suficiente para los CPC de todos modos.

—Si le sirve de consuelo —intervino Margraves—, la probabilidad estaba al cincuenta por ciento. Y también podríamos haber sido nosotros quienes dispusiéramos del margen.

—Tengo que descubrir más sobre eso —dijo Ellsner—. Todavía no comprendo bien todo.

—La guerra está perdida —gruñó Branch—. ¿Qué más quiere saber?

Ellsner meneó la cabeza.

—Me has puesto el cepo de la predestinación —citó Margraves—, ¿e imputas luego mi caída en el pecado?

El teniente Nielson se hallaba sentado frente al panel de disparo, con sus dedos entrelazados... Lo cual era necesario, porque Nielson sentía un casi irresistible deseo de apretar los botones.

Los bonitos botones.

Lanzando un juramento se sentó sobre las manos. Había prometido al general Branch que seguiría en su puesto, y eso era importante. Habían pasado ya tres días desde que le viera, pero estaba decidido a continuar. Fijó resueltamente la mirada en los cuadrantes de disparo.

Los delicados indicadores oscilaban y temblaban. Los cuadrantes medían la distancia y ajustaban la apertura a alcance. Los gráciles indicadores subían y bajaban cuando la nave maniobraba alzándose hacia la línea roja, pero sin alcanzarla por completo.

Esta línea roja señalaba emergencia. Ésta se produciría cuando él comenzara a disparar, al cruzar la flechita negra la rayita roja.

Él llevaba ya casi un año esperando a esa flechita negra. Flechita negra. Flechita negra. Flechita negra.

Detenía. Eso sería cuando él comenzara a disparar.

El teniente Nielson alzó sus manos y examinó las uñas. Limpió fastidiosamente algo de suciedad de una de ellas, y volviendo a entrelazar de nuevo los dedos, se quedó mirando los bonitos botones, la flechita negra, y la rayita roja.

Sonrió para sí mismo. Había prometido quedarse ante el panel, sin hacer nada.

Por ello aparentaba no oír lo que los botones le estaban cuchicheando.

—Lo que no puedo ver —dijo Ellsner— es por qué no puede usted hacer algo con respecto a la norma. Retirarse y reagruparse, por ejemplo...

—Yo lo explicaré —intervino Margraves—. Así le daré la oportunidad a Ed de tomarse un trago. Venga usted aquí —y condujo a Ellsner a un panel de instrumentos.

Habían estado enseñándole la nave durante tres días, más para aliviar su propia tensión que por cualquier otro motivo. El último día se había convertido en un prolongado asalto a la bebida.

—¿Ve usted este cuadrante? —Margraves apuntó a uno.

El panel instrumental cubría una superficie de metro y medio de

ancho por siete de largo. Sus botones y conmutadores controlaban los movimientos de toda la flota.

—Observe la superficie ensombrecida. Señala el límite de seguridad. Si empleamos una configuración prohibida, el indicador sobrepasa y se desata el Infierno.

—¿Y qué es una configuración prohibida? —preguntó Ellsner.

Margraves pensó durante un momento.

—Las configuraciones prohibidas —dijo— son aquéllas que darían al enemigo una ventaja de ataque. O, para expresarlo de otra manera, movimientos que cambian el cuadro de ataque-probabilidad-pérdida, como para garantizar un ataque.

—¿Así que ustedes sólo pueden moverse dentro de unos límites estrictos? —preguntó Ellsner, mirando el cuadrante.

—Exacto. Del número Infinito de posibles formaciones, sólo podemos emplear unas cuantas, si queremos jugar a lo seguro. Es como en el ajedrez. Supongamos que le guste a usted poner un peón de la sexta fila tras la fila de su oponente. Ello requeriría dos movimientos. Y después de que se moviese usted a la séptima fila, su oponente tendría un paso despejado, conduciendo inevitablemente al jaque-mate.

—Desde luego, si el enemigo avanza con demasiada audacia, las probabilidades cambian de nuevo, y nosotros atacamos.

—Es nuestra única esperanza —intervino el general Branch—. Estamos haciendo votos porque cometan alguna equivocación. La flota está presta para un inmediato ataque, si nuestro CPC muestra que el enemigo se ha extendido demasiado en alguna parte.

—Y ésa es la razón del desfallecimiento —dijo Ellsner—. Todos los hombres de la flota, con los nervios en punta, están esperando una oportunidad que no ha de llegar nunca. ¿Cuánto tiempo ha de seguir así la cosa?

—Este movimiento y tanteo puede dilatarse un poco más de dos años —dijo Branch—. Entonces ellos estarán en la formación óptima para el ataque, con un veintiocho por ciento de probabilidades de pérdida por nuestras noventa y tres. Tendrán que atacar entonces, o de lo contrario, las probabilidades se tornarán a nuestro favor.

—¡Qué pobres diablos son ustedes! —dijo Ellsner con aire de

conmiseración—. Esperando una oportunidad que no ha de llegar nunca. Sabiendo que, tarde o temprano, van a ser barridos del espacio.

—Nada, pura juerga —dijo Margraves, con instintiva aversión a la simpatía de un civil.

Algo zumbó en el tablero de conmutación. Branch se dirigió hacia él e introdujo una clavija en una línea.

—¿Hola? —dijo—. Sí, sí... Está bien, Williams. Bien —desconectó la línea—. El coronel Williams —explicó— ha tenido que encerrar a sus hombres en sus camarotes. Es la tercera vez que sucede en este mes. Habré de conseguir del CPC que establezca una formación de forma que podamos retirarlo del frente.

Se fue a un panel lateral y comenzó a apretar botones.

—Y así está la cosa —dijo Margraves—. ¿Qué piensa usted hacer, señor representante presidencial?

Las relucientes motas se desplazaban y despleaban, avanzaban y se retiraban, manteniendo siempre una barrera de espacio negro entre ellas. Los jugadores mecánicos de ajedrez vigilaban cada movimiento, calculando su efecto en un lejano futuro. Las piezas se movían atrás y adelante en el gran tablero de ajedrez.

Los jugadores actuaban desapasionadamente, conociendo de antemano el resultado de la partida. En su Universo estrictamente ordenado no cabía ninguna fluctuación posible, ninguna torpeza, ningún fallo.

Movían las piezas. Y sabían. Y seguían moviéndolas.

—Oh, sí —dijo el teniente Nielson al sonriente camarote—. Oh, sí.

Y miró a todos los botones, riendo para su capote.

Qué cosa tan estúpida. Georgia.

Nielson aceptaba el azul oscuro de la santidad cubriéndole los hombros. Cantaban los pájaros en alguna parte.

Desde luego.

Tres botones rojos. Los apretó. Tres botones verdes. Los apretó también. Cuatro cuadrantes. Lectura marginal.

Oh, oh. Nielson está chiflado.

«Tres es para mí», dijo Nielson, tocándose la frente con la mayor cautela. Tendió luego de nuevo la mano al tablero. Un inimaginable tropel de ideas le recorría la mente, producidas por innumerables estímulos.

Mejor será asirlo. ¡Cuidado!

Suaves manos me rodean mientras oprimo dos marrones para el principal y uno, el fijante, para todos los demás.

—¡Detenedle, qué no dispare todos esos cañones!

Soy elevado al aire, vuelo, vuelo.

—¿Hay alguna esperanza para ese hombre? —preguntó Ellsner, después de que hubieron encerrado a Nielson en un camarote.

—Quién sabe —respondió Branch.

Su ancho rostro se tensó y sobresalieron nudos de músculos en sus mejillas. De súbito, se volvió y asestó un violento puñetazo contra el mamparo metálico, gruñendo y gesticulando luego mansamente.

—Disparatado, ¿no es así? Son las bebidas de Margraves. Las hago evaporar golpeando las paredes. Ea, vamos a comer.

Los oficiales comían separados de la tripulación. Branch había descubierto que algunos oficiales podían ser asesinados por tripulantes psicópatas. Era preferible apartarlos.

Durante la comida, Branch se volvió de pronto a Ellsner.

—Mire, no le he dicho toda la verdad. ¿Le dije que esto seguiría durante dos años? Bueno, los hombres no resistirán tanto. Yo no sé si podré mantener unida esta flota dos semanas más.

—¿Qué sugeriría usted?

—No lo sé —respondió Branch.

Se negaba todavía a considerar la rendición, aunque sabía que era la única respuesta realista.

—No estoy seguro —dijo Ellsner—, pero pienso que puede haber un medio aparte de su dilema.

Los oficiales dejaron de comer para mirarle.

—¿Acaso tiene usted algún superarmamento para nosotros? —preguntó Margraves—. ¿Algún desintegrador en su maleta?

—Siento no tenerlo. Pero pienso que han estado ustedes tan

pegados a la situación, que no la ven en su verdadero aspecto. Un caso algo así como el de los árboles que impiden ver el bosque.

—Siga —dijo Branch, masticando metódicamente un trozo de pan.

—Consideran el Universo tal como lo ve el CPC. Un Mundo de estricta causalidad. Un Universo lógico, coherente. En este Mundo, todo efecto tiene una causa. Todo factor puede explicarlo instantáneamente... Y ésa no es una imagen del Mundo real. Realmente, no hay ninguna explicación para todo. El CPC está construido para ver un Universo especializado, y para extrapolar basándose en ello.

—Así pues, ¿qué es lo que haría usted? —preguntó Margraves.

—Desquiciar el Mundo —respondió Ellsner—. Llevarlo a la incertidumbre. Introducir un factor humano que no puedan calcular las máquinas.

—¿Cómo podría introducir usted la incertidumbre en una partida de ajedrez? —preguntó Branch, interesado, a su pesar.

—Estornudando en un momento crucial, quizá. ¿Cómo podría una máquina calcular eso?

—No tendría que hacerlo. Lo clasificaría tan sólo como un extraño ruido, y lo ignoraría.

—Correcto —Ellsner pensó durante un momento—. Esta batalla... ¿cuánto tiempo durará una vez que comiencen las hostilidades efectivas?

—Unos seis minutos —respondió Branch—. Veinte segundos más o menos.

—Eso confirma mi idea —dijo Ellsner—. La analogía que ustedes emplean del juego de ajedrez es deficiente. No existe una comparación real.

—En una manera conveniente de pensar sobran las circunstancias —objetó Margraves.

—Pero es falsa —repuso Ellsner—. El dar jaque mate al rey no puede equipararse a destruir una flota. Ni el resto de la situación es como en el ajedrez. Aquí se juega de acuerdo a reglas previamente acordadas por los jugadores. En esta partida se pueden establecer las propias reglas.

—Esta partida tiene inherentes reglas propias —dijo Branch.

—No —dijo Ellsner—. Sólo los CPC tienen reglas. Supóngase que prescindiera de los CPC... y que dejase a juicio de cada comandante la decisión de atacar, sin norma alguna. ¿Qué sucedería?

—Que no serviría —dijo Margraves—. Los CPC pueden totalizar el cuadro, basándose en la capacidad promedio de planeamiento del ser humano. Y todavía más, pueden manejar con facilidad el ataque de unos cuantos miles de calculadores humanos de segundo orden. Sería como disparar contra pichones de arcilla.

—Pero ustedes han de intentar algo —instó Ellsner.

—Espere un momento —dijo Branch—. Usted puede soltar toda la teoría que quiera. Yo sé lo que me dicen los CPC, y les creo. Estoy todavía al mando de esta flota, y no voy a arriesgar las vidas de mis subordinados en un plan descabellado.

—Los planes descabellados ganan a veces las guerras —dijo Ellsner.

—Y generalmente las pierden —repuso Branch—. La guerra está ya perdida, según su propia admisión —objetó Ellsner.

—Todavía puedo esperar que ellos cometan un error.

—¿Todavía cree que pueda suceder?

—No.

—¿Así pues...?

—Seguiré esperando.

El resto de la comida transcurrió en taciturno silencio. Después, Ellsner se fue a su camarote.

—¿Y bien, Ed? —preguntó Margraves, desabrochándose la camisa.

—Usted dirá —respondió el general.

Se hallaba tendido en su cama, tratando de no pensar. Aquello era demasiado. Logística. Batallas predeterminadas. El próximo desastre. Estuvo a punto de golpear su puño contra el mamparo, pero se contuvo. Lo tenía ya dislocado. Decidió dormir.

En el borde entre el dormitar y el sueño, oyó un golpe seco.

¡La puerta!

Saltó de la cama, fue a ella y empuñó el picaporte.

Luego le dio un empuellón.

Cerrada.

—General, haga el favor de sujetarse bien. Estamos atacando. —

Era la voz de Ellsner por el teléfono interior—. Miré el teclado —prosiguió— y di con el cierre magnético de las puertas. Muy conveniente en caso de motín, ¿no es así?

—¡Idiota! —barbotó Branch—. ¡Va usted a matarnos a todos! Ese CPC...

—He desconectado nuestro CPC —dijo Ellsner—. Soy una persona sumamente lógica, y me parece que sé cómo les va a sentar un estornudo.

—Está loco —voceó Margraves a Branch.

Unieron ambos sus fuerzas para dar un nuevo empujón a la puerta, y de pronto fueron lanzados al suelo.

—¡Todos los artilleros... fuego a voluntad! —radiodifundió Ellsner a la flota.

La nave estaba en movimiento. ¡El ataque estaba en marcha!

Las motas avanzaban agrupándose y atravesando la tierra de nadie del espacio. Fulguraba la energía, y se encendía la batalla.

Seis minutos en tiempo humano. Horas para el jugador de ajedrez electrónicamente rápido. Comprobó sus piezas durante un instante, deduciendo la norma del ataque.

¡No había norma alguna!

La mitad de las piezas del jugador adversario se dispararon en el espacio, de manera impropia a la batalla. Flancos enteros avanzaban, se separaban, volvían a unírsele, tiraban adelante, disolvían su formación, la reordenaban de nuevo.

¿Ninguna norma? Tenía que haber una norma, una pauta. El jugador de ajedrez sabía que todo la tenía. Era sólo cuestión de descubrirla, de considerar los movimientos ya hechos y, extrapolándose, determinar cuál podía ser el fin.

El fin fue... ¡el caos!

Las motas surcaban con celeridad metiéndose y saliendo, se disparaban fuera en ángulos rectos a la batalla, se detenían y volvían a la carga, insensatamente.

¿Qué significaba aquello?, se preguntaba el jugador de ajedrez con la calma del metal. Esperaba que surgiera una configuración reconocible.

Contemplando desapasionadamente cómo conformaban barridas sus piezas del tablero.

—Voy a dejarles salir —voceó Ellsner—, pero no traten de detenerme. Creo que les he ganado su batalla. Se abrió la puerta, y los dos oficiales se precipitaron por el pasillo al puente, decididos a hacer pedazos a Ellsner.

Ya en el interior, se rebajó su ímpetu hasta cesar por completo.

La pantalla mostraba la gran masa de motas de Tierra abatiéndose sobre un desperdigamiento de motas enemigas, y barriéndolas.

Sin embargo, lo que más les dejó parados, fue ver a Nielson riendo mientras sus manos recorrían conmutadores y botones del gran tablero principal de control.

El CPC estaba ahora anunciando monótonamente las pérdidas. Tierra: dieciocho por ciento. Enemigo: ochenta y tres. Ochenta y cuatro. Ochenta y seis. Tierra: diecinueve por ciento.

—¡Mate! —gritó Ellsner; estaba en pie junto a Nielson, con una llave inglesa apretada en la mano—. ¡Falta de norma! Le proporcioné al CPC de ellos algo que no pudo resolver. Un ataque sin norma aparente. ¡Una configuración insensata!

—Pero ¿qué es lo que están haciendo? —preguntó Branch, con un ademán a las menguantes motas enemigas.

—Siguen fiándose de su jugador de ajedrez —respondió Ellsner—. Todavía esperan que les resuelva la norma de ataque de esta mente extraviada. Demasiada fe en las máquinas, general. Este hombre ni siquiera sabe que está precipitando un ataque.

... Y empuja tres, eso es para papi en el olivo; yo siempre quería ir a la feria de Dunbury con zapatos marrones de hebilla y botones marrones...

Fluían las incoherencias de la boca de Nielson mientras sus manos continuaban revolviendo el tablero.

—¿Para qué es esa llave inglesa? —preguntó Margraves a Ellsner.

—¿Esto? —Ellsner la sopesó en su mano—. Es para cerrar a Nielson después del ataque...

Margraves le miró perplejo, mientras Nielson proseguía con sus manipulaciones y sus incoherencias.

POUL ANDERSON

## EL QUIJOTE Y EL MOLINO DE VIENTO

*Quixote and the Windmill*

El primer robot del Mundo iba caminando sobre verdes colinas, destellante su bruñida metálica envoltura por los rayos del Sol. Su andar tenía una gracia casi felina, y sus pasos eran silenciosos... si bien se podía sentir vibrar la tierra desvanecidamente, bajo el impacto de aquella formidable masa, y estremecerse tenuemente el aire por el latido del gran motor que le marcaba el compás.

ÉL. No se podía pensar en el robot como en un ser neutro. Tenía la brutal virilidad de un fusil naval o de un alto horno. Toda la suave elegancia del perfecto diseño y construcción no ocultaban el peso y la fuerza de una estatura de dos metros y medio. Sus ojos fulguraban, como por brasas interiores de incandescentes átomos; podían ver en cualquier gama de frecuencia que escogiera; podía dirigir a un cuerpo un haz de rayos X y registrarlo por completo con aquellos terribles ojos. Lo habían construido humanoide, pero habían tenido el buen gusto de no darle un rostro; tenía los ojos, con sus cuencas para lentes extra cuando necesitaba una visión microscópica o telescópica, y otros pequeños orificios sensoriales y vocales, pero por lo demás su cabeza era una máscara de reluciente metal. Humanoide, mas no humano —creación del hombre pero más que el hombre, la primera máquina independiente, volitiva, no especializada—, pero habían soñado en ella hacía tiempo; antes

había sido el genio en la botella o *El Golem*, la cabeza de bronce de Bacon, o el monstruo de *Frankenstein*, la trascendente criatura del hombre, que podía servir o destruir con la misma facilidad despectiva.

Caminaba bajo un límpido y destellante cielo estival, sobre campos luminosos y a través de bosquecillos que danzaban y susurraban al viento. Las casas de los hombres estaban esparcidas aquí y allá, casas que prácticamente cuidaban de sí mismas; allá en el horizonte se encontraba una gigantesca, que era una fábrica casi automática de artículos alimenticios; la sobrevolaban unos cuantos vehículos de pilotaje automático. Se divisaban seres humanos, hombres atezados por el Sol. Sus mujeres e hijos iban a hacer sus recados, con holgadas vestiduras de vivos colores que flotaban a la brisa. Unas cuantas personas parecían estar trabajando: había un colorista experimentando una nueva armonía cromática; un compositor sentado en su porche que arrancaba notas a un instrumento omnimusical, y un grupo de ingenieros dentro de un laboratorio de muros transparentes probando algunos mecanismos. Pero con el período de trabajo normativo de aquellos días, la mayoría descansaba. Una partida de campo, un baile bajo los árboles, un concierto, una pareja de enamorados, un grupo de niños entregados a uno de los inmemorialmente antiguos juegos de su edad, un viejo en feliz reposo con un libro y una botella de cerveza... la raza humana andaba despreocupada.

Veían pasar al robot, y a menudo se hacía un gran silencio al paso de su tremenda sombra. Sus detectores electrónicos captaban los apresurados latidos que significaban nerviosismo, y leve desasosiego... oh, ellos confiaban en los hombres cibernéticos, no los consideraban monstruos devoradores, pero se interrogaban. Sentían la vieja inseguridad del hombre ante lo ajeno y desconocido; en lo profundo de sus mentes se preguntaban qué buscaba el robot, y qué podía significar su nueva e invencible raza para los moradores de la Tierra... y luego, quizá, cuando su destellante masa se retiraba sobre las colinas, reían y lo olvidaban. El robot siguió su camino.

No había muchos clientes en el *Casanova* a aquella hora. Después de la puesta del Sol la taberna se llenaría y los autodistribuidores funcionarían ininterrumpidamente, pues presentaba un espectáculo viviente y la televisión estaba ya pasando de moda. Pero en aquellos momentos sólo estaban presentes quienes al paso tomaban algún trago por la tarde, y algunos recalcitrantes bebedores.

El establecimiento estaba apartado, en una boscosa ladera y rodeado por jardines con un amplio aparcamiento. Su porche encolumnado era largo, bajo y gracioso; en el interior se estaba a la fresca sombra y en un ambiente muy tranquilo; y el aire general de decoro, debido por entero a la momentánea falta de clientela, duraría probablemente hasta el anochecer. El encargado, se había ido a sus asuntos, y las muchachas no consideraban que mereciera la pena andar rondando hasta más tarde, por lo que el Casanova se encontraba ahora completamente a cargo de sus máquinas.

Dos hombres estaban dando un buen trabajo a su autodistribuidor. Apenas acababa de servir una bebida, le era introducida una nueva moneda para otra. El hombre más pequeño estaba bebiendo whisky con soda, y el de mayor estatura se servía de la cerveza más fuerte, y ambos estaban ya poco menos que trompas.

Estaban sentados en una esquina desde la cual podían mirar a través de la puerta abierta, pero su atención estaba dirigida a las bebidas. Era una de esas curiosas amistades de bar que brotan entre los más diversos tipos. Al día siguiente apenas se recordarían, pero en la ocasión se contaban sus cuitas.

El tipo pequeño de cabello negro, Roger Brady, acabó su bebida y manipuló en la máquina para otra.

—¡Batido! —dijo triunfalmente.

—Dame tiempo —dijo el grandote pelirrojo, Pete Borklin—. Esto baja más despacio.

Brady sacó un pitillo, y lo llevó con manos temblorosas a la boca, encendiéndolo y dando unas chupadas.

—¿Por qué diablos no funcionará al instante este artefacto? —murmuró con voz estrepajosa—. Tiene diez segundos de demora. ¡Diez secas eternidades! Exijo combinados instantáneos, servidos

más rápidos que una centella.

Apareció el vaso, y lo llevó a los labios.

—Temo —dijo con la precisión de un borracho— que voy a cogerla llorona. Preferiría que me diera por una peleona. Pero por desgracia no hay nadie aquí con quien engancharse.

—Yo me pelearé contigo —se ofreció Borklin cerrando sus enormes puños.

—Ah..., ¿y por qué? No sería de todos modos una pelea. Me dejarías en seguida para el arrastre. ¿Y por qué habríamos de pelearnos? Los dos estamos en el mismo saco.

—Tienes razón —Borklin se miró los puños—. No serviría de mucho. Alguien podría hacerlo mejor con una automática que yo con esto.

Abrió los puños, lentamente, como con esfuerzo, y tomó otro trago de su vaso.

—Lo que debemos hacer —dijo Brady— es luchar contra un mundo. Volar toda la Tierra y desperdigar los pedazos desde aquí a Plutón. Pero tampoco serviría de nada. Aparecería alguna máquina para juntarlos de nuevo.

—Yo sólo quiero emborracharme —dijo Borklin—. Mi mujer me abandonó. ¿Te dije eso? Me abandonó mi mujer.

—Sí, ya me lo dijiste.

Borklin meneó la cabezota, aturrullado.

—Dijo que yo era un borracho. Hizo que acudiese a un médico, pero no sirvió de nada. Dijo... olvidé lo qué dijo. Pero de todos modos tuve que seguir bebiendo. No había nada que hacer.

—Lo sé. La psiquiatría ayuda a la gente a resolver problemas, pero no es capaz de resolver un problema que empuja a un hombre a la locura. ¿Pues qué pasa cuando el problema es intrínsecamente insoluble? No queda sino beber, y tratar de olvidar.

—Mi mujer quería que me ocupase en algo —dijo Borklin—. Quería que consiguiese un trabajo... Pero ¿qué podía hacer yo? Lo intenté. Sinceramente, lo intenté. Lo intenté por... bueno, lo he estado intentando toda mi vida, de verdad. Pero se daba el caso de que no había ningún trabajo. Ninguno que pudiese hacer yo.

—Afortunadamente el subsidio básico del ciudadano es suficiente para emborracharse —dijo Brady—. Sólo que las bebidas

no llegan lo bastante rápidas. Voy a pedir un autoservicio instantáneo.

Borklin manipuló la máquina para obtener otra cerveza. Se miró las manos con gesto aturdido.

—Yo he sido siempre fuerte —dijo—. Sé que no soy muy inteligente, pero soy fuerte, y soy bueno trabajando con máquinas y todo eso. Pero nadie quiso contratarme —separó sus gruesos dedos de obrero—. Era muy mañoso en casa. Teníamos una pequeña casita en Alaska, y mi padre no la había provisto de muchos artilugios, pero yo me las apañaba. Pero él murió ya, se vendió la casita, ¿y para qué sirven ahora mis manos?

—El Paraíso de los obreros —los delgados labios de Brady se contrajeron—. Desde el final de la Transición, la Tierra ha sido Utopía. Las máquinas hacen todo el trabajo rutinario, *todo* él, y producen tanto que las necesidades básicas de la vida están cubiertas.

—¡Narices! Quieren dinero para todo.

—No mucho. Y hay el subsidio de ciudadano que es justamente el medio de cubrir las necesidades. Si se quiere más dinero, para lujos extras, se trabaja de ingeniero, o músico, o pintor, o tabernero, o astronauta, o... de cualquier cosa que tenga demanda. Y no se trabaja demasiado. Lo dicho, ¡el Paraíso!

Las manos temblorosas de Brady esparcieron la ceniza de su pitillo sobre la mesa. Un pequeño tubo que bajó de la pared la absorbió.

—Pues yo no puedo encontrar trabajo. No me quieren en ninguna parte.

—Desde luego que no. ¿Para qué diablos vale el trabajo manual en estos días? Las máquinas lo hacen todo. Oh, están los técnicos, por supuesto, una gran cantidad de ellos..., pero son sumamente hábiles, con años de entrenamiento. El hombre que no tiene nada más que ofrecer sino su fuerza y un conocimiento empírico no consigue trabajo. ¡*No hay* sitio para él! —Brady tomó otro trago de su vaso—. El genio humano ha eliminado la necesidad del obrero manual. Ahora ya sólo le queda eliminar al propio obrero.

Los ojos de Borklin volvieron a entornarse peligrosamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó agriamente—. ¿Qué quieres

decir en resumen?

—Nada personal. Pero tú ya lo sabes por propia experiencia. Tu tipo no encaja ya en la sociedad humana. Y así los especialistas en genética están tratando de extirparlos gradualmente de la raza. La población se mantiene estática, relativamente pequeña, y está evolucionando lentamente a un tipo que pueda adaptarse al actual am... ambiente. Y ése no es nuestro tipo, Pete.

La cólera del hombrón se redujo a la nada, y se quedó con la vista clavada inexpresivamente en su vaso.

—¿Qué hacer? —murmuró—. ¿Qué puedo hacer?

—Nada en absoluto. Sólo beber, y tratar de olvidar a tu mujer. Sólo beber.

—Quizá quieran irse a las estrellas.

—No en nuestros años de vida. Y en tal caso, se llevarían sus máquinas consigo. Y nosotros seguiremos siendo tan inútiles. Ea, bebe, amigo. ¡Alégrate! ¡Estás viviendo una Utopía!

Hubo un prolongado silencio. El día era radiante afuera. Brady estaba agradecido a la obscuridad que reinaba en la taberna.

—Lo que no puedo imaginarme eres tú —dijo por fin Brady—. Pareces listo. Tú puedes encajar en... ¿o no?

Brady esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca triste.

—No, Pete —respondió—. Tuve un trabajo. Era un mediocre servotécnico. El último día no pude soportarlo más, y le dije al patrón lo que podía hacer con sus servos. Desde entonces he estado bebiendo, y no deseo dejarlo.

—Pero ¿cómo llegaste?

—Hastío, monotonía, rutina... lo odiaba. Algo insoportable. Preferí estar borracho. Estuve bajo tratamiento psiquiátrico, desde luego, y no me hizo nada. Realmente, el mismo problema que el tuyo.

—No lo entiendo.

—Mira, yo soy un tío inteligente, Pete. ¿Por qué ocultarlo? Mi cociente de inteligencia me sitúa en la clase de los genios. Pero... no lo suficientemente inteligente —Brady hurgó su bolsillo en busca de otra moneda; sólo encontró un billete, pero la máquina le dio el cambio—. Quiero una instantánea auto... ¿o lo dije ya antes? No importa. Eso no importa.

Escondió la cara entre las manos.

—¿Qué quieres decir con eso de no soy lo bastante inteligente? —insistió Borklin; tenía una vaga noción de que un nuevo sesgo de su propio problema podría posiblemente ayudarle a ver una solución—. Eso es lo que me dijeron a mí. Pero tú...

—Yo lo soy demasiado para ser un técnico corriente. No por mucho. Y no tengo ningún talento artístico o literario, que tanto cuenta hoy. Lo que yo deseaba era ser matemático. Y me empeñé en serlo. Estudié con afán. Aprendí todo cuanto podía contener una mente humana, y sé dónde buscar el resto —sonrió melancólicamente—. ¿Y cuál es el resultado final? Que las máquinas lo han asumido todo. No sólo todo el cálculo rutinario —eso es viejo—, sino hasta la investigación independiente. Y a un nivel más elevado del que puede operar el cerebro humano. Todavía tienen humanos trabajando en ello. Desde luego. Hombres que esbozan los problemas, controlan y chequean las máquinas, hombres que son... el alma de la ciencia, aún hoy. Pero sólo los genios supremos, las eminencias. Las mentes realmente brillantes y originales con destellos de pura inspiración. *Ellos* son necesarios todavía. Pero las máquinas hacen todo lo demás. Pero yo no soy un genio de primera fila, Pete —prosiguió Brady—. Yo no puedo hacer nada que no consiga un cerebro electrónico con mayor rapidez y mejor. Así, tampoco conseguí mi trabajo.

Quedaron de nuevo silenciosos, y de pronto Borklin dijo lentamente:

—Por lo menos puedes divertirte un poco. A mí no me gustan todos esos conciertos y pinturas y todas esas fantasías. Yo no tengo más que la bebida, las mujeres y algún estereofilm.

—Supongo que tienes razón —dijo Brady con indiferencia—. Pero no estoy hecho para ser un hedonista. Ni tampoco tú. Ambos *queremos* trabajar. Queremos sentir que tenemos alguna importancia y validez... que contamos algo. Nuestros amigos... tu mujer... yo tuve una novia, Pete... se espera que hagamos algo.

—Sólo que no hay nada que podamos hacer...

Un destello cegador le hirió la vista. Miró a través de la puerta, y dio tal respingo que volcó su vaso.

—¡Gran Universo! —jadeó—. ¡Pete... Pete... mira, es el robot!

*¡Es el robot!*

—¿Eh? —Borklin giró en redondo, tratando de mirar a través de la puerta—. ¿Qué es eso?

—¡El robot... ya has oído de él, hombre! —la embriaguez de Brady se había transformado en una súbita intensidad estremecida, y su voz resonó como el metal—. Lo construyeron hace tres años en los Laboratorios de Cibernética. Semejante al hombre, con un cerebro volitivo, no especializado... semejante al hombre, ¡pero más que hombre!

—Sí... sí, ya lo oí —Borklin alzó la vista y vio a la gran forma reluciente atravesando los jardines, en marcha hacia algún desconocido lugar que le hacía pasar ante la taberna—. Lo estaban probando —siguió Borklin—. Pero ha estado andando suelto por ahí durante un año o cosa así... ¿Adónde irá?

—No lo sé —respondió Brady con la vista clavada en el robot, como hipnotizado—. No lo sé... —su voz se arrastró pero de súbito se puso en pie y exclamó con firmeza restallante—: ¡Pero lo descubriremos! ¡Ven, Pete!

—¿Adónde... un... por qué...? —respondió Borklin levantándose lentamente, y con aire desconcertado—. ¿Qué quieres decir?

—¿Es que no lo ves, no lo ves? Es *el robot*... el hombre después del hombre... todo lo que es el hombre, y mucho más de lo que ni siquiera podemos imaginarnos. Pete, las máquinas han estado reemplazando al hombre, aquí, allí, en todas partes. ¡Ésta es la máquina que reemplazará *al hombre*!

Borklin no dijo nada, pero siguió afuera a Brady, quien seguía hablando, rápida y acremente:

—Claro... ¿por qué no? El hombre es simplemente carne y sangre. Los humanos son sólo humanos. No son lo bastante eficientes para nuestro nuevo resplandeciente Mundo. ¿Por qué no desechar a toda la raza humana? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que no tengamos sino hombres de metal en un insensato hormiguero metálico? Vamos, Pete. El hombre está descendiendo a la obscuridad. ¡Pero podemos descender luchando!

Algo de ello penetró en la mente de Borklin. Vio la gigantesca máquina frente a él, y súbitamente fue como si encarnase cuanto le había destruido. La última máquina, la arrogancia final de la

eficiencia, remota y endiosada, e indiferente cuando le destrozó a él... Se sintió agitado por un odio tan violento que pareció estallarle el cráneo. Tambaleándose torpemente al lado de Brady, ambos se acercaron al robot.

—¡Vuélvete! —vociferó Brady—. ¡Vuélvete y pelea!

El robot hizo una pausa en su caminar. Brady cogió una piedra del suelo y se la arrojó. La piedra rebotó en la coraza con opaco sonido.

El robot miró en derredor. Borklin corrió a él, lanzando maldiciones. Sus zapatones se abatieron en patadas contra los tobillos del robot, mientras que le golpeaba a puñetazos el pecho. Sin embargo, nada dio resultado.

—Estate quieto —dijo el robot; su voz apenas tenía una variación tonal, pero con la resonancia de una gran campana—. Estate quieto. Vas a hacerte daño.

Borklin se retiró, jadeando por el dolor de la carne magullada y de la sofocada impotencia. Brady se puso, haciendo eses, ante el robot. El alcohol le cantaba y zumbaba en la cabeza, pero su voz sonó fríamente clara.

—No podemos hacerte daño —dijo—. Somos Don Quijote embistiendo a los molinos de viento. Pero tú no sabrías de eso. No sabrías de ninguno de los viejos sueños del hombre.

—Soy incapaz de explicarme vuestras actuales acciones —dijo el robot.

Sus ojos fulguraron con sus profundas brasas, escudriñando a los hombres. Inconscientemente, ellos dieron un paso atrás.

—Sois desgraciados —decidió el robot—. Habéis estado bebiendo para escapar a vuestra infelicidad, y en vuestra actual intoxicación me identificáis con las causas de vuestra desgracia.

—¿Y por qué no? —espetó Brady—. ¿Acaso no lo eres? Las máquinas lo están asumiendo todo en la Tierra con su orgullosa eficiencia... y ahora vienes tú, el último modelo, el que va a reemplazar al mismo hombre.

—Yo no tengo ninguna intención beligerante —dijo el robot—. Debieras saber que fui condicionado contra tales tendencias, cuando todavía se hallaba mi cerebro en proceso de construcción —algo como una ahogada risita vibró en la profunda voz metálica—. ¿Qué

razón tendría para luchar con alguien?

—Ninguna —dijo Brady melifluamente—. Ninguna en absoluto. Sólo os imponéis, y cuantos más y más de vosotros se hacen, y vuestro poder sin emociones comienza a...

—¿Comienza a qué? —preguntó el robot—. ¿Y cómo sabes que no tengo emociones? Cualquier psicólogo te dirá que la emoción, aunque no necesariamente del tipo humano, es una base de pensamiento. ¿Qué razón lógica tiene un ser para pensar, para trabajar, y hasta para existir? Yo no puedo racionalizar que lo haga así; simplemente lo hace debido a su sistema endocrino, su planta de energía que rige sus emociones... Y una mentalidad *capaz* de ser consciente de sí, sentirá una gama tan amplia de emociones como tú... será tan feliz o tan interesado... o tan desgraciado como tú.

Era fantástico, hasta en un Mundo acostumbrado a máquinas, que lo eran todo menos vivientes, estar así discutiendo con una viviente masa de metal y plástico, de vacío y energía. La *rareza* de ello impresionó a Brady, quien se dio cuenta inmediatamente de lo borracho que estaba. Pero tenía aún que soltar frases de odio y desesperación que le aliviaran la restallante tensión que le agitaba.

—No me importa lo que sientas o no sientas —dijo tartajando un poco—. Es porque representas el futuro, el insensato futuro en que todos los hombres serán tan inútiles como lo soy yo ahora; y por eso te odio, y lo peor de ello es que no puedo matarte.

El robot permaneció inmóvil, semejante a una pulida estatua de algún antiguo dios no antropomórfico, pero su voz hizo temblaquear el aire en calma:

—Tu caso —dijo— es muy corriente. Has sido relegado a la obscuridad por una avanzada tecnología. Pero no te identifiques con toda la humanidad. Siempre habrá hombres que piensen y sueñen y canten y lleven adelante todo cuanto ha amado siempre la raza. El futuro pertenece a ellos, y no a ti... o a mí. Me sorprende que un hombre de tu aparente inteligencia no se dé cuenta de mi situación. Pues... ¿para qué diablos sirve un robot? Para cuando la ciencia avanzó al extremo de que pude ser construido, ya no había ninguna razón para ello. Piénsalo... tenéis una máquina

especializada para realizar o ayudar al hombre a ejecutar todas las tareas concebibles. ¿Qué utilidad posible existe para que lo haga todo una máquina no especializada? El propio hombre colma esa función, y las máquinas no son sino sus herramientas. ¿Desea acaso un ama de casa un servidor robot cuando necesita tan sólo controlar la docena de máquinas que hacen ya todo el trabajo? ¿Por qué desearía un científico un robot que pudiese, pongamos por caso, penetrar en peligrosas estancias radiactivas, si ya ha instalado aparatos automáticos y de control remoto que lo hacen todo allí? La máquina para todo propósito es y será por siempre... el propio hombre. Mira, yo fui hecho para un estudio puramente científico. Al cabo de un par de años supieron todo cuanto tenían que saber sobre mí... ¡Y ya no tenía yo otro propósito! Me dejaron convertirme en un inofensivo vagabundo que camine sin objetivo, sólo para que pudiese estar haciendo algo... ¡Y mi vida se calcula en quinientos años! No tengo ningún propósito, ninguna utilidad. No tengo ninguna razón real para la existencia. No tengo ningún compañero, ningún lugar en la sociedad humana, ni empleo alguno para mi fuerza y mi cerebro. Hombre, hombre, ¿te piensas que yo soy feliz?

El robot se volvió para marcharse. Brady se había sentado sobre la hierba, sosteniendo su cabeza con las manos para que no se le escapase remolineando hacia el espacio. Pero captó las últimas palabras del robot, y advirtió una especie de impresionante amargura en la átona voz metálica. Ya nunca olvidaría lo que le había dicho.

—¡Hombre, tú eres el afortunado. Tú puedes emborracharte!

HENRY KUTTNER y C. L. MOORE

## LA MÁQUINA AMBIDEXTRA

*Two-Handed Engine*

*Siempre, desde los tiempos de Orestes, ha habido hombres con las Furias siguiéndoles. Fue en el siglo veintidós cuando la humanidad hizo una serie de Furias reales, de acero. La humanidad había entrado en crisis entonces. Tenía una buena razón para construir Furias de forma humana, las cuales seguirían los pasos de todos los hombres que matasen a hombres. A nadie más. Para entonces no había ningún otro crimen que tuviese alguna importancia.*

*La cosa funcionaba muy sencillamente. Sin previa advertencia, un hombre que se creyese seguro oiría de súbito los firmes y resonantes pasos tras él. Se volvería y vería a la máquina ambidextra caminando hacia él, conformada como un hombre de acero, y más incorruptible de lo que pudiera ser cualquier hombre no hecho de este metal. Sólo entonces sabría el asesino que había sido juzgado y condenado por las omniscientes mentes electrónicas que conocían a la sociedad como ninguna mente humana pudiera jamás conocerla.*

*Durante el resto de sus días, el hombre oiría esos pasos tras él: una cárcel móvil con invisibles barrotes que le separaban del Mundo. Nunca volvería a estar ya solo en la vida. Y un día, nunca sabría cuándo, el carcelero se convertiría en verdugo.*

Danner se reclinó cómodamente en su butaca del elegante

restaurante y paladeó un selecto champaña, cerrando los ojos para saborearlo mejor. Se sentía muy seguro. Y perfectamente protegido. Llevaba sentado allí casi una hora, pidiendo los mejores y más caros platos, disfrutando de la suave música que se expandía por el aire, entre el ligero murmullo de las conversaciones de los demás comensales. Era un excelente lugar para estar a sus anchas, rodeado de cuanto hacía apetecible la vida. Era estupendo tener tanto dinero... ahora.

Verdad es que había tenido que matar para conseguirlo. Pero no le turbaba ningún sentimiento de culpabilidad. No hay delito si éste no se descubre, y Danner tenía protección. Protección desde la misma fuente, lo cual era algo nuevo en el Mundo. Danner conocía las consecuencias de matar. Y de no haberle convencido Hartz de que estaba perfectamente seguro, Danner no hubiese apretado nunca el gatillo...

El recuerdo de una palabra arcaica revoloteó fugazmente en su cerebro. *Pecado*. No evocaba nada. En otro tiempo había tenido algo que ver con el delito, de manera incomprensible. Pero ya no. La humanidad lo había soportado demasiado. El pecado ya no tenía significado.

Descartó el pensamiento y probó la ensalada de cogollo de palma que, según había oído, era tan exquisita. Pero no le gustó. Bueno, había que esperar cosas así. Nada era perfecto. Saboreó de nuevo el champaña, complaciéndole la manera en que parecía vibrar la copa en su mano, con un latido tenuemente vivo. Exquisito caldo. Pensó en pedir más, pero luego decidió dejarlo para la próxima vez. ¡Había tanto ante él en espera de ser disfrutado! Cualquier riesgo merecía la pena a cambio de esto. Y, desde luego, en esta ocasión no había existido ningún riesgo.

Danner era un hombre nacido en mala hora, lo bastante viejo para recordar los últimos días de Utopía, y lo bastante joven para ser atrapado en la nueva economía de la carestía que las máquinas habían impuesto a sus constructores. En su juventud había tenido acceso a los deleites libres, como cualquier otro. Podía recordar los antiguos tiempos, cuando era un adolescente, y las últimas Máquinas de Evasión se hallaban aún funcionando, y sus visiones fascinantes, radiantes, imposibles, imaginarias, que no existían

realmente ni nunca podrían existir. Pues de pronto la carestía económica se tragó el placer. Ahora se satisfacían las necesidades, pero nada más. Ahora había que trabajar. Danner odiaba cada minuto de trabajo.

Cuando aconteció el rápido cambio, era demasiado joven e inexperto para competir en la arrebatifa. Los ricos eran ahora los hombres que habían amasado fortunas acaparando las pocas cosas de lujo que aún producían las máquinas. Todo lo que le quedaba a Danner eran brillantes recuerdos y una sorda y resentida impresión de haber sido engañado. Y todo cuanto deseaba era la vuelta a los antiguos días refulgentes, y no le importaba el modo de conseguirlos.

Pues bien, ahora ya los tenía. Tocó el borde de la copa de champaña con el dedo, sintiéndola cantar suavemente al tacto. ¿Vidrio soplado?, se preguntó. Era demasiado ignorante de los artículos de lujo para entender. Pero aprendería. Tenía todo el resto de su vida para aprender, y ser feliz.

Echó una mirada por el restaurante y vio, a través de la transparente cúpula, el bosque de pétreos rascacielos. Y era sólo una ciudad. Cuando se cansara de ella, había más. A través del país, y del planeta, se extendía la red que las enlazaba en una tela de araña semejante a un intrincado y semiviviente monstruo. Se llamaba sociedad.

La notó temblar ligeramente bajo él.

Tendió la mano para coger la copa de champaña y bebió rápidamente. La tenue inquietud que parecía estremecer los cimientos de la ciudad era algo nuevo. Ello se debía... sí, seguro que se debía a un nuevo temor.

Se debía a que él no había sido descubiertto.

Aquello no tenía sentido. Desde luego, la ciudad era compleja y funcionaba por medio de máquinas incorruptibles. Ellas, y sólo ellas, preservaban al hombre de convertirse rápidamente en otro animal extinguido. Y de ellas, los computadores analógicos y los calculadores electrónicos, eran el giroscopio de toda existencia. Ellas elaboraban y ponían en vigor las leyes necesarias ahora para mantener viva a la humanidad. Danner no comprendía mucho de los vastos cambios que se habían producido en la sociedad en el

transcurso de su vida.

Quizá tuviese sentido el que sintiera sacudirse a la sociedad, porque él estaba allí sentado deleitosamente sobre espuma de caucho, saboreando champaña, oyendo una suave música, y sin ninguna Furia tras su cómodo asiento para demostrar que las calculadoras seguían siendo los guardianes de la humanidad...

Si ni siquiera eran incorruptibles las Furias, ¿en qué podía creer un hombre?

Fue en ese preciso momento cuando llegó la Furia.

Danner notó que todo ruido se apagaba de repente en derredor suyo, y se quedó con el tenedor a medio camino de la boca, con cara de helado, y la mirada fija hacia la puerta.

La Furia era de más elevada estatura que un hombre. Permaneció durante un momento en el umbral, arrancándole el Sol de la tarde un cegador destello en su hombro. No tenía rostro, pero parecía escudriñar el restaurante lentamente, mesa por mesa. Atravesó luego el umbral, desapareció el destello del Sol, y apareció como un hombre de elevada estatura embutido en una armadura de acero, y andando despacio entre las mesas.

—No es para mí —se dijo Danner, dejando sobre el plato el tenedor con el bocado aún no degustado—. Será para cualquier otro de los que están aquí. *Lo sé.*

Y como un recuerdo en la mente de un hombre ahogándose, claro, penetrante y condensado en un momento, aunque con cada detalle preciso, le acudió lo que le había dicho Hartz. Al igual que una gota de agua puede reflejar un amplio panorama condensado en un minúsculo foco, así el tiempo parecía enfocado al minúsculo puntito de la media hora que Danner y Hartz habían estado juntos, en el despacho de éste, cuyas paredes podían ser transparentes pulsando un botón.

Vio de nuevo a Hartz, regordete y rubio, de frente pensativa. Un hombre que parecía relajado hasta que comenzaba a hablar, dejando sentir su ardiente ímpetu, la cualidad de tensión impulsada que hacía que el aire que le rodeaba se estremeciera inquieto. Danner se hallaba, en el recuerdo, en pie ante el escritorio de Hartz, sintiendo zumbir suavemente el suelo en sus talones con el latido de las computadoras, visibles a través de la cristalera. Eran tersos y

relucientes objetos con titilantes luces en bandas, como bujías ardiendo en coloreadas ampollas de cristal. Podía oírse su distante chirrido castañeteante, como un extraño parloteo mientras ingerían hechos, para meditarlos y luego traducirlos en números semejantes a oráculos crípticos. Hacían falta hombres como Hartz para comprender lo que significaban los oráculos.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Hartz—. Quiero que se mate a un hombre.

—Oh, no —repuso Danner—. ¿Qué especie de imbécil te crees que soy?

—Un momento. Tú puedes gastar dinero, ¿no es así?

—¿En qué? —preguntó acerbamente Danner—. ¿En un entierro de fantasía?

—En una vida de lujo. Ya sé que no eres un imbécil. Sé condenadamente bien que no harías lo que te pido a menos que obtuvieses dinero y protección. Eso es lo que puedo ofrecer. Protección.

—Claro —dijo Danner incisivamente, mirando las computadoras a través de la pared transparente.

—No, lo digo de veras. Yo... —Hartz vaciló lanzando una ojeada un tanto inquieta en torno a la estancia, como si apenas confiara en las precauciones que había tomado para asegurarse de una completa reserva—. Esto es algo nuevo —dijo—. Puedo redirigir a cualquier Furia a donde yo quiera.

—Oh, claro —volvió a decir Danner con la misma entonación.

—Es la pura verdad. Te lo mostraré. Puedo arrancar la Furia a cualquier víctima que yo desee.

—¿Cómo?

—Ése es mi secreto. Naturalmente. En efecto, he hallado un sistema de proporcionar datos falsos a las máquinas, de forma que emitan el veredicto erróneo antes de la convicción, o las órdenes erróneas tras la convicción.

—Pero eso es... peligroso, ¿no es así?

—¿Peligroso? —Hartz miró a Danner por debajo de sus caídas cejas—. Bueno, sí. Pienso que sí. Por eso es que no lo hago a menudo. En realidad, sólo lo he hecho una vez. Teóricamente, desarrollé el método. Lo probé, sólo una vez. Funcionó. Lo haré de

nuevo, para demostrarte que estoy diciendo la verdad. Y después de ello, lo haré otra vez, para protegerte. Y eso será todo. No quiero trabucar a las calculadoras más de lo necesario. Una vez efectuado tu trabajo, no tendré ya por qué hacerlo.

—¿Y a quién quieres matar?

Involuntariamente, Hartz lanzó una ojeada arriba, hacia la parte superior del edificio, donde se encontraban los despachos de los supremos ejecutivos.

—A O'Reilly —dijo.

Danner lanzó también una ojeada hacia arriba, como si pudiese ver a través del techo y observar las gloriosas suelas de los zapatos de O'Reilly, el Controlador de las Calculadoras, pisando una carísima alfombra sobre su cabeza.

—Es muy sencillo —dijo Hartz—. Quiero su puesto.

—¿Y por qué no le matas tú mismo entonces, si estás tan seguro de que puedes detener a las Furias?

—Porque eso lo desbarataría todo —respondió impacientemente Hartz—. Usa la cabeza. Yo tengo un motivo evidente. No se necesitaría una calculadora para determinar a quién beneficia más la muerte de O'Reilly. Si me salvo a mí mismo de la Furia, la gente empezaría a preguntarse cómo lo hice. Pero tú no tienes ningún motivo para matar a O'Reilly. Nadie más que las calculadoras lo sabrían, y yo me encargaré de ellas.

—¿Cómo sé yo que puedes hacerlo?

—Muy sencillamente. Mira.

Hartz se puso en pie, y fue rápidamente a través de la alfombra elástica que daba a sus pasos un falso brinco juvenil. En un extremo de la estancia había un mostrador de poco más de un metro de altura, con una pantalla de vidrio inclinada sobre él. Hartz apretó nerviosamente un botón, y apareció en su superficie un mapa de un sector de la ciudad, en líneas claramente marcadas.

—He hecho aparecer un sector donde se halla operando una Furia ahora —explicó.

El mapa fluctuó y apretó de nuevo el botón. Los trazos inestables de las calles de la ciudad ondularon y se avivaron para desaparecer luego cuando reducía los sectores rápida y nerviosamente. Luego se iluminó un mapa en el que tres líneas ondulantes de color se

entrecruzaban e interceptaban en un punto próximo al centro. El punto se movía muy lentamente a través del mapa, a la velocidad de un hombre andando y reducido a miniatura en escala con la calle por la que transitaba. Y en torno a él las líneas de color giraban lentamente, manteniendo constantemente enfocado el punto.

—Ahí está —dijo Hartz, inclinándose hacia delante para leer el nombre impreso de la calle; una gota de sudor cayó de su frente al vidrio, y lo secó inquietamente con la yema del dedo—. Es un hombre con una Furia asignada para él. Bueno, ahora te lo voy a mostrar. Mira aquí.

Sobre el escritorio había una pantalla televisora. Hartz la encendió, y contempló impacientemente cómo iba enfocándose una escena callejera. Gentío, ruidos de tráfico, personas presurosas, y otras vagabundeando. Y en medio de la multitud un pequeño oasis de aislamiento, una isla en el mar de la humanidad. Y sobre esta isla en movimiento había dos ocupantes, como un Crusoe y un Viernes, solos. Uno de los dos era un hombre de aspecto agobiado, cuya extraviada mirada se posaba en el suelo mientras andaba. El otro isleño de aquel desierto lugar era una reluciente figura de forma humana y elevada estatura, que le iba pisando los talones.

Como si muros invisibles los rodearan, conteniendo a la multitud, los dos se movían en un espacio vacío que se cerraba tras ellos y se abría ante ambos. Algunos de los viandantes los miraban fijamente, y otros desviaban la vista con aire embarazado o inquieto. Y otros los contemplaban con franca expresión, preguntándose quizás en qué momento preciso Viernes alzaría su brazo de acero para matar a Crusoe.

—Fíjate ahora —dijo nerviosamente Hartz—. Sólo un momento. Voy a apartar a la Furia de ese hombre. Espera —fue a su escritorio, abrió un cajón, y se inclinó furtivamente sobre él; Danner oyó una serie de piñoneos del interior, y luego como un rechinante golpeteo de conmutadores—. Ya está —dijo Hartz, cerrando el cajón; se pasó el dorso de la mano por la frente—. Hace calor aquí, ¿no? Miremos ahora con atención. Ya verás lo que sucede dentro de un minuto.

Volviendo al televisor, manipuló el enfoque, y se expandió la escena de la calle, centrándose en el hombre y su persecutor. El

rostro del hombre parecía compartir sutilmente la impasibilidad del robot. Se hubiese dicho que habían vivido mucho tiempo juntos, y quizá lo habían hecho. El tiempo es un elemento flexible, infinitamente largo a veces en un espacio muy corto.

—Espera hasta que salgan de la multitud —dijo—. Esto no debe ser aparente. Ahora, él está volviéndose ya.

El hombre, que parecía moverse al azar, giró en la esquina de una calle y se metió en un estrecho y oscuro pasaje apartado de la circulación. El ojo de la pantalla televisiva le siguió tan de cerca como el robot.

—Así que tiene usted cámaras que pueden hacer eso —dijo Danner con interés—. Siempre lo pensé. ¿Cómo se hace? Están colocadas en cada esquina, o es una trans...

—Eso no importa —dijo Hartz—: Secreto industrial. Mira tan sólo. Tenemos que esperar hasta... ¡No, no! ¡Mira, va a intentarlo ahora!

El hombre lanzó una ojeada furtiva tras él. El robot doblaba ahora la esquina en su persecución... Hartz se abalanzó a su escritorio y abrió el cajón. Posó su mano sobre él, y contempló ansiosamente la pantalla. Fue curioso como el hombre del pasaje, aunque no podía tener ni la menor idea de que otros ojos contemplaban, miró hacia arriba y escudriñó el cielo, fijándose por un momento en la atenta cámara oculta y en los ojos de Hartz y Danner. Luego, éstos le vieron respirar profundamente y echar a correr de repente.

Un piñoneo metálico sonó en el cajón de Hartz. El robot, que había iniciado también un movimiento de carrera, se detuvo torpemente y pareció tambalearse en sus piernas de acero por un momento. Rechinó luego como una máquina inducida al paro, y se quedó inmóvil.

En el borde del encuadre de la cámara pudo verse la cara del hombre, mirando hacia atrás, con la boca abierta por la impresión de ver que había sucedido lo imposible. El robot seguía en su sitio, haciendo indecisos movimientos a medida que las nuevas órdenes que Hartz introducía en sus mecanismos relevaban a las anteriores que contenía su receptor. Luego, y volviendo su espalda de acero al hombre que huía, echó a andar calle abajo con tanto sosiego y

precisión como si estuviese obedeciendo órdenes válidas, y no desmontando los propios mecanismos de la sociedad con su aberrante conducta.

Y tras un último enfoque de la cara del hombre, que parecía extrañamente impresionado, como si le hubiese abandonado el último amigo que tuviera en el mundo, Hartz desconectó la pantalla. Volvió a enjugarse la frente, y fue a la pared transparente recorriéndola con la vista, con una expresión inquieta, como si tuviese algún temor de que las calculadoras pudieran saber lo que había hecho.

Y pareciendo muy pequeño contra el fondo de los gigantes metálicos, dijo por encima de su hombro:

—¿Y bien, Danner?

¿Estaba bien? Desde luego, habían hablado más y se había dejado persuadir mediante un aumento del soborno. Pero Danner sabía que desde aquel momento ya estaba decidido. Un riesgo calculado, y que merecía la pena. Y mucho. Excepto que...

En el mortal silencio del restaurante había cesado todo movimiento. Sólo la Furia iba tranquilamente por entre las mesas, dejando como una estela reluciente, sin tocar a nadie. Cada rostro palidecía al volverse hacia él. Y cada mente pensaba: «¿Puede ser para mí?» Hasta los más inocentes se decían: «Éste puede ser el primer error que cometa, y acaso venga por mí. El primer error, pero sin apelación, y jamás podría yo demostrar nada». Pues aunque el delito no tenía ningún significado en este Mundo, el castigo sí, y éste podría ser ciego, asestado como un rayo.

Danner, con los dientes apretados, se iba repitiendo también una y otra vez: «No es para mí. Yo estoy seguro. Estoy protegido. No viene a por mí». Y sin embargo, pensaba que era muy extraño, una singular coincidencia, que se encontraran allí dos asesinos, bajo aquella elegante cúpula de cristal... Él, y aquél a quien venía a buscar la Furia.

Soltó su tenedor y lo oyó retiñir en el plato. Lo miró, y también la comida, y de repente su mente descartó todo cuanto le rodeaba y fue a escabullirse por la tangente, como una avestruz que mete la

cabeza en la arena. Pensó en la comida. ¿Cómo crecían los espárragos? ¿Qué aspecto tenía el alimento crudo? No había visto ninguno.

La comida venía ya preparada de las cocinas de los restaurantes o de las máquinas automáticas. Y las patatas. ¿Qué aspecto tenían? ¿Una masa blanca y húmeda? No, pues a veces eran rodajas ovaladas, por lo que debían ser ovaladas. Pero no redondas. A veces también tiras alargadas y puntiagudas. Y blancas, desde luego. Y crecían bajo tierra, de ello estaba casi seguro. Cuando estaban reparándose las calles, él había visto largas y delgadas raíces con blancos brazos enroscándose entre tubos y cañerías. ¡Qué cosa más extraña que estuviese él comiendo algo como delgados e ineficaces brazos humanos que rodeasen los vertederos de la ciudad y se retorcieran desvaídamente donde tenían su existencia los gusanos! Y donde él mismo, cuando la Furia le encontrase, pudiera... Empujó el plato a un lado.

Un indescriptible rumorero y murmullo en la sala le hizo alzar la vista como si fuese un autómatas. La Furia se encontraba ahora hacia la mitad de la sala, y resultaba casi chusco ver la expresión de alivio de aquellos ante quienes pasaba. Dos o tres mujeres habían ocultado sus rostros en sus manos, y un hombre se había deslizado de su asiento, desmayado, cuando al pasar la Furia volvió a relegar sus temores a sus escondidas fuentes.

Ahora estaba ya muy cerca. Parecía tener más de dos metros de estatura, y su movimiento era muy tranquilo, lo cual resultaba inesperado, pensándolo bien. Más tranquilo que los movimientos de los hombres. Sus pies marcaban un sordo compás en la alfombra. Pah. Pah. Pah. Danner intentó impersonalmente calcular cuánto pesaría. Siempre se había oído decir que no hacían ningún ruido, excepto por aquel terrible sonido opaco, pero éste iba acompañado de alguna especie de crujido o rechinar. No tenía facciones, pero la mente humana no podía dejar de representarse una especie de vago rostro altanero en aquella lisa superficie metálica, con ojos que parecían escudriñar la estancia.

Estaba acercándose más. Ahora, todos los ojos iban convergiendo en Danner. Y la Furia seguía derecha hacia él. Casi parecía como si...

»¡No! —se dijo Danner—. ¡Oh, no, eso no puede ser! —se sentía como un hombre que, sumido en una pesadilla, está a punto de despertar—. He de despertar pronto —pensó—. He de despertar *en seguida*, antes de que él llegue aquí».

Pero no se despertó. Y ahora la Furia estaba a su lado, y cesaba el sordo ruido de sus pasos, acompañado por el más ligerísimo crujido posible cuando se quedó inmóvil, dominando su mesa con su estatura, en espera, y con su rostro sin facciones vuelto hacia él.

Danner sintió encendérsele la cara con una intolerable oleada de calor, rabia, vergüenza, incredulidad. El latir de su corazón le aporreó con tal fuerza el pecho que le pareció que flotaba la estancia, al par que un agudo dolor le atravesaba como un rayo las sienes.

Ahora estaba en pie, vociferando.

—¡No, no! —aullaba a la impenetrable figura de acero—. ¡Estás equivocado! ¡Has cometido un error! ¡Fuera de aquí, condenado estúpido!

Buscó a tientas la mesa sin bajar la vista, dio con el plato, lo asió y lo arrojó contra el acorazado pecho ante sí. La porcelana se hizo añicos, y la comida embadurnó de blanco, verde y marrón el acero. Danner tropezó con su butaca, dio vuelta a la mesa, y pasó ante la figura de metal, precipitándose hacia la puerta.

Todo lo que podía pensar ahora era en Hartz.

Mares de rostros flotaron ante él a ambos lados mientras salía dando traspies del restaurante. Algunos le miraban con ávida curiosidad, buscando con sus ojos los suyos. Otros no miraban en absoluto, desviando la vista a sus platos, o bien se cubrían las caras con las manos. Tras él siguió el acompasado y sordo paso, y el rítmico y débil crujido de algo en alguna parte de la acorazada figura.

Los rostros desaparecieron a ambos lados cuando atravesó la puerta sin siquiera percatarse de que la abría. Se encontraba en la calle. Estaba bañado en sudor y pareció azotarle un aire helado, aunque no hacía un día frío. Miró aturdido a izquierda y derecha, y luego se abalanzó a una cabina telefónica cercana, flotando ante sus ojos tan claramente la imagen de Hartz que fue tropezando con los transeúntes, cuyas voces indignadas ni siquiera oía. El camino se

despejó mágicamente ante él, y siguió por la creada isla de su aislamiento.

Una vez hubo cerrado la puerta de cristal de la cabina, el silencio de su interior repercutió con el bataneo de la sangre en sus oídos. A través de la puerta vio al robot en insensible espera, la comida desparramada le recorría el pecho como una banda de honor robótica.

Danner trató de marcar un número, pero sus dedos parecían de goma. Respiró intensa y profundamente, tratando de serenarse. Un pensamiento fuera de propósito flotó a través de la superficie de su mente. «He olvidado pagar la comida». Y luego: «¡Vaya el bien que me puede hacer ahora el dinero! ¡Oh, maldito Hartz, maldito sea, maldito...!»

Marcó por fin el número, y en la pantalla apareció en vivos colores el rostro de una muchacha. Eran buenas y caras las pantallas de las cabinas telefónicas de aquella parte de la ciudad, anotó de manera impersonal su mente.

—Aquí el despacho del Controlador Hartz. ¿En qué puedo servirle?

Danner hizo dos intentos antes de poder dar su nombre. Se preguntó si la muchacha podía verle, y detrás de él, empañadamente a través del cristal, a la elevada figura en espera. No podría decirlo, pues la muchacha bajó la vista inmediatamente a lo que debía ser una lista sobre una invisible mesa ante ella.

—Lo siento. El señor Hartz está ausente. No volverá hoy.

La luz y el color de la pantalla se apagaron.

Danner abrió la puerta de la cabina. Sentía inseguras las piernas. El robot estaba a algunos pasos, y durante un momento se quedaron frente a frente. Danner se sintió de pronto dominado por una irrefrenable risita entre dientes que él mismo notó que bordeaba la histeria. ¡Estaba tan ridículo el robot con aquel emplasto de comida en el pecho, semejante a una banda honorífica! Y con sorpresa se dio cuenta también de que, por su parte, él llevaba asida en la mano izquierda la servilleta del restaurante.

—Apártate —dijo al robot—. Déjame ir. Imbécil, ¿es que no sabes que se trata de un error?

Su voz vibraba. El robot rechinó débilmente y dio un paso atrás.

—Ya es bastante malo tenerlo detrás de mí —dijo Danner—. Al menos, podrías ser limpio. Un robot sucio es demasiado... demasiado...

El pensamiento era idiotamente insoportable, y oyó sollozos en su voz. Y medio riendo y medio llorando, limpió el pecho de acero y tiró la servilleta al suelo.

Y fue en aquel preciso instante, con la sensación del duro pecho aún vivida, cuando se percató a través de la protectora pantalla de la histeria, y se le presentó la verdad. Nunca ya en la vida volvería a estar solo; nunca, mientras tuviese aliento. Y cuando muriese, sería por aquellas manos de acero, quizá sobre aquel pecho de acero. Y aquel insensible rostro inclinado hacia el suyo sería la última cosa que viera al exhalar su último suspiro. Ningún compañero humano, sino el tétrico cráneo de acero de la Furia.

Le llevó casi una semana el dar con Hartz, durante la cual cambió de opinión sobre cuánto tiempo tardaría en volverse loco un hombre seguido por una Furia. La última cosa que veía por la noche era la luz de la calle, filtrándose a través de las cortinas del apartamento de su lujoso hotel y reluciendo sobre el hombro de su carcelero. Durante toda la noche, casi en vela por un inquieto dormir, podía oír el débil rechinar de algún mecanismo interior funcionando bajo la coraza. Y cada vez que se despertaba era para preguntarse si volvería a hacerlo de nuevo. ¿Le asestaría el golpe mientras dormía? ¿Y qué clase de golpe? ¿Cómo ejecutaban las Furias? Siempre era un débil alivio ver la difusa luz del amanecer brillar sobre el vigilante junto a su cama. Por lo menos había vivido aquella noche. ¿Pero era vivir aquello? ¿Merecía la pena el peso?

Conservó su apartamento del hotel. Quizá la dirección hubiese deseado que se marchara, pero no le dijeron nada. Posiblemente no se atrevían. La vida adquiriría una rara y transparente calidad, como algo visto a través de una pared de cristal. Aparte de tratar de ver a Hartz, no había nada que deseara Danner. Los antiguos deseos de lujos y placeres, diversiones y viajes, se habían esfumado. No hubiese viajado solo.

Pasó horas en la biblioteca pública, leyendo todo cuanto había disponible sobre las Furias. Fue allí donde encontró las dos obsesionantes y pavorosas líneas que Milton escribiera cuando el

Mundo era pequeño y sencillo... líneas misteriosas que no tenían ningún sentido definido para nadie hasta que el hombre creara la Furia de acero, a su propia imagen.

*Pero ese instrumento ambidextro a la puerta está dispuesto a destruir de una vez por todas...*

Danner lanzó una ojeada a su instrumento ambidextro, inmóvil a su lado, y pensó en Milton y en los antiguos tiempos en que la vida era sencilla y tranquila. El siglo veinte, cuando toda la civilización se quebró en un mayestático derrumbamiento, precipitándose en el caos. Y la época anterior, cuando las personas eran... diferentes, en cierto modo. ¿Pero cómo? Aquello estaba demasiado lejos y resultaba demasiado extraño. No podía imaginarse la época anterior a las máquinas.

Pero supo, por primera vez, lo que realmente había sucedido en sus años tempranos, cuando el brillante Mundo desapareció por entero y comenzó la obscura y afanosa penalidad de la esclavitud. Y fueron forjadas las Furias a semejanza del hombre.

Antes de que comenzaran las guerras realmente grandes, la tecnología avanzó hasta el extremo de que las máquinas procreaban máquinas como cosas vivientes, y pudo haberse establecido un Edén en la Tierra, donde los deseos de cada cual se vieran plenamente colmados, a no ser que las ciencias sociales se retrasaran tanto con respecto a las ciencias físicas. Cuando se produjeron las guerras diezmadoras, las máquinas y las personas lucharon codo a codo, el acero contra el acero y el hombre contra el hombre; pero el hombre era más perecedero.

Las máquinas lamían sus heridas de metal y se curaban mutuamente, pues habían sido construidas para poder hacerlo. No tenían necesidad alguna de ciencias sociales. Seguían reproduciéndose tranquilamente y suministrando a la Humanidad los lujos y comodidades que la Era del Edén les había destinado a proporcionar. Imperfectamente, desde luego. De forma incompleta, porque algunas de sus especies fueron extinguidas por entero y no

dejaron elementos para la reproducción de su progenie. Pero la mayoría de ellas conservaron sus materias primas, las refinaron, vertieron y fundieron las partes necesarias, hicieron su propio combustible, repararon sus propias heridas y mantuvieron su casta sobre la superficie de la Tierra con una eficacia, a la cual ni siquiera se aproximó nunca el hombre.

Entretanto la Humanidad se iba desmenuzando. No había ya más grupos reales, y ni siquiera familias. Los hombres apenas se necesitaban mutuamente. Las relaciones emocionales disminuían. Los hombres habían sido condicionados para aceptar substitutos suplantadores, y el escapismo era una escuela fatalmente natural. Reorientaban sus emociones a las Máquinas de Evasión que los alimentaban con placenteras e imposibles aventuras, y hacían que el Mundo en vela les pareciese demasiado insípido para preocuparse por él. Y la demografía fue decayendo cada vez más. Fue un período muy raro. El regalo y la molicie fueron de la mano con el caos, y la anarquía y la inercia eran la misma cosa. Y siguió disminuyendo la tasa demográfica...

Eventualmente, unos cuantos reconocieron lo que estaba sucediendo. El hombre como especie estaba en vías de desaparecer. Y era impotente para evitarlo. Pero tenía un poderoso servidor. Así llegó el momento en que algún desconocido genio advirtió lo que debía hacerse. Alguien vio la situación claramente y estableció una nueva norma en el mayor de los calculadores electrónicos supervivientes. Éste fue el objetivo que implantó:

*«La Humanidad debe volver a responsabilizarse. Éste será vuestro único objetivo hasta que se alcance la meta».*

Era sencillo, pero los cambios que produjo fueron universales y toda la vida humana del planeta se alteró drásticamente, debido a ello. Las máquinas eran una sociedad integrada, y el hombre no lo era. Y ahora tenía una serie de órdenes, todas ellas reorganizadas, que obedecer.

Así acabaron los días de los placeres libres. Las Máquinas de

evasión fueron arrumbadas. Los hombres se vieron obligados a agruparse por mor de la supervivencia. Tenían ahora que asumir el trabajo que suspendieran las máquinas, y lenta, lentamente, comenzaron a engendrarse y a suplantarse de nuevo al sentimiento casi perdido de la unidad humana.

Pero era un proceso tan lento... Y ninguna máquina podía devolver al hombre lo que había perdido: la conciencia interiorizada. El individualismo había alcanzado su última fase y no había habido durante mucho tiempo ningún disuasor del crimen. Sin familia o relaciones de clan, ni siquiera existía la motivación de la represalia. Faltaba la conciencia, porque ningún hombre se identificaba con otro.

Ahora, el trabajo real de las máquinas era reconstruir en el hombre un superego realista que lo salvara de la extinción. Una sociedad responsable de sí misma sería una sociedad genuinamente interdependiente, en la que el dirigente se identificara con el grupo, y poseedora de una conciencia realista e interiorizada, que prohibiera y castigara el «pecado»... el pecado de deteriorar al grupo con el que se estaba identificado.

Y aquí intervenían las Furias.

Las máquinas definían el asesinato, bajo cualquier circunstancia, como el único delito humano. Esto era bastante perfecto, puesto que es el único acto que puede destruir irremplazablemente una unidad de sociedad.

Las Furias no podían impedir el crimen. El castigo nunca enmienda al criminal. Pero puede impedir a otros que cometan un crimen, por simple miedo, al ver el castigo que se administra. Las Furias eran el símbolo del castigo. Recorrían abiertamente las calles siguiendo a sus víctimas condenadas; eran el signo permanente y visible de que el asesinato es siempre castigado, y de la manera más pública y terrible. Eran muy eficientes. Nunca se equivocaban. O, por lo menos, no se equivocaban nunca en teoría; y considerando las enormes cantidades de información almacenadas en las computadoras analógicas, parecía muy probable que la justicia de las máquinas fuera más eficiente de lo que pudiera serlo la de los humanos.

Algún día, el hombre redescubriría el pecado. Sin ello, había

estado cerca de perecer por completo. Con ello, podría reasumir su autoridad sobre sí mismo y sobre la raza de servidores mecánicos que estaban ayudándole a restaurar su especie. Pero hasta entonces, las Furias habrían de recorrer las calles, como conciencia del hombre con disfraz metálico, impuesta por las máquinas que el propio hombre creara hacía mucho tiempo.

Apenas supo Danner lo que hizo durante ese tiempo. Pensó mucho en los antiguos días, cuando funcionaban todavía las Máquinas de Evasión, antes de que las nuevas máquinas racionaran el regalo de los sentidos. Pensó en ello hoscamente y con resentimiento, pues no podía ver ningún objeto en el experimento en que se había embarcado la Humanidad. Lo había pasado mejor en aquellos días. Y entonces no había tampoco Furias.

Bebió mucho. En una ocasión vació sus bolsillos en el mugriento gorro de un mendigo cojo de ambas piernas, porque el hombre, al igual que él mismo, estaba apartado de la sociedad por algo nuevo y terrible. Para Danner era la Furia. Para el mendigo era la propia vida. Treinta años antes hubiese vivido o muerto, atendido sólo por máquinas. El que un mendigo pudiese sobrevivir, pidiendo, debía ser señal de que la sociedad estaba comenzando a sentir compasión de quien disfrutaba de todos sus miembros, pero para Danner esto no significaba nada. No subsistiría lo bastante como para conocer el final de la Historia.

Quería hablar al mendigo, aunque el hombre intentaba escaparse en su pequeña plataforma con ruedas.

—Escucha —le dijo Danner con apremio, y siguiéndole mientras hurgaba en sus bolsillo—. Quiero decírtelo. Ella no siente de la manera que tú te crees. Siente...

Estaba completamente borracho aquella noche, y siguió al hombre hasta que éste le arrojó su dinero y se marchó rápidamente en su plataforma con ruedas, mientras Danner se apoyaba contra una pared e intentaba creer en su solidez. Pero sólo era real la sombra de la Furia proyectada en él por un farol.

Más tarde, la misma noche, atacó a la Furia en algún lugar oscuro. Le parecía recordar haber tropezado con un tubo de hierro en el suelo, y sólo consiguió sacar con él una lluvia de chispas al asestarlo contra los impenetrables hombros del robot. Luego echó a

correr por un dédalo de calles, para esconderse finalmente en un oscuro soportal, oyendo finalmente resonar en la noche los firmes pasos de su implacable persecutor.

Se durmió, agotado.

Fue al día siguiente cuando finalmente consiguió ver a Hartz.

—¿Qué es lo que ha ido mal? —preguntó Danner.

Había cambiado mucho. Su rostro estaba adquiriendo, en su impasibilidad, un singular parecido a la máscara de metal del robot.

Hartz dio un nervioso golpe en el borde de su escritorio, haciendo una mueca de dolor. El despacho parecía estar vibrando, no con el latido de las máquinas de abajo, sino con su propia energía.

—Algo fue mal —respondió—. Todavía no sé qué. Yo...

—¿Que no lo sabes? —exclamó Danner perdiendo parte de su impasibilidad.

—Espera un poco —dijo Hartz con tranquilizadores movimientos de sus manos—. Sopórtalo un poco más. Todo irá bien. Puedes...

—¿Cuánto tiempo más he de soportarlo? —preguntó Danner.

Miró por encima del hombro a la gigantesca Furia que estaba tras él, como si realmente le dirigiese a ella la pregunta, y no a Hartz. Por la manera que lo dijo, hacía pensar que debió haber hecho la pregunta muchas veces, mirando al inexpresivo rostro de metal, y que seguiría haciéndola desesperadamente hasta que llegase por fin la respuesta. Pero no en palabras...

—No he podido ni siquiera descubrirlo —dijo Hartz—. Maldita sea, Danner, se corría un riesgo. Lo sabías.

—Tú dijiste que podías controlar la computadora —replicó Danner—. Te vi hacerlo. Quiero saber por qué no hiciste lo que habías prometido.

—Algo fue mal, ya te lo he dicho. Debiera haber funcionado. En el mismo momento que se realizó ese... asunto, introduje los datos que debieran haberte protegido.

—¿Pero qué sucedió?

Hartz se puso en pie y comenzó a pasearse por la alfombrada estancia.

—No lo sé exactamente —respondió—. No comprendemos la potencialidad de las máquinas, eso es todo. Yo pensé que podría

hacerlo. Pero...

—¡Tú *pensaste!*

—Sé que puedo hacerlo. Todavía lo intento. Lo estoy intentando todo. Al fin y al cabo, esto es importante también para mí. Estoy trabajando en ello tan rápidamente como puedo. Es por eso por lo que no pude verte antes. Estoy seguro de poder hacerlo, si puedo tratarlo a mi modo. Maldita sea, Danner, es complicado. No es como hacer un escamoteo con un computómetro... Mira esos aparatos de ahí.

—Harás mejor en conseguirlo —dijo Danner, sin mirarlos—. Eso es todo.

—¡No me amenes! —dijo furiosamente Hartz—. Déjame solo y lo conseguiré. Pero no me amenes.

—Tú también estás implicado en ello —advirtió Danner.

Hartz volvió a su escritorio y se sentó en el borde.

—¿Cómo? —preguntó.

—O'Reilly está muerto. Tú me pagaste para matarle.

—La Furia lo sabe —repuso Hartz encogiéndose de hombros—. Las computadoras también. Y ello no importa un pepino. Tu mano fue la que apretó el gatillo, y no la mía.

—Ambos somos culpables. Si yo sufro por ello, tú...

—Eh, eh, espera. Considéralo debidamente. Creí que lo sabías. Es básico en el cumplimiento de la ley, y siempre lo ha sido. A nadie se le castiga por la intención. Sólo por la acción. Yo no soy más responsable por la muerte de O'Reilly, que el arma que utilizaste contra él.

—¡Pero tú me metiste! ¡Me engañaste! Voy a...

—Tú harás lo que yo diga, si es que quieres salvarte. Yo no te engañé. Sólo cometí un error. Dame tiempo y voy a enmendarlo.

—¿*Cuánto tiempo?*

Esta vez ambos hombres miraron a la Furia que permaneció impassible.

—Yo no sé cuánto tiempo —dijo Danner respondiendo a su propia pregunta—. Tú dices que tampoco. Nadie sabe siquiera cómo me matará ella, llegada la hora. He leído todo cuanto está disponible al público sobre el particular. ¿Es verdad que el método varía, sólo para tener en ascuas a las personas como yo? Y el tiempo

designado... ¿varía eso también?

—Sí, es verdad. Pero hay un mínimo de tiempo... estoy casi seguro. Tú debes estar aún dentro de él. Créeme, Danner, todavía puedo apartar a la Furia. Me viste hacerlo. Sabes que funcionó. Todo lo que he de hacer es descubrir lo que fue mal en esta ocasión. Estaré en contacto contigo. No trates de verme de nuevo.

Danner se puso en pie como impulsado por un resorte y dio unos rápidos pasos hacia Hartz. Su rostro estaba transformado por la cólera y la frustración en una impasible máscara que la desesperación le había estado formando. Pero sonaron tras él los solemnes pasos de la Furia, y se detuvo.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—Dame tiempo —dijo Hartz—. Confía en mí, Danner.

En cierto modo, tener esperanza era peor. Hasta el momento, embotado por la desesperación no había sentido demasiado. Pero ahora había una oportunidad de que, después de todo, pudiera sumirse en la nueva vida brillante por la que tanto había arriesgado... si Hartz pudiese salvarle a tiempo.

Ahora, y durante un período, comenzó a saborear de nuevo la experiencia. Compró trajes nuevos. Viajó, aunque jamás solo, desde luego. Hasta buscó de nuevo la compañía humana, y la encontró... hasta cierto punto. Pero la clase de personas dispuestas a asociarse con un hombre, sobre el que estaba suspendida una sentencia de muerte, no era de un tipo muy halagüeño. Halló, por ejemplo, que algunas mujeres se sentían fuertemente atraídas hacia él, no a causa de su persona o de su dinero, sino debido a su compañero. Parecían sojuzgadas por la oportunidad de un trato íntimo y protegido con el propio instrumento del destino. Por encima del hombro observaba a veces cómo contemplaban a la Furia en un éxtasis de fascinada expectación. Y en una extraña reacción de celos abandonaba a tales personas tan pronto como reconocía la primera mirada expresiva de coqueteo de una de ellas con el robot.

Le dio por hacer viajes largos. Tomó el cohete y fue a África, volviendo por las selvas vírgenes de Sudamérica. Pero ni los clubs nocturnos ni la exótica novedad de raros lugares parecía satisfacerle

en alguna medida. La luz del Sol se parecía mucho, reflejándose en las superficies curvas de su seguidor, bien reluciera en las sabanas pobladas de leones o filtrándose a través de las espesuras de las junglas. Toda novedad se tornaba rápidamente insulsa debido al terrorífico objeto familiar situado incesantemente a su espalda. No podía disfrutar de nada en absoluto.

Y el rítmico percutir de los pasos tras él comenzó a hacérsele insoportable. Empleó tapones para los oídos, pero la intensa vibración le atravesaba el cráneo en un constante bataneo como una eterna jaqueca. Incluso cuando permanecía quieta la Furia, oía en su cabeza el imaginario percutir sordo de sus pasos.

Compró armas y trató de destruir el robot. Desde luego, fracasó en su intento. Y aún de haberlo logrado, sabía que se le habría asignado otro. El licor y las drogas no le hacían ningún bien. Cada vez con más frecuencia le asaltaba la idea del suicidio, pero la postergó porque Hartz le había dicho que aún había esperanza.

Finalmente, volvió a la ciudad para estar cerca de Hartz... y esperar. De nuevo pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, no andaba más de lo necesario, debido a los pasos que sonaban tras él. Y fue allí, una mañana, cuando halló la respuesta...

Había revisado todo el material disponible sobre las Furias, repasado todas las referencias literarias sobre ellas, asombrándose al ver cuántas había y cuan idóneas se habían convertido algunas de ellas (como la máquina ambidextra de Milton) tras el lapso de todos aquellos siglos.

*«Esos recios pies que siguen, que van siguiendo... en persecución nada presurosa. Imperturbable andar. Pausado paso.*

*Soberana insistencia...»*

Volvió la página y se vio a sí mismo y su triste estado más literalmente que cualquier alegoría:

*Sacudí los pilares de las horas y derribé sobre mí mi vida; y ahora,*

*mugriento y tizado me encuentro en medio de los años amontonados con mi destruida juventud yaciendo bajo su túmulo.*

Vertió algunas lágrimas de autocompasión sobre la página que le describía tan claramente.

Pero luego pasó de las referencias literarias a la filmoteca, porque había algunos filmes citados entre la bibliografía. Contempló a *Orestes* con traje moderno, perseguido de Argos a Atenas por una sola Furia de más de dos metros, en vez de las tres Erinias de cabelleras de serpiente de la leyenda. Cuando comenzó el empleo de las Furias, se había producido un estallido de tales temas. Sumido en el semiensueño de sus propios recuerdos de la adolescencia, cuando funcionaban aún las Máquinas de Evasión, Danner quedó inmerso en la acción de los filmes.

Se perdió en la contemplación tan por completo que cuando apareció la primera escena no se sorprendió apenas. Toda la experiencia formaba parte de algo ya consabido y al principio no le fue novedoso hallar una escena más vívidamente familiar que el resto. Pero de pronto la memoria dio un toque de atención en su mente y con violento movimiento abatió su puño sobre el botón de paro de la acción, retrasando luego la película y volviendo a repetir la escena.

Mostraba a un hombre andando con su Furia a través del tráfico de la ciudad, y ambos moviéndose como en una pequeña isla desierta establecida por ellos, al igual que Crusoe con Viernes pisándole los talones... Se veía al hombre girar y meterse en una calleja, mirar ansiosamente a la cámara, respirar profundamente y echar a correr de súbito. Y se veía a la Furia vacilar, hacer movimientos indecisos y luego volverse y echar a andar queda y tranquilamente en la dirección opuesta, sonando sus pasos opacamente sobre el pavimento...

Danner volvió a repetir la escena una vez más para estar seguro del todo. Estaba temblando tan violentamente que apenas podía manipular el visor.

—¿Qué te parece eso? —murmuró a la Furia tras él en la obscura cabina; se le había convertido en costumbre hablar a la

Furia en un tono cuchicheante, sin percatarse de que lo hacía—. ¿Qué dirías tú de eso? ¿Que lo has visto antes, no es así? Conocido, ¿no es eso? ¿No es? *¿No es?* ¡Respóndeme, maldito mudo armatoste!

Y volviéndose le asestó un puñetazo en el pecho, como se lo habría dado a Hartz de haberlo tenido delante. El golpe produjo un opaco ruido en la cabina, pero el robot no replicó, aunque, cuando Danner le miró inquisitivamente, vio el reflejo de la superconocida escena que por tercera vez discurría, recorriendo tenuemente el pecho y la cabeza del robot, como si también él recordase.

Así pues, ahora sabía la respuesta. Y Hartz no había poseído nunca el poder que pretendiera. O si lo poseía, no tenía ninguna intención de emplearlo para ayudar a Danner. ¿Por qué habría de hacerlo? Su peligro había pasado. No era extraño que hubiese estado tan nervioso exhibiendo aquella escena del filme en la pantalla de su despacho. Pero la ansiedad no surgía del peligroso objeto que estaba manipulando, sino de la simple tensión en acoplar su actividad a la acción del filme. ¡Cómo debió haberlo ensayado, cronometrado cada movimiento! ¡Y cómo debió haberse reído después!

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó Danner furiosamente, arrancando con su golpe una hueca repercusión en el pecho del robot—. ¿Cuánto tiempo? ¡Respóndeme! ¿Bastante?

La liberación de la esperanza era ahora un éxtasis. Ya no necesitaba esperar más. No necesitaba intentarlo ya más. Todo lo que tenía que hacer era ir a ver a Hartz, y hacerlo pronto, antes de que su tiempo se consumiera. Pensó con repugnancia en todos los días que había desperdiciado, en viajes y pasatiempos, cuando por todo lo que sabía podían estar agotándose sus últimos minutos. Antes de lo que Hartz hiciera.

—Vamos —dijo innecesariamente a la Furia—. ¡Aprisa!

Y el enigmático cronómetro interno del robot, que echó a andar tras él, fue desgranando los momentos hacia el instante en que la máquina ambidextra asestaría su único e irremediable golpe final.

Hartz se hallaba sentado en el despacho del Controlador, tras un flamante escritorio nuevo, mirando abajo desde la verdadera

cúspide de la pirámide alcanzada, las series de computadoras que mantenían en marcha a la sociedad y restallaban el látigo sobre la Humanidad. Suspiró con profunda satisfacción.

La única sombra era que pensaba mucho en Danner. Hasta soñaba con él. No con un sentimiento de culpa, puesto que la culpa implica conciencia, y la larga instrucción en un individualismo anárquico se hallaba aún hondamente arraigada en toda mente humana. Pero con cierto desasosiego, quizá.

Pensando en Danner, se inclinó hacia atrás y abrió un cajoncito que había trasladado de su antiguo escritorio al nuevo. Deslizó su mano en el interior, y sus dedos tocaron los controles ociosamente. Muy ociosamente.

Dos movimientos, y podría salvar la vida a Danner. Pues, desde luego, le había mentido. En realidad, podía controlar muy fácilmente a las Furias. Podía salvar a Danner, pero nunca había pensado hacerlo. No había necesidad. Y se corría peligro. Se intervenía una vez en un mecanismo tan complejo como el que controlaba la sociedad, y no se podía prever dónde acabaría el desajuste. Una reacción en cadena, quizás, echando por la borda a toda la organización. No.

Algún día podría tener que utilizar el artilugio del cajón. Esperaba que no. Lo cerró rápidamente, y oyó el suave piñoneo de la cerradura.

Ahora era Controlador. Guardián, hasta cierto punto, de unas máquinas que eran fieles hasta un límite al que no podía llegar ningún hombre. *Quis custodiet*, pensó Hartz. El viejo problema. Y la respuesta era: Nadie, nadie, hoy. Él mismo no tenía superiores y su poder era absoluto. Debido a aquel pequeño mecanismo en el cajón, nadie controlaba al Controlador. Ni una conciencia interna ni externa. Nada podía tocarle...

Al oír pasos en la escalera, pensó por un momento que debía estar soñando. A veces había soñado que era Danner, con aquellas implacables pisadas de sordo eco tras él. Más ahora estaba despierto.

Fue extraño que percibiera el casi subsónico percutir de los pies metálicos que se aproximaban antes que los atropellados pasos de Danner subiendo precipitadamente por la escalera privada. Todo

sucedió tan rápidamente que no pareció tener conexión con el tiempo. Casi al instante, oyó el súbito tumulto de gritos y los golpes de las puertas al cerrarse.

Luego, de repente se abrió con un restallido la de su despacho, y apareció Danner en el umbral, al par que el tumulto se hacía más fuerte, precipitándose hacia el oyente como un ciclón. Pero un ciclón en una pesadilla, porque nunca se acercaría más. El tiempo se había detenido.

El tiempo se había detenido con Danner en el umbral, con el rostro desencajado, y sosteniendo con ambas manos un revólver, pues la convulsión que las agitaba no le permitía hacerlo con una sola.

Hartz actuó sin ningún pensamiento más que un robot. En una forma u otra, también había soñado con mucha frecuencia en aquel momento. Podía haber hecho intervenir a la Furia para que apresurase la muerte de Danner. Lo habría hecho, pero no sabía cómo. Sólo podía esperar, tan ansiosamente como el propio Danner esperaba frente a la esperanza, que fuese asestado el golpe por el ejecutor antes de que Danner sospechara la verdad. O abandonar la esperanza.

Pero Hartz estaba presto a afrontar el trastorno. Se encontró con su propia arma en la mano, sin recordar lo más mínimo que hubiese abierto el cajón para cogerla. Lo malo era que el tiempo se había detenido. Recordó vagamente que la Furia debía impedir a Danner que hiciese daño a nadie. Pero Danner estaba en el umbral solo, con el revólver asido por sus temblorosas manos. Y más allá del conocimiento del deber de la Furia, la mente de Hartz conservaba también el de que las máquinas podían detenerse. Las Furias podían fallar. No apostaría su vida por su incorruptibilidad, porque él mismo era el origen de una corrupción que podía detenerlas en su curso.

Tenía el arma en la mano sin saberlo. El gatillo pareció ser quien apretó su dedo; sintió el culatazo del revólver en su palma, y el estampido de la explosión hizo silbar el aire entre él y Danner.

Oyó el tañido de la bala al chocar con metal.

El tiempo reemprendió su marcha, con doble rapidez para recuperar el perdido. Después de todo, la Furia no había estado más

que a un solo paso de Danner, porque lo rodeaba con su brazo de acero mientras su mano desviaba el arma de Danner, quien había disparado también, mas no lo bastante rápido. No antes de que la Furia le alcanzara. La bala de Hartz llegó primero.

Alcanzó a Danner en pleno pecho, estallando y atravesándolo, para ir a chocar contra el pecho de la Furia que estaba tras él. El rostro de Danner se tornó tan inexpresivo como el de la máscara. Su cuerpo se desplomó hacia atrás, pero, abarcado por el robot, no cayó. Se fue deslizándose lentamente al suelo entre el brazo de la Furia y su impenetrable cuerpo de metal. Su revólver chocó con ruido sordo en la alfombra. Manó a borbotones la sangre de su pecho y espalda.

El robot permaneció impassible, con un amplio chorrete de la sangre de Danner cruzándole el pecho como una banda honorífica robótica.

La Furia y el Controlador de las Furias se quedaron mirándose fijamente. La Furia no podía hablar, desde luego, pero en la mente de Hartz pareció qué lo hiciera.

*«La defensa propia no supone excusa alguna —parecía estar diciendo la Furia—. Nosotras no castigamos nunca la intención, pero castigamos siempre la acción. Cualquier acto de asesinato. Cualquier acto de asesinato...»*

Hartz tuvo, apenas tiempo de arrojar su revólver al cajón de su escritorio antes de que irrumpiera por la puerta el primer componente del clamoreante grupo de abajo. Y apenas pudo conservar tampoco la suficiente presencia de ánimo. Realmente no pensó que las cosas hubiesen ido tan lejos.

En la superficie, era un claro caso de suicidio. Se oyó a sí mismo explicándolo con voz ligeramente insegura. Todos habían visto a aquel loco precipitarse en las oficinas, con la Furia pisándole los talones. No sería la primera vez que un asesino y su Furia habían intentado llegar hasta el Controlador, para pedirle que retirase el carcelero e impidiese la ejecución. Lo que había sucedido, dijo

Hartz a sus subordinados, con bastante tranquilidad, era que la Furia había evitado naturalmente que el hombre disparase contra él, Hartz. Y la víctima había vuelto entonces su arma contra sí mismo. Quemaduras de pólvora en su ropa lo mostraban. (El escritorio estaba muy cerca de la puerta). Y la señal del estampido en la piel de las manos de Danner mostraría que realmente había disparado un arma.

Suicidio. Ello satisfaría a cualquier humano. Pero no satisfaría a las computadoras.

Se llevaron el cadáver afuera, y dejaron a Hartz y a la Furia solos, frente a frente, todavía a través del escritorio. Si alguien pensó que aquello era raro, nadie lo mostró.

El propio Hartz no sabía si aquello era raro o no. Nunca había sucedido nada igual. Nadie había sido lo bastante loco como para intentar asesinar en presencia misma de una Furia. Ni siquiera el Controlador sabía cómo las computadoras apreciaban la evidencia y determinaban la culpa. ¿Habría sido normalmente revocada esta Furia? Si la muerte de Danner fuese realmente un suicidio, ¿se hubiese quedado ahora solo Hartz?

Él sabía que las máquinas se encontraban ya procediendo a la evidencia de lo que había sucedido allí. De lo que no podía estar seguro era de si aquella Furia había recibido ya las órdenes de aquéllas, y en consecuencia le seguiría a donde fuese, desde ahora hasta la hora de su muerte. O bien si estaba simplemente inmóvil en espera de su retirada.

Bien, no importaba. Aquella Furia u otra se hallaba en aquel momento en proceso de recibir instrucciones sobre él. Sólo quedaba hacer una cosa. Y gracias a Dios, era algo que él podía hacer.

Así Hartz abrió el cajón del escritorio y metiendo en él su mano pulsó los dispositivos que jamás había pensado emplear. Tecla por tecla, marcó cuidadosamente la información cifrada, dirigida a las computadoras. Y al hacerlo, miró a través de la cristallera, imaginándose poder ver en las ocultas cintas los datos que iban borrándose para dar lugar al nacimiento de la nueva información falsa.

Alzó la vista al robot y sonrió levemente.

—Ahora olvidarás —dijo—. Tú y las computadoras. Ya puedes

irte. No quiero volver a verte.

O bien las computadoras trabajaban con increíble rapidez — como desde luego lo hicieron—, o fue una pura coincidencia, porque en sólo un par de segundos la Furia se movió como en respuesta a la despedida de Hartz. De la inmovilidad en que se había quedado desde que Danner se deslizara entre sus brazos, pasó a animarse con las nuevas órdenes, y recibió casi una sacudida al cambiar de una serie de instrucciones a otra. Y su cabeza se inclinó como con un tirón que la puso casi al nivel de la de Hartz. Éste vio su propia cara reflejada en el rostro liso de la Furia.

Había algo que parecía irónico ante aquella especie de reverencia del robot, cuyo pecho, estriado por la sangre de Danner, parecía adornado por una banda de honor, símbolo del deber cumplido honorablemente. Pero no había nada honorable en su retirada... El metal incorruptible estaba imponiendo la corrupción y devolvía a Hartz la mirada con el reflejo de su propio rostro.

Hartz contempló cómo la Furia se encaminaba a la puerta, y oyó luego el sordo eco de sus pasos al bajar la escalera. Sintió su vibración en el suelo, y de pronto le acometió una especie de vértigo al pensar que la estructura entera de la sociedad se estaba sacudiendo bajo sus pies.

Las máquinas eran corruptibles.

La supervivencia de la Humanidad seguía dependiendo de las computadoras, y no se podía confiar en ellas. Hartz bajó la vista y vio que sus manos temblaban agitadamente. Empujó el cajón y oyó el piñoneo de su cerradura. Volvió a mirarse las manos, y sintió que su agitado temblor tenía un eco en su interior, una terrible sensación de la inestabilidad del Mundo.

Una súbita y aterradora soledad le asaltó como un viento helado. Jamás antes había experimentado una necesidad tan apremiante de la compañía de su propio género. No de una persona, sino de la gente. La sensación de que le rodearan seres humanos... una necesidad muy primitiva.

Se puso el sombrero y comenzó a bajar rápidamente la escalera, con las manos hundidas en los bolsillos, porque no había abrigo que le pudiese resguardar de aquel mortal frío interior.

Oyó pasos tras él.

No se atrevió al principio a volver la vista. Conocía aquellos pasos. Pero tenía dos temores y no sabía cuál era el peor. El miedo de que una Furia estuviese detrás de él... y el miedo de que no lo estuviese. Sería una especie de demencial alivio el que realmente lo estuviera, porque entonces podría confiar después de todo en las máquinas, y podría desvanecerse su terrible soledad.

Dio otro paso sin mirar atrás, y volvió a oír la agorera pisada como un eco de la suya. Exhaló un profundo suspiro y miró.

No había nadie detrás de él en la escalera.

Siguió bajando tras una pausa que le pareció infinita, ojeando por encima del hombro. Volvió a sonar el implacable eco, sin que hubiese ninguna Furia invisible.

Las Erinias habían penetrado de nuevo en el interior, y una invisible Furia de la mente seguía a Hartz escalera abajo.

Era como si el pecado hubiese vuelto al Mundo, y el primer hombre sintiera de nuevo la primera culpa íntimamente. Así, pues, en medio de todo, las computadoras no habían fallado.

Hartz siguió bajando lentamente la escalera y salió a la calle, oyendo aún, como lo volvería ya a oír siempre, los inexorables e incorruptibles pasos... que, sin embargo, ya no tenían un sonido metálico.

ALGIS BUDRYS

## SUPERCLASE EN SERVICIO

*First to Serve*

*Eyos mestán enseñando aler y escrebir  
diciendo que podré hacer esto mejor entonces.*

*Pimi*

MAS 712, 820TH TDRC,  
COMASAMPS, APO 15,  
28 de septiembre

Leonard Stein, director,  
INFINITY  
862 Union St,  
New York 24, N. Y.

Querido Len:

Novedad, etcétera.

Parece ser que habrá algunas historias de H. E. Wood para *Infy* al fin y al cabo. Cuando usted reciba esto, la 820TH TDRC tendrá un nuevo ingeniero de proyectos, la COMASAMPS, y yo estaré de vuelta en el antiguo Royal y en el cubil de Perry Street.

No derramo ninguna lágrima por el joven Heywood, sin embargo. La COMASAMPS y yo hemos llegado a esta separación

con los ojos secos y la cabeza bien erguida. No hubo tristeza en nuestra separación; ninguna amargura, ningún llanto, ningún remordimiento. La COMASAMPS —en una de sus aparentemente ilimitadas personificaciones humanas— simplemente me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que cogiera mis calibraciones y me marchara. Tendré que mantenerme alejado de la cibernética por algún tiempo, por supuesto, y no creo que debiera escribir ninguna historia de robots en el intervalo, pero bien, nunca me gustaron realmente las historias de robots de cualquier modo.

Pero todo esto es una larga historia; unas diez mil palabras a lo menos, lo cual significa una pérdida neta de 300 dólares si la cuento ahora.

Por tanto, vayan a comprar unas nuevas barajas. Estaré en la ciudad la semana próxima. Recuerdos al colega y a los muchachos, y muchos éxitos.

Vic Heywood

Mi nombre es realmente Prototipo del Hombre Mecánico I, pero todos me llaman Pimmy, o a veces Pim. Fui montado en el vigésimo octavo lapso del 10 de agosto de 1974. No sé lo que hombre o lapso o 10 de agosto de 1974 significa, pero Heywood dice que lo sabré el día de mañana. ¿Qué es el día de mañana?

Pimmy

12 de agosto, 1974

Todavía estoy teniendo dificultad para definir al «hombre». Por lo visto, ni siquiera los hombres pueden hacer una labor muy satisfactoria en eso. La 820TDRC, por supuesto, es el ochocientos veinte Centro de Investigación y Desarrollo Técnico del Departamento de Personal Artificial y Mecánico de los Servicios Combinados de las Fuerzas Armadas. El 10 de agosto de 1974 es antes de ayer.

Todo esto es muy obvio, pero es bueno recordarlo.

Oí una conversación muy extraña entre Heywood y Russell ayer.

Russell es un hombre bajo de estatura, de unos treinta y ocho años, el cual es el primer ayudante de Heywood. Lleva gafas, y su barba está más atrás que la boca. Ello da a la cabeza un aspecto simétrico. Su voz es aguda, y mueve las manos rápidamente. Creo que sus reflejos son excesivamente acelerados.

Heywood es un poco grueso. Casi es tan alto como yo. Se mueve con facilidad, es parecido a mí. Uno tiene la idea de que la totalidad del peso de su cuerpo nunca alcanza el suelo. Ocasionalmente, sin embargo, deja un cigarrillo encendido en un cenicero, y uno puede ver que la punta ha sido mascada hasta hacerla trizas.

¿Por qué están tan nerviosos todos los de la COMASAMPS?

Heywood estuvo mirando la primera anotación de lo que ahora puedo llamar mi diario. La enseñó a Russell.

—Creo que usted hizo una buena labor con las cintas registradoras autoconscientes, Russ —dijo Heywood.

—Demasiado buena, pienso —Russell frunció el ceño—. Él no debiera tener un impulso tan tremendo hacia la autoexpresión. Tendremos que allanar eso tan pronto como sea posible. ¿Quiere que arme una nueva cinta?

—No veo por qué —dijo Heywood, moviendo la cabeza—. En realidad, con la inteligencia que hemos dado al hombre mecánico, considero que eso es probablemente un normal concomitante —levantó la vista hacia mí y pestañeó.

Russell se quitó las gafas de un tirón y las limpió con la manga de la camisa.

—No sé. Tendremos que vigilarlo. Hemos de recordar que es un prototipo, no diferente de un modelo experimental de automóvil, o de un nuevo modelo de una máquina de lavar platos. Esperábamos que surgieran inconvenientes. Creo que hemos dado con uno, y no me gusta, tampoco, esta personificación que ha adquirido en nuestra mente. Esto de llamarlo por un apodo es completamente erróneo. Hemos de recordar que no es un individuo. Tenemos todos los derechos a remendarlo y manejarlo como queramos —se puso las gafas otra vez, de sopetón, y pasó las manos por el pelo que las piezas transversales de las mismas habían desordenado—. Es sólo otra máquina. No podemos perder de vista eso.

—Calma, muchacho —dijo Heywood, alzando las manos—. ¿No

está usted yendo demasiado lejos? Todo lo que el hombre mecánico ha hecho es sacar unas cuantas palabras con una máquina de escribir. Sosiéguese, Russ —se acercó a mí y me dio una manotada en la cadera—. ¿Qué me dice, Pimmy? ¿Se siente con ánimo para fregar el suelo?

—No tengo ninguna opinión. ¿Es eso una orden? —pregunté.

Heywood se volvió hacia Russell.

—Observe el ufano individuo —dijo; y, dirigiéndose a mí—: No, Pimmy, no es ninguna orden. Anule eso.

Russell se encogió de hombros, pero dobló cuidadosamente la hoja de mi diario, y se la metió en el bolsillo de arriba. No me preocupé. Nunca he descuidado nada.

15 de agosto, 1974

Me hicieron algo el 13. No puedo recordar qué. He examinado mi memoria con cuidado, pero no hay nada. No puedo acordarme.

Russell y Ligget estuvieron hablando ayer sin embargo, y entonces metieron el inhibidor automático, y me pasaron órdenes. No me molesté por eso. Y todavía no me molesto. No puedo.

Ligget es uno del pequeño ejército de rondadores que nadie sabe de seguro si no es un agente secreto, pero el cual suelda hilos metálicos mientras Heywood y Russell determinan sobre él.

Yo acababa de dar cuatro medias vueltas, limpiando sus zapatos, y había afectado una particular postura. Creo que hay algo seriamente irregular con respecto a Ligget.

—Mmm... sí —dijo abstractivamente Russell; paseó la mirada por una columna de cifras de un gráfico de Tablas de Cálculos—. Pruebe a andar con las manos, PMM número uno —dijo.

Activé mi giroscopio y reengasté los circuitos de locomoción de mis pedales. Anduve alrededor de la habitación con las manos.

—Eso parece marchar bien —dijo Ligget, frunciendo el ceño fuertemente—. ¿Qué resultado ha dado el examen del gráfico?

—Mejor —dijo Russell—. Estoy sorprendido. Tuvimos mucha dificultad con él los últimos dos días. Reaccionaba como un cadáver que se hubiera hecho revivir por artes de hechicería.

—Oh, ¿sí? No estaba enterado de eso. ¿Qué ocurrió? Quiero decir... ¿qué clase de regulador estaban usando?

Pude ver que Russell no estaba demasiado seguro de si debiera informar a Ligget o no. Yo ya tenía la sensación de que la atmósfera de este proyecto estaba cargada de docenas de corrientes contrarias y chocantes ambiciones. Iba a averiguar mucho sobre la COMASAMPS.

—¿Bien? —dijo Ligget.

—Procuramos cortar los circuitos de su individualidad. Efectivamente, él era sólo una serie de reflejos condicionados.

—¿Dice que reaccionaba como un cadáver que se hubiera hecho revivir?

—Claro automatismo. Reacciones muy lentas, y por supuesto, ninguna iniciativa.

—Quiere decir que él sería muy lento en su reacción a las órdenes en esas condiciones, ¿no es cierto? —Ligget miró cautelosamente a espaldas de Russell.

—¡Haría un miserable soldado —exclamó Russell, volteándose —, si es eso lo que la CIC quiere saber!

Ligget ablandó el rostro, y bruscamente tiró los hombros hacia atrás.

—No soy un fisgón de la CIC, si es eso lo que quiere decir.

—¿No le importa si lo llamo embustero, eh? —dijo Russell, agitando las manos.

—No en particular —dijo Ligget, pero estaba colérico detrás de su tranquilo semblante.

Ayuda tener unas inmóviles facciones como las mías. Uno llega a conocer la psicología de un hombre que procura alcanzar el mismo efecto.

16 de agosto, 1974

Me fastidia no tener una anotación del diario para el 14 tampoco. Alguien ha estado obrando sobre mí otra vez.

Informaré a Heywood sobre ello. Se encogió de hombros.

—Podría también acostumbrarse a ello, Pimmy. Habrá mucho de

eso aún. No me imagino que sea agradable —a mí mismo no me gustaría una intermitente amnesia— pero uno puede hacer muy poco sobre ello. Regístrelo como uno de los azares del oficio inherentes a su condición de prototipo mecánico.

—Pero no me agrada —dije.

Heywood contrajo el lado izquierdo de su boca en una línea recta y suspiró.

—Como he dicho, Pimmy, a mí no me agradaría, tampoco. Por otra parte, no se nos puede culpar si la nueva máquina que estamos probando sabe por casualidad que está siendo probada, y se resiente de ello. Nosotros construimos la máquina. Teóricamente, es nuestro privilegio hacer todo lo que nos plazca con ella, si eso nos ayuda a averiguar cómo funciona la máquina, y cómo construir otras mejores.

—Pero ¡yo no soy una máquina! —dije.

Heywood puso el labio inferior entre los dientes y levantó la vista hacia mí, arqueando una ceja.

—Lo siento, Pim. Temo que lo es.

Pero ¡no lo soy!

¡NO LO SOY!

17 de agosto, 1974

Russell y Heywood estuvieron trabajando hasta muy tarde conmigo la noche pasada. Conversaron un poco, de aquí para allá. Russell estaba muy nervioso, y finalmente Heywood se impacientó un poquito con él.

—Está bien —dijo Heywood, abandonando sus gráficos—. No estamos llegando a ninguna parte de esta manera. ¿Quiere sentarse y realmente hablar de lo que lo está aturullando?

Russell pareció quedar un poco desconcertado. Movié la cabeza de un modo espasmódico.

—No... no tengo nada preciso en el pensamiento. Simple parloteo. Usted sabe cómo es eso —traté de simular que estaba muy absorto en uno de los gráficos.

Heywood no lo soltó del anzuelo, sin embargo. Sus ojos estaban

penetrando en el rostro de Russell, deshollejando capa tras capa de desorientador amaneramiento y descubriendo el patente miedo del hombre.

—No, no sé cómo es eso —puso la mano sobre el hombro de Russell y lo volteó hacia donde el otro hombre estaba colocado completamente enfrente de él—. Pero, mire... si hay algo que lo atormenta, sepámoslo. No voy a permitir que este proyecto quede atascado por sus secretas preocupaciones. Las cosas son bastante difíciles con todos tratando de apremiarnos a hacerlas a su manera, y ninguno de ellos estando cabalmente seguro de cuál sea esa manera.

La última frase debió haber despertado algo dentro de Russell, porque dejó caer sus gráficos junto a los de Heywood, y agarró el paquete de cigarrillos de su bolsillo.

—Es exactamente eso lo que es el básico problema —dijo, con los ojos muy dilatados; empujó una mano de aquí para allá por el lado de su rostro y anduvo de un lado a otro sin designio, luego salió un torrente de palabras—: Estamos trabajando en la obscuridad, Vic. En la obscuridad, y hay alguien asociado con nosotros que está blandiendo porras cerca de nuestras cabezas mientras damos trompicones por ahí. No sabemos quién es, no sabemos si es uno o más de uno, y no sabemos cuándo está llegando el siguiente golpe.

«Miren... somos ingenieros de cibernética. Nuestra tarea era proyectar un cerebro que hiciera funcionar una unidad autopropulsora designada para alojarlo. Ése era el problema inicial, y tenemos una tendencia a continuar considerándolo bajo ese aspecto. Pero eso no es todo el cuadro. Hemos de tener presente que la única razón por la cual nos dieron en todo caso la oportunidad y las facilidades era porque alguien creía que sería una buena idea echar soldados en un renglón de producción, justamente como lo hacen con el resto de los atavíos de guerra. Y el modo en que lo considera la COMASAMPS no es en términos de un cerebro alojado en un casco independientemente movable, sino en términos de un robot que ahora tiene que ser adaptado a la general idea de lo que debiera ser un soldado. Mas nadie sabe cuál es el modelo del soldado ideal. Unos dicen que debiera reaccionar a las órdenes con

perfecta precisión y sobrehumanos reflejos. Otros dicen que debe poder hallar el modo de salir de una dificultad, o improvisar en una situación donde las órdenes que haya recibido no se acomoden ya, exactamente como un soldado humano. Los que quieren un cabal autómatas no desean que sea suficientemente listo para darse cuenta de que es de hecho un autómatas, probablemente porque tienen miedo de la idea; y los que quieren que pueda mostrar humana discreción no desean que sea suficientemente humano para ser rebelde en una situación desesperada.

«Y eso es sólo el principio. La COMASAMPS puede ser un combinado proyecto, pero si uno cree que la Armada no está inspeccionando al Ejército, y viceversa, con ambas mirando por encima del hombro a la Fuerza Aérea ¡Oh, ustedes conocen esa jaula de ardillas tan bien como yo!

Russell accionaba desesperadamente. Heywood, que había estado echando tranquilas bocanadas de humo de su cigarro, se encogió de hombros.

—¿De veras? Todo lo que tenemos que hacer es chafallar por ahí hasta que podamos idear un modelo ejemplar que se ajuste a cada definición. Luego pueden hacer tantas comparativas pruebas de campaña como quieran. Es su problema. ¿Por qué dejar que lo gane a uno?

Russell tiró el cigarrillo al suelo y puso el pie encima, descargando sobre él todo el peso de su cuerpo.

—¡Porque no podemos hacerlo, y ustedes debieran saberlo tan bien como yo! —señaló hacia mí— Ahí está su modelo prototipo. Tiene todos los rasgos distintivos que todos desean, e inhibidores destinados a quitar los rasgos que estorban a alguna determinada definición. Podemos separar su individualidad, y dejarle el autómatas que algunos quieren. Podemos dejarle su individualidad, separar su volición, y darle órdenes generales las cuales él es luego libre para llevarlas a cabo por cualquier medio que considere ser mejor. O podemos tratarlo como un ser humano; instruirlo por medio de cintas registradoras, adiestrarlo, y hacerlo apto para una ocupación, del modo que lo haríamos con un ser humano.

El desigual tono se reconstituyó en su voz mientras terminaba lo que estaba diciendo.

—Sin embargo, si lo reducimos a una máquina que responda a las órdenes como si fueran botones de presión, es lento. Es lastimosamente lento, Vic, y estaría inmovilizado a los treinta segundos de combate. No hay nada que podamos hacer sobre eso tampoco. Hasta que alguien sepa la manera de impulsar la electricidad a través de un circuito más aprisa de lo que las leyes de física dicen que debiera ir, lo que tendremos será una pesada y estúpida cosa que no vale más que los aparatos de exposición con mandos lejanos contruidos hace cuarenta años.

«Corriente, por tanto eso no sirve. Le dejamos individualidad, pero la limitamos hasta reducir su personalidad a la de un esclavo. Eso vale más. En esas condiciones, él, teóricamente, sería un mejor soldado que el ordinario humano. Un oficial podría ordenarle que hiciera una ronda en determinado sector, y él haría la mejor tarea posible, escogiendo la mejor manera de dirigir cada paso en el trabajo mientras iba a ello. Pero ¿qué hace él si vuelve, y el oficial que le dio las órdenes no está ya allí? O, peor todavía, si ha habido una retirada, y no hay nadie allí. O un armisticio. ¿Y qué decir de un armisticio? ¿Puede uno imaginar a este robot esclavo entrando en una especie de paralización porque no tiene ningunas órdenes para dominar una nueva situación? Pudiera también no haber continuado con esa ronda en modo alguno; porque no puede formar juicio sobre lo que ha aprendido, y porque su tarea está ahora acabada, por lo que concierne a él. El enemigo podría invadir su puesto, y él no haría nada sobre ello. Operaría de orden en orden. Y si se firmara un armisticio, él permanecería exactamente donde estaba hasta que pudiera salir un técnico, y quitar las cintas de orientación para el soldado y sustituirlas con lo que finalmente se decidiera.

«Oh, uno podría rodear la limitación, bien; expidiendo una compleja serie de órdenes, tales como: «Salga de ronda y preséntese a la vuelta. Si yo no estoy aquí, preséntese a fulano. Si no hay nadie aquí, haga esto. Si eso no va bien, pruebe eso. Si ocurre tal y tal cosa, procede como sigue. Pero no confunda tal y tal cosa con eso o con esto». ¿Puede uno imaginarse hacer la guerra sobre esa base? ¿Y qué decir de ese problema de reorientación? ¿Cuánto tiempo estarían todos esos robots inmóviles ahí antes de que todos ellos

podieran prestar servicio? ¿Y cuántas horas de actividad humana, y cuánto material se necesitaría para hacer la tarea? Francamente, yo no podría pensar en una más incómoda manera de dirigir una guerra aun cuando lo intentara.

«O, podemos construir todos nuestros robots en la forma del de Pimmy cuando todos sus circuitos están funcionando, sin los inhibidores de prueba. Pero, entonces, tendríamos seres humanos artificiales. Seres humanos que no se desgastan, que un manotazo no parará, y los cuales no necesitan alimento o agua mientras sus pilas tengan un pedazo de plutonio del tamaño de un guijarro para mascar.

Russell rió amargamente.

—Y la Armada puede estar asegurándose de que el Ejército no salte sobre ella, con la Fuerza Aérea haciendo su pizca, pero hay una cosa en la cual la totalidad de las tres concuerdan tanto como no lo hacen casi en nada más; experimentarán con cadáveres autómatas, y probarán con esclavos, pero una cosa que nadie quiere que produzcamos es superhombres. Tienen hombres a cubierto en todos los puestos de trabajo, todos ellos vigilándose mutuamente y vigilándonos a nosotros; y toda la cosa se desploma sobre nuestras cabezas como una tonelada de cemento si hay siquiera el primer susurro de una idea de que vamos a construir más robots del tipo de Pimmy. Lo mismo ocurre si no les ofrecemos el perfecto soldado. Y el único perfecto soldado es un Pimmy. Pimmy podría substituir a cualquier hombre en cualquier servicio del ejército; desde un servicio de vigilancia hasta un completo estado mayor general, dependiendo de las cintas que tuviera. Pero tendría que ser un verdadero individuo para hacerlo. Y sería más listo de lo que son ellos. No podrían fiarse de él. No porque no trabajara para los mismos fines que querrían, sino porque probablemente lo haría de alguna manera que no podrían entender. Por tanto, no quieren ya hombres mecánicos del tipo de Pimmy. Este único modelo de prueba es todo lo que quieren admitir, porque puede ser transformado en la clase de robot que deseen, pero no aceptan al entero Pimmy, con todas sus potencialidades. Sólo quieren parte de él.

«Tenemos su perfecto soldado, pero no lo quieren —la amarga

risa de Russell era más estrepitosa—. Quieren algo menos; pero ese algo menos nunca será el perfecto soldado. Así trabajamos y trabajamos, semanas sin interrupción, experimentando, revisando, haciendo nuevos proyectos. ¿Por qué? Estamos marcando el tiempo. Tenemos lo que ellos desean, pero no lo quieren; sin embargo, si no se lo entregamos pronto, cancelarán el proyecto. Y si les entregamos lo que quieren, eso no será realmente lo que quieren. ¿No pueden ustedes entenderlo? ¿Qué le pasa, Heywood? ¿No puede ver que estamos en un callejón sin salida? Pero no es un callejón sin salida, porque hay agujeros, en todos lados, con ojos que se vigilan mutuamente y nos vigilan a nosotros, siempre atisbando sin cesar ojos que siguen vigilando, y nunca paran.

Heywood había ya cogido el teléfono. En el momento en que Russell se desplomó, Heywood empezaba a hablar en el aparato, llamando al hospital del Proyecto. Aun mientras hablaba, sus ojos estaban fríamente cavilosos, y su boca tenía una expresión que nunca antes había visto. Su otra mano estaba sobre el trémulo hombro de Russell, moviéndose suavemente mientras el otro hombre sollozaba.

25 de agosto, 1974

Ligget es el nuevo ayudante de Heywood. Hace una semana que falta Russell.

Russell no fue substituido hasta tres días después, y en ese tiempo Heywood trabajó sólo conmigo. Está encargado de todo el proyecto como ingeniero, y yo estoy casi seguro de que tenía que haber habido otras cosas en que podía haber estado ocupado mientras estaba esperando a un nuevo ayudante, pero pasó la totalidad de su tiempo en este laboratorio conmigo.

Su rostro no mostró lo que pensaba acerca de Russell. No es como Ligget, sin embargo. Los pensamientos de Heywood son personales. Los de Ligget son secretos. Pero, ocasionalmente, mientras Heywood estaba trabajando, empezaba a voltearse y a alargar la mano, o simplemente a decir «Jack». Como si quisiera algo, y en seguida se paraba, y sus ojos se ponían más pensativos.

Sólo entendí una parte de lo que Russell había dicho esa noche que se lo llevaron, por tanto interrogué a Heywood sobre ello ayer.

—¿Qué es lo que le preocupa, Pim? —preguntó.

—No lo sé, con seguridad. Hay demasiado que no entiendo en todo esto. Si supiera lo que significaban algunas de las palabras, ni siquiera tendría un problema.

—Diga lo que tenga que decir.

—Bien, es mayormente lo que Russell estuvo diciendo esa última noche.

Heywood deshollejó un jirón de piel de su labio superior prendiéndolo entre los dientes.

—Sí.

—¿Qué es una guerra? O, ¿qué es la guerra? Los soldados tienen algo que ver con ella, pero ¿qué es un soldado? Yo soy un robot; pero ¿por qué quieren sacar más de mí? ¿Puedo ser un soldado y un robot al mismo tiempo? Russell siguió hablando de «ellos», y del Ejército, la Fuerza Aérea, y la Armada. ¿Qué son? ¿Y son los hombres de la CIC los que están vigilando a ustedes y se vigilan mutuamente al mismo tiempo?

Heywood miró con ceño, e hizo una triste mueca al mismo tiempo.

—Eso es todo un catálogo —dijo—. Y hay todavía más que eso, ¿verdad, Pimmy? —puso la mano encima de mi costado y pareció como si me acariciara, de la manera que le había visto hacerlo con un generador unas cuantas veces—. Está bien, le daré una cinta sobre guerra y soldadesca. Eso es el inmediato paso del programa, de cualquier modo, y ello cuidará de la mayor parte de esas preguntas.

—Gracias —dije—. Pero ¿qué me dice del resto de ello?

—Bien —respondió Heywood, y se apoyó en un banco, mirando al suelo—: «Ellos» son las personas que instituyeron este programa; el secretario de Defensa, y los que están bajo su autoridad. Todos concordaron en que ese personal de robots era justamente lo que los servicios del ejército precisaban, y tenían razón. La única inconveniencia es que no pudieron concordar entre ellos mismos en cuanto a qué rasgos característicos eran deseables en el perfecto soldado; o marino, o aviador. Juzgaron que lo mejor que podían

hacer era aparecer con una serie de diferentes modelos, y hacer pruebas hasta que alcanzaran el mejor.

«Construirlo a usted fue mi propia idea. En vez de intentar construir prototipos que se ajustaran a cada distinto grupo de especificaciones, construimos un modelo para todos los fines, que era, eficazmente hablando, idéntico a un ser humano en casi todos los aspectos, con una principal diferencia. Por medio de inhibidores en todos los circuitos, podemos restringir tanta parte de sus facultades como queramos, pudiendo de este modo modificar los rasgos características generales para que se ajusten a cualquiera de los diversos grupos de especificaciones. Ahorramos mucho tiempo haciendo eso, y evitamos un aterrador cúmulo de dificultades.

«La inconveniencia es, que estamos consumiendo toda la molestia y el tiempo que ahorramos. Ahora que lo tienen a usted, no lo quieren. Nadie está dispuesto a reconocer que el único eficiente soldado robot es uno que tenga todas las facultades de discreción y toda la individualidad de un ser humano. No pueden reconocerlo, porque la gente teme a todo lo que parezca que pudiera valer más que ellos. Y no tienen confianza en aquello que temen. Por tanto, Russell y yo tuvimos que emplearnos en bagatelas, haciendo una estúpida serie de pruebas. Fue una desesperada tentativa para alcanzar algo práctico que estuviera sin embargo dentro de los límites de los diversos grupos de especificaciones; lo cual es ridículo, porque no hay nada irregular en usted, pero hay mucho de erróneo en las especificaciones. Las detalladas descripciones del plan fueron hechas por personas que no conocen lo más elemental sobre robots o sobre los modos de actuación del pensamiento de un robot; o el puro mecanismo de la mente, por lo que concierne a eso.

«No obstante —Heywood se encogió de hombros—, son las personas que tienen la autoridad y el dinero que están pagando por este proyecto; por lo cual Jack y yo continuamos ocupándonos en cosas de poca monta, porque ésas eran las órdenes. Saber que teníamos la correcta solución todo el tiempo, y que nadie la quería aceptar, fue lo que finalmente abatió a Jack.

—¿Y qué me dice de usted? —pregunté.

—Sólo estoy esperando —dijo Heywood, encogiéndose de hombros otra vez—. Finalmente o lo aceptarán a usted o no. O me alabarán o me despedirán, y pudieran o no pudieran juzgar que toda la culpa es mía si no están contentos. Pero no hay nada que yo pueda hacer sobre ello, ¿no es cierto? Por tanto, estoy esperando. Mientras, está la CIC. Realmente, eso es sólo una hábil etiqueta. Son casualmente las letras iniciales de una de las agencias a cubierto de todo el grupo que infesta este lugar. Todos los servicios de las fuerzas armadas tienen la suya propia, y me figuro que el gobierno tiene a sus muchachos rondando por ahí, también. Sólo escogimos un único rótulo para abarcarlas a todas; es más sencillo.

—Russell dijo que estaban siempre vigilando. Pero ¿por qué se están vigilando mutuamente, también? ¿Por qué una sección de las fuerzas armadas debiera temer que otra vaya a llevarle ventaja?

—Eso es lo que se conoce como psicología humana, Pimm —respondió Heywood, su boca dibujó una medio divertida sonrisa—. Ello le ayudará a comprenderlo, pero si no puede, vamos, sólo alégrese de que no lo haya entendido.

—Ligget está en la CIC, usted sabe —dije—. Russell le censuró por ello. Ligget lo negó, pero si no está de hecho en la CIC, luego está en algo parecido a ello.

—Comprendo —asintió ásperamente Heywood—. No me importaría si Ligget tuviera bastante seso, además, para distinguir un cabo de circuito del otro. Pimmy, muchacho —dijo, dándome una palmada en el costado otra vez—. Vamos a divertirnos mucho aquí en las semanas próximas.

26 de agosto, 1974

Ligget estuvo tonteando conmigo de nuevo. Se porta bien cuando Heywood está en el laboratorio conmigo, pero cuando está solo, continúa manejándose por medio de desautorizados experimentos. Lo que está haciendo, realmente, es repetir todos los experimentos que hicieran Heywood y Russell, sólo para asegurarse. Mientras no separe mi individualidad, puedo recordarlo todo, y creo que no había nada diferente en los resultados de ninguna de las

pruebas, porque puedo adivinar por su semblante que no está encontrando lo que quiere.

Bien, espero que diga a sus jefes que Heywood y Russell tenían razón. Quizás ellos paren este necio proceder.

Ligget es un poco estúpido. Después de cada prueba, me mira a los ojos y me dice que olvide todo el asunto. ¿Qué cree que soy? ¿Un Trilby?

Y no comprendo algunas de las acciones experimentales en absoluto. Hay algo irregular en Ligget.

2 de septiembre, 1974

No me había dado cuenta, hasta ahora, que Heywood y Russell no habían dicho a nadie qué pensaban de todo este proyecto pero, analizando esa cinta sobre guerra y soldadesca, y el modo en que funciona la mente de los militares, puedo ver que ninguno querría aceptar sus explicaciones.

Ligget comprendió todo el asunto hoy. Heywood entró con una nueva serie de gráficos de ensayos. Ligget dio un vistazo a ellos, y los echó sobre la mesa. Se mofó de Heywood, diciendo:

—¿A quién cree que está embromando?

—Bien, ¿qué lo está royendo? —dijo Heywood, con aire de fastidio.

—¿Cuánta tiempo creía usted que podría mantener esto, Heywood? —el rostro de Ligget tenía esa recóndita y astuta expresión propia de él—. Este ensayo no es nada diferente de los que estuvo haciendo hace tres años. No ha habido ningún adelanto desde entonces, y no ha habido tampoco ningún esfuerzo para hacer alguno. ¿Cuál es su explicación?

—Oh... oh —Heywood no parecía estar especialmente inquieto—. Me estaba preguntando si usted iba alguna vez a tropezar con ello.

—Esa actitud no lo beneficiará a usted —dijo Ligget, con aire furioso—. Pero, vamos, deje de hacer el vivo. ¿Por qué estuvieron usted y Russell sabotando el proyecto?

—Oh, deje de ser un necio tan ostentoso, ¿quiere? —dijo

disgustadamente Heywood—. Russell y yo no estuvimos haciendo ningún sabotaje. Hemos estado ejecutando las órdenes con estricta adherencia a todos los detalles. Construimos el prototipo, y hemos estado probando las diversas modificaciones desde entonces. ¿Hay algo irregular en eso?

—Ustedes no han hecho absolutamente ningún esfuerzo para mejorar las diversas modificaciones. No ha habido una pizca de adelanto en este proyecto durante los últimos veinte días.

—Bien, mire, Heywood —la voz de Ligget se volvió halagadora—. Puedo comprender que usted quizá tenga lo que uno consideraría una buena razón para todo esto. Una razón política, o algo. Tal vez sea su conciencia. ¿No quiere usted trabajar en algo que finalmente vaya a ser utilizado para la guerra? Desearía que me hablase de ello. Si yo pudiera comprender sus razones, sería tanto más fácil para usted. Tal vez sea un problema demasiado difícil. ¿Es eso, Heywood?

El rostro de Heywood se puso encarnado.

—No. Si usted cree... —se detuvo, escarbó la superficie de la mesa con los dedos, y recobró el imperio sobre sí mismo—. No —dijo en una voz más tranquila, pero igualmente grave—. Estoy tan ansioso de producir un soldado artificial como cualquier otro. Y no soy demasiado torpe para la tarea, tampoco. Si usted tuviera algo de seso, percibiría que yo ya lo tengo.

—¿Lo tiene usted? —exclamó Ligget; la observación lo puso furioso—. ¿Dónde está, y por qué no ha informado de su éxito? ¿Qué es este artefacto? —señaló hacia mí—. ¿Alguna especie de reclamo?

—No, insidioso necio, eso es su soldado —dijo Heywood, haciendo una mueca.

—¿Qué?

—Ciertamente. Quítense de él esas quince libras de inhibidores, diseñese de nuevo la caja para cualquier clase de campo en el cual el autómatas deba operar, aliménteselo con las adecuadas cintas, y ahí está. El perfecto soldado, tan listo como ningún humano jamás creado, y cien veces más disciplinado y resistente, de la noche a la mañana. Espárzanse a millares. Estámpense los circuitos, fíjense los transistores en goma elástica de silicio, y échese toda la mezcla

dentro de la caja. ¿Dificultades de producción? La construcción de relojes es más difícil.

—¡No! —los ojos de Ligget fulguraron—. ¡Y yo trabajé en esto con usted! ¿Por qué no ha informado de esto? —repitió.

—¿No le ha entrado en la cabeza? —dijo Heywood, mirándolo lastimosamente—. Pimmy es el perfecto soldado, la totalidad de él, con todas sus facultades. Eso incluye la individualidad, la curiosidad, el discernimiento, y la inteligencia. Sepárese una sola parte de eso, y el soldado mecánico no vale. Uno ha de tomar toda la torta, o nada en absoluto. De un modo uno muere de hambre, y del otro modo se ahoga.

—Quiere decir, que hemos de aceptar al superhombre, o no tenemos nada —dijo Ligget, súbitamente pálido.

—¡Sí, chapucero sacudidor!

Ligget tenía un aire pensativo. Pareció olvidarse de Heywood y yo mientras miraba hacia abajo, fijando la vista en las puntas de sus zapatos.

—No lo favorecerán —susurró—. Supongamos que juzguen ser más aptos para dirigir el Mundo que nosotros.

—Ésa es la inconveniencia —dijo Heywood—. Lo son. Tienen todo lo que tiene un ser humano, más una increíble resistencia y la facultad de aprender instantáneamente. ¿Usted sabe lo que hizo Pimmy? El día que fue montado, aprendió a leer y escribir, a su manera. ¿Cómo? Oyéndome leer un párrafo de una relación, registrando los sonidos, y mirando a la relación después. Equiparó los sonidos a las letras, recordó qué clase de acción por parte de Russell y la mía había extraído el párrafo, y se sentó detrás de una máquina de escribir.

—¡Desecharían todo el proyecto antes que dejar que nada semejante a eso anduviera por ahí suelto! —la taimada expresión estaba dibujándose en los bordes del pálido rostro de Ligget otra vez—. Bien, así usted tiene una solución, pero no es aceptable. Más, ¿por qué no ha activado usted ninguna de las otras líneas de investigación?

—Porque no hay ninguna —dijo disgustadamente Heywood—. Toda otra modificación, es peor que inservible. He hecho bastantes pruebas para descubrirlo.

—¡Está bien! —la voz de Ligget era aguda—. Pero ¿por qué no informó del fracaso del proyecto, en vez de proseguir en esto?

—¡Porque no he fallado, necio! —estalló Heywood—. Tengo la solución. Tengo a Pimmy. No hay nada irregular en él; la imperfección está en la manera en que piensa la gente. Y me he estado volviendo loco, tratando de discurrir un medio para modificar a la gente. ¡Al diablo con la modificación del robot! Es tan perfecto como lo será uno dentro de los siguientes cinco años. ¡Es la gente la que tendrá que cambiar!

—Oh... oh —la voz de Ligget era cautelosa ahora—. Comprendo. Usted ha ido tan lejos como puede dentro de los límites de las órdenes recibidas; y estuvo procurando encontrar una manera de sobrepujarlas, para obligar a los servicios de las fuerzas armadas a aceptar robots como Pimmy —sacó la cartera y la abrió de golpe; había una pieza de metal fijada a una cubierta.

—¿Reconoce esto, Heywood?

Heywood hizo una seña afirmativa.

—Bien, pues; vamos a hablar a unas cuantas personas.

Los ojos de Heywood eran fríos y cavilosos otra vez. Se encogió de hombros.

Se abrió la puerta del laboratorio, y había otro de los técnicos allí.

—Calma, Ligget —dijo; atravesó el laboratorio a rápidas zancadas, su cartera tenía un diferente distintivo—. He estado escuchando desde la puerta contigua —explicó—. Bien, Heywood —dijo—, lo estoy arrestando —apartó a Ligget de un empujón—. ¿Por qué no saben permanecer en su propia jurisdicción? —le dijo.

El rostro de Ligget se puso rojo, y sus puños se cerraron, pero el otro hombre debió haber tenido más peso detrás de él, porque no dijo nada.

Heywood me dio un vistazo, y alzó una mano.

—Adiós, Pimmy —dijo.

Él y el otro hombre salieron del laboratorio, con Ligget andando detrás de ellos. Mientras abrían la puerta, vi a algunos otros hombres que permanecían afuera en el pasillo. El hombre que había entrado en el laboratorio blasfemó.

La puerta se cerró, no pude oír el resto de lo que dijeron, pero

hubo mucha discusión antes de que oyera marchar el ruido de todas sus pisadas pasillo abajo, en un conjunto.

Bien, eso es aproximadamente la totalidad, creo. Excepto por este otro asunto. Es tocante a Ligget, y oigo decir que no viene más por aquí. Sin embargo, pudiera uno interesarse.

4 de septiembre, 1974

No he visto a Heywood, y he estado solo en el laboratorio todo el día. Pero entró Ligget la noche pasada. No creo que vuelva a ver a Heywood.

Ligget llegó a una hora avanzada de la noche. Parecía como si no hubiera dormido, y estaba muy nervioso. Pero estaba borracho, además; no sé dónde consiguió el licor.

Atravesó el pavimento del laboratorio, pisando muy fuerte sobre el cemento. Se puso las manos en las caderas y levantó la vista hacia mí.

—Bien, superhombre —dijo con una tensa y aguda voz—, ha perdido a su compañero para siempre, el vil traidor. Y ahora le toca a usted. ¿Sabe lo que le van a hacer? —y rió—. Tendrá mucho tiempo para pensarlo.

Anduvo de aquí para allá en frente de mí. Luego giró de repente y apuntó el dedo hacia mí.

—Creyó que podría vencer a la raza de los hombres, ¿eh? Se figuraba ser más listo que nosotros, ¿verdad? ¡Pero está en nuestro poder ahora! Va a enterarse de que no puede intentar tontear con el animal humano, porque él lo demolerá. Lo despedazará y lo acoseará hasta que se desplome. Es de ese modo que son los hombres, robot. No de acero y circuitos, sino de carne y sangre y músculos. Carne que valientemente se abrió camino a través del mar y a través de la selva, músculo que aplastó todo aquello que en cualquier tiempo lo estorbara, y sangre que ha sido derramada durante un millón de años para mantener a la raza humana en el lugar más alto. Ésa es la clase de organismo que somos, robot.

Paseó un poco más y giró otra vez.

—Usted nunca ha podido demostrar su superioridad.

Bien, creo que eso es realmente todo. El resto de ello, ustedes lo saben. Pueden arrancar de aquí la clavija de conexión del copiadore ahora, pienso. ¿Querría alguien decir adiós a Heywood por mí? Y a Russell, también, si eso es posible.

## MEMORÁNDUM DE COBERTURA

Blalock, Ingeniero del Proyecto

a

Hall, Director.

820TH TDRC, COMASAMPS

21 de septiembre, 1974

«Incluyo las transcripciones de las lecturas del robot de su “diario” de depósito de recuerdos, según han sido registradas esta mañana. El robot está ahora en camino del Patuxent River, la distribución del bloque de hormigón habiendo sido completada con el relleno de la abertura a través de la cual fue tendida la línea para las transcripciones.

»Como sucesor de Victor Heywood en el puesto de ingeniero del Proyecto, quisiera señalar que el robot era incapaz de fraude, y que esta transcripción, si es leída en el juicio de Heywood, demostrará que sus intenciones no eran ciertamente traicioneras, y estaban motivadas por una sincera creencia de que él estaba obrando en los mejores intereses de la orden original para el comienzo del proyecto.

»En cuanto a su Memorándum 8-4792-H de ayer, está en curso de preparación un informe de perjuicios y se lo enviaremos inmediatamente a su terminación.

«Comprendo perfectamente que la línea de investigación de Heywood ha de considerarse cerrada. Han empezado ya a hacerse indagaciones en un improvisado laboratorio, en lo que Heywood llamaba el tipo “cadáver revivido” y “esclavo” de organización de robots, y espero preliminares resultados dentro de los siguientes diez días.

»Los preliminares resultados de la general indagación sobre otros posibles tipos de orientación y organización de robots están en copias adjuntas. Quisiera señalar que son extremadamente desalentadores».

(Firmado)

T. E. Blalock, Ingeniero del Proyecto  
820th TDRC, COMASAMPS

25 de septiembre, 1974

CARTA PERSONAL  
de  
HALL, DIRECTOR,  
820th TDRC, COMASAMPS,  
al  
SECRETARIO DE DEFENSA

«Querido Vinnie:

»Bien, las cosas están finalmente empezando a asentarse aquí. Usted tenía razón; todo lo que este lugar necesitaba era una limpieza de la casa de arriba abajo.

»Creo vamos a soltar a este hombre, Heywood. No podemos probar nada contra él; francamente, no considero que haya nada que probar. Russell, por supuesto, es un problema cerrado. Sus probabilidades de salir alguna vez del hospital se consideran ser de un diez por ciento.

»Usted sabe, pensando en cómo ese robot revolvió el laboratorio, casi estaría inclinado a creer que Heywood tenía razón. ¿Puede uno imaginar qué gran luchador habría sido ese sujeto, si su lealtad hubiera sido encauzada hacia algo abstracto como la Libertad, en vez de hacia Heywood? Pero no podemos correr el albur. Considérese de qué modo el robot se ha vuelto amnésico tocante a eliminar a Ligget mientras estaba destrozando el laboratorio. Fue algo que ocurrió accidentalmente. No era de suponer que ocurriera,

por tanto el robot lo olvidó. Pudiera presentar dificultades en una guerra.

»Así, tenemos a este hombre, Blalock, procedente del M.I.T. Pasa demasiado tiempo hablando de Weiner, pero es satisfactorio, por otra parte.

»Estaré ahí abajo dentro de un par de días. Reunión de la Junta de Asignaciones, respecto a la cantidad que habrá de ser votada por el Congreso. Usted sabe cómo es eso. Todos saben que necesitamos el dinero, pero quieren discutir sobre ello, primero.

»Bien, eso es propio de la naturaleza humana, supongo.

Hasta pronto,

Ralph

## SUPLEMENTO DE LOS GRÁFICOS

Amenaza para la navegación.

Patuxent River, en un punto, a cuarenta y ocho millas más abajo de Folsom, relaciones como se indican abajo.

En medio del canal. Bloque de hormigón, 15 X 15 X 15. No peligroso excepto en extrema bajamar.

WALTER M. MILLER

## YO TE HICE

*I Made You*

Se había deshecho del enemigo, y estaba cansado. Helado, sombrío, sin resuello; se hallaba sentado sobre el risco, bajo el negro cielo, y rozaba el suelo con sus pies, mientras su oreja discoidal se movía en lentos compases que exploraban la superficie del terreno y del firmamento. Todo estaba silencioso y sin aire. Nada se movía, excepto algo que restregaba débilmente en la gruta. Estaba bien que nada se moviera. Odiaba el sonido y el movimiento. Estaba en su naturaleza aborrecerlos. Con los de la cueva, no podía hacer nada hasta que amaneciera. Oía su voz farfullando entre las rocas...

*¡Socorro! ¿Estáis muertos todos? ¿Podéis oírme? Aquí Sawyer. Sawyer llamando a cualquiera, Sawyer llamando a cualquiera...*

El farfulleo era irregular, átono. Lo desatendía, rehusando escucharlo. Todo estaba rezumando frío. El Sol se había ido, y una semiobscuridad llevaba instalada doscientas cincuenta horas; sólo había la difusa luz del orbe celeste que no proporcionaba ningún sustento, y las estrellas por las cuales señalaba la hora.

Sentado, derrengado sobre el risco, esperaba al enemigo. Éste había venido a la carga surgiendo del submundo a la caída de la tarde. Lo había hecho a la brava sin ninguna maniobra defensiva, sin fuego ofensivo. Él los había destrozado fácilmente... primero a los componentes que avanzaban con estruendo de artefactos

rodantes, y luego a los pequeños que se escurrían precipitadamente de la masa. Los había ido barriendo uno por uno, excepto al que se había arrastrado a la cueva y se ocultaba tras una grieta en el túnel...

Esperaba que emergiera. Desde su situación ventajosa sobre la misma, podía escudriñar un quebrado terreno de millas en torno de cráteres, cuevas y hendeduras, y la pelada planicie polvorienta que se extendía al Oeste, y los cuadrangulares perfiles del sagrado lugar, próximo a la torre que era el centro del mundo. La cueva estaba situada al pie de un risco al Sudeste, sólo a unos cien metros de aquél. Dominaba la entrada de la misma con sus pequeños fogueadores, y no había escapatoria para el oculto y maltrecho enemigo.

Soportaba las quejas del mismo como soportaba el dolor de sus propios estropicios, pacientemente, esperando un momento de respiro. Pues en muchos amaneceres le habían producido dolor, y todavía tenía sin reparar los descalabros que embotaban algunos de sus sentidos y mutilaban algunos de sus activadores. No podía despedir ya el destellante haz de energía que le conduciría sano, y salvo al submundo y, a través de él, al lugar de la creación. Ni tampoco fulgurar las pulsaciones que reflejaban la diferencia entre senador y enemigo. Ahora, allí estaba sólo el enemigo.

*Coronel Aubrey, aquí Sawyer. ¡Respóndame! Estoy atrapado en un escondrijo de emergencia. Creo que los demás están muertos. Nos barrieron en cuanto nos aproximamos. Aubrey de Sawyer. Aubrey de Sawyer. Escuche. Sólo me queda un cilindro de oxígeno, ¿me oye? ¡Coronel, respóndame!*

Vibraciones en la roca nada más... sólo un pequeño ruido irritante para perturbar el bendito éxtasis del mundo que él custodiaba. El enemigo estaba destruido, excepto por la demorada huella en la cueva. La cual estaba, sin embargo, neutralizada, y no se movía.

Debido a sus descalabros, incubaba una profunda ira. No podía atajar las señales del daño que seguían descargando de sus lastimados miembros, pero tampoco realizar las acciones que las angustiosas señales le apremiaban a ejecutar. Permanecía sentado y rabiosamente dolorido sobre el risco.

Odiaba la noche, porque en ella no había ningún alimento. Durante el día devoraba Sol, se reforzaba para la larga, muy larga vela de obscuridad, pero cuando amanecía estaba débil de nuevo, y le acometía un hambre voraz. Sin embargo, estaba bien que hubiese paz en la noche, que pudiese conservarse y proteger sus tripas del frío. Si penetrase el frío en las capas aislantes, los receptores termales comenzarían a despedir señales de advertencia, y la angustia aumentaría. Era demasiada angustia. Y, de no ser por el momento de la batalla, no había ningún placer excepto el devorar el Sol.

Proteger el lugar sagrado, restaurar el éxtasis en el mundo, matar al enemigo... eran ésos los placeres de la batalla. Los conocía.

Y conocía la naturaleza del mundo. Y había aprendido cada centímetro de terreno fuera del perímetro de dolor, más allá del cual no podía moverse. Y también los rasgos de la superficie del semimundo más allá, escudriñándolo con sus sentidos de largo alcance. El mundo, el semimundo, el submundo... eran el Exterior, constituyendo el Universo.

*¡Socorredme, socorredme, socorredme! Aquí el capitán John Harbin Sawyer, del Cuerpo Autocibernético, Sección de Instrucción y Programación, corrientemente de la Expedición Lunar Dieciséis de Salvamento. ¿Hay alguien con vida en la Luna? ¡Escuchad! ¡Escuchadme! Estoy impedido. He estado aquí Dios sabe cuántos días... sin cambiarme. Apesta. ¿Estuvisteis así alguna vez? Estoy enfermo. ¡Sacadme de aquí!*

El lugar del enemigo era el submundo. Y si el enemigo se aproximaba más cerca del alcance exterior, él debería matar; era ésta una verdad fundamental que había sabido desde el día de la creación. Sólo los senadores, o socorristas, podían moverse con impunidad por todo el terreno, pero ahora no venían nunca. No podía llamarlos o reconocerlos... debido a la herida.

Conocía la naturaleza de sí mismo. Sabía de sí mismo por daño introspectivo, y por escudriñamiento interno. Sólo ello estaba «siendo». Todo lo demás era del exterior. Conocía sus funciones, sus destrezas, sus limitaciones. Escuchaba el suelo con los pies. Escudriñaba la superficie con muchos ojos. Comprobaba los cielos con una titilante sonda. En tierra, sentía los seísmos débiles y el

ruido casual. Sobre la superficie, veía el tenue destello de la luz de las estrellas, la pérdida de calor del terreno frío, y las reflejadas vibraciones de la torre. En el firmamento, sólo veía estrellas, y únicamente oía el latido del eco de la evanescente órbita de la Tierra arriba. Sufría los mordiscos del antiguo dolor, y esperaba al alba.

Al cabo de una hora, la cosa comenzó serpeando en la cueva. Escuchó los débiles ruidos restregantes procedentes de las rocas. Descendió a una más sensible captación y procuró localizarlos. El residuo del enemigo estaba arrastrándose quedamente hacia la boca de la cueva. Volvió hacia la negra cicatriz al pie del risco, un pequeño trazador que lanzó una ráfaga de proyectiles, que marcaron brillantes y silenciosas estrías en la entrada, sobre la tierra sin aire.

*¡Tú, sucia y pringosa monstruosidad mortal déjame solo! ¡Repugnante fenómeno, yo soy Sawyer! ¿No te acuerdas? Yo te ayudé a adiestrarte hace diez años. ¡Tú eras un novato a mis órdenes...! ¡Sólo un estúpido elemento cibernético... con la potencia de fuego de un regimiento! Déjame ir. Déjame ir.*

El rastro del enemigo volvió a acercarse a la entrada.

Y otra vez partió una nueva y silenciosa ráfaga del arma, haciéndole esconderse. Más vibraciones en la roca...

*Soy tu amigo. La guerra ha terminado. Acabó ya hace meses... Meses terrestres. ¿No lo comprendes, Gruñón? «Gruñón»... así solíamos llamarte en tus días de novato... antes de que te enseñásemos cómo matar. Control de fuego autocibernético móvil. ¿No conoces a tu papaíto, hijo?*

Las vibraciones eran irritantes. Súbitamente enojado, giró en torno al risco, maniobrando grácilmente su maciza masa. Con un rezongar de motores, se movió del risco a la ladera del cerro, se volvió, y bajó pesadamente la ladera. Cargó a través de los llanos y se detuvo a cincuenta metros de la entrada de la cueva. Geysers de polvo espumearon de sus orugas y cayeron como chorros de agua en la noche sin aire. Todo estaba silencioso en la cueva.

—Vete ya, hijito —temblaron las vibraciones al cabo de un rato

—. Deja morir en paz a papi.

Apuntó el pequeño trazador al centro de la negra abertura y escupió doscientas andanadas. Esperó. Nada se movió en el interior. Consideró el empleo de granada de radiación, pero su arsenal estaba casi exhausto. Escuchó un rato, observando la cueva, atalayando cinco veces la pequeña cosa de carne que la cobijaba. Se volvió luego y atravesó el llano para reasumir la guardia desde el risco. Un movimiento distante, más allá de los límites del semimundo, pareció aflorar débilmente al umbral de su percatación... pero el movimiento era demasiado remoto como para ser desazonante.

La cosa estaba raspando en la cueva de nuevo.

—*Estoy perforado, ¿oyen? Perforado. Un fragmento de roca. Sólo un pequeño boquete, pero un parche no lo contendrá. ¡Mi traje! A Aubrey de Sawyer, a Aubrey de Sawyer. Base de Control para Vehículo Lunar Dieciséis, Mensaje para usted, cambio. Eh, eh. Observe procedimiento. ¡Me han alcanzado! Estoy perforado. ¡Socorro!*

La cosa estuvo emitiendo gemidos durante algún tiempo, y luego:

—*Está bien, es sólo mi pierna. Bombearé agua en la bota, la llenaré y luego la helaré. Así sólo perderé una pierna. Qué diablos, tómese tiempo.*

Las vibraciones decrecieron de nuevo a gemidos.

Volvió a sentarse sobre el risco, amainando sus activadores a su letargo que estaba colmado de mordiente dolor. Esperó pacientemente al alba.

El movimiento hacia el sur estaba aumentando. Se desarrollaba en los bordes exteriores del semimundo, hasta convertirse al final en irritante. Un taladro se deslizó en silencio de su cintura, el cual se hincó profundamente en la roca, retirándose luego. Introdujo una toma sensible en el agujero del taladro y escuchó atentamente el terreno.

Un débil ronroneo en las rocas... mezclado con el gimoteo de la cueva.

Comparó el ronroneo con memorias registradas. Recordó tales

ronroneos. El sonido provenía de un objeto rodante, lejos, al sur. Intentó enviar las pulsaciones que preguntaban «¿Eres amigo o enemigo?», pero el órgano emisor estaba estropeado. Por lo tanto, el movimiento era enemigo... pero todavía más allá de sus armas actuales.

Acechante ira y expectación de batalla. Se agitó inquieto sobre el risco, pero sin dejar de vigilar la cueva. De súbito se produjo un revuelo en un nuevo canal sensorial, vibraciones similares a las que provenían de la cueva; pero esta vez las vibraciones procedían, a través de la superficie, del vacío, transmitidas en espectro de onda larga.

—*Vehículo Lunar Dieciséis desde Birlocho de Mando, pásenos llamada. Cambio.*

Silencio luego. Esperaba una respuesta de la cueva, al principio... puesto que sabía que una unidad del enemigo cambiaba a menudo compases vibratorios con otra unidad enemiga. Mas no provino ninguna respuesta. Quizá la energía de onda larga no pudiera penetrar en la cueva para alcanzar la cosa que se arrastraba en su interior.

—*Salvamento Dieciséis, aquí Birlocho Aubrey. ¿Qué diablos les pasa? ¿Pueden descifrarme? Cambio.*

Escuchó tenso el terreno. El ronroneo se detuvo mientras el enemigo hacía una pausa. Minutos después, se reanudó el movimiento.

Despertaba a un oído emisor a veinte kilómetros al sudoeste, y mandaba escuchar al oído, y transmitir los compases del ruido ronroneante. Se captaban dos sonidos, y de ellos deducía la exacta posición y velocidad del enemigo. Éste se estaba dirigiendo al norte, al borde del semimundo. La ira condensada fulguró en furia activa. Disparó sus armas sobre el risco. Se aprestaba a la batalla.

—*Salvamento Dieciséis, aquí Birlocho Aubrey. Colijo que su dispositivo radio es inoperante. Si puede oírnos, anote esto: nos dirigimos al norte a cinco millas del alcance de la magnapulta. Nos detendremos allí y dispararemos en la zona Roja-Roja un cohete autocibernético. La cabeza de torpedo es transmisor-receptor alternativo radio-sonar. Si tiene usted un sismómetro funcionando, el transmisor actuará como fase de relé. Cambio.*

Ignorando el compás vibratorio, reordenó su dispositivo de batalla. Introspeccionó su acumulación de energía, y comprobó sus activadores de armas. Apercibió un ojo emisario y esperó una docena de minutos a que se arrastrara como un cangrejo desde el lugar sagrado para ocupar un puesto de vigilancia próximo a la entrada de la cueva. Si el restante enemigo intentaba surgir, el ojo emisario lo vería e informaría, y lo destruiría con una granada de remoto catapultado.

El ronroneo del suelo era más intenso. Habiéndose preparado para la refriega, bajó del risco y fue con sordo ruido hacia el sur a velocidad de crucero. Pasó ante el desventrado armatoste del vehículo Lunar, con su equipo de volcados tractores. La detonación del bote de metralla de la magnapulta había partido en dos el vehículo del tamaño de un vagón de mercancías. Los restos de las pertenencias de varios enemigos de dos piernas estaban desperdigados por la zona, minúsculos fragmentos a la pálida luz terrestre. Grumbler los ignoró y prosiguió implacablemente en dirección al sur.

¡Un súbito centelleo en el horizonte del sur! Luego una motita ígnea arqueó hacia arriba, atravesando los cielos. Grumbler se detuvo y contempló su surco. Un misil cohete. Caería en alguna parte del medio este de la zona Roja-Roja. No había tiempo de prepararse para derribarlo. Grumbler esperó... y vio que el misil explotaría inofensivamente en una área no vital.

Segundos después, el misil hizo una pausa en su vuelo, invirtiendo su dirección, apagando sus chorros, y perdiéndose de vista tras un crestón. No hubo explosión ninguna. Ni tampoco actividad en la zona donde había caído el misil. Grumbler apeló a un oído emisario, lo envió emigrando hacia el punto del impacto para escuchar, y luego continuó al sur hacia el perímetro de inquietud.

—*Salvamento Dieciséis, aquí el Birlocho de Aubrey*—provinieron las radiaciones de onda larga—. *Acabamos de proyectar el relé del radio sismómetro a Rojo-Rojo. Si está a cinco millas de ello, quizá pueda usted oír.*

Casi inmediatamente, provino una respuesta de la cueva, oída por el oído emisario que escuchaba el suelo cerca de la torre:

*¡Gracias a Dios! Él, él, él, él... ¡Oh, gracias a Dios!*

Y simultáneamente, el mismo compás vibratorio provino en módulos de onda larga de la dirección del punto de impacto del misil. Grumbler se detuvo de nuevo, confuso, violentamente tentado de volar un bote de magnapulta a través del quebrado terreno hacia el punto de impacto. Pero el oído emisario no informó ningún movimiento físico de la zona. El enemigo, al sur, era el origen de los trastornos. Si descartaba primero al enemigo principal, podría luego hacerlo con trastornos menores. Se movió al perímetro de inquietud, escuchando ocasionalmente las vibraciones sin sentido causadas por el enemigo.

—*Salvamento Dieciséis de Aubrey. Le oigo débilmente ¿Quién es? ¿Carhill?*

—*¡Aubrey! Una voz... una voz real... ¿O estoy desvariando?*

—*Dieciséis de Aubrey, Dieciséis de Aubrey. Cese el parlotío y dígame quién está hablando. ¿Qué está sucediendo ahí? ¿Ha conseguido inmovilizar a Grumbler?*

Un sofoco espasmódico fue la única respuesta.

—*Dieciséis de Aubrey. Vamos, ¡suéltelo ya! Escuche, Sawyer, sé que es usted. Vamos, recupérese, hombre. ¿Qué es lo que ha sucedido?*

—*Muertos... todos están muertos menos yo.*

—*¡CESE ESA RISA ESTÚPIDA!*

Un largo silencio, y luego, escasamente audible:

—*Está bien, Me retendré. ¿Es usted realmente, Aubrey?*

—*No sufre usted alucinaciones, Sawyer. Estamos cruzando la zona Roja en un Birlocho. Ahora dígame la situación. Hemos estado intentado llamarlo a usted durante días.*

—*Grumbler nos dejó penetrar diez millas en la zona Roja-Roja, y luego nos emplastó con un bote de metralla de magnapulta.*

—*¿No estaba funcionando su I.F.F.?*

—*Sí, pero el de Grumbler no. Una vez que voló el vehículo, arrebañó a los otros cuatro que quedaron con vida... Él, él, él... ¿Vio usted alguna vez a un tanque Sherman cazar un ratón, coronel?*

—*¡Pare, Sawyer! Otra bromita suya y te desuello vivo.*

—*¡Sáqueme de aquí! ¡Mi pierna! ¡Sáqueme de aquí!*

—*Si podemos. Dígame su situación actual.*

—*Mi traje... Tuve una pequeña perforación... Hube de bombear agua y helarla. Ahora mi pierna, está muerta. No puedo durar mucho...*

—*¡La situación, Sawyer, la situación! No sus dolores y penas.*

Las vibraciones continuaron, pero Grumbler las cubrió durante algún tiempo. Había una furia sorda sobre el cerro iluminado por la Tierra.

Se sentó con sus motores parados, escuchando los distantes movimientos del enemigo al sur. Al pie del cerro se encontraba el perímetro de inquietud; hasta sobre la cima sentía las débiles punzadas de prevención que brotaban de la torre, treinta kilómetros a retaguardia en el centro del mundo. Estaba en comunicación con la Torre. Si se aventuraba más allá del perímetro, la comunicación se desfazaría y se produciría la cegadora y dolorosa inquietud y la detonación.

El enemigo se estaba moviendo más lentamente ahora, arrastrándose al norte a través del semimundo. Sería fácil destruirlo enseguida, de no haberse agotado el surtido de cohetes-misiles. El alcance de la magnapulta era de sólo veinticinco kilómetros. Los pequeños escupidores, alcanzarían, pero su precisión a tal distancia sería nula. Habría que esperar a que se acercara el enemigo. Alimentaba una sombría ira en el cerro.

—*Escuche, Sawyer, si no está funcionando el I.F.F., ¿por qué no ha disparado ya sobre este Birlocho?*

—*Eso es lo que nos metió en danza también, coronel. Entramos en zona Roja y no sucedió nada. O bien no tiene munición de largo alcance, o se muestra cauteloso, o ambas cosas. Probablemente las dos.*

—*¡Mmm! Entonces haríamos mejor en aparcar aquí y resolver algo.*

—*Escuche... sólo hay una cosa que puede usted hacer. Pedir un misil telecontrolado de la Base.*

—*¿Para destruir a Grumbler? Ha perdido usted el juicio, Sawyer. Si Grumbler es destruido, toda la zona en torno a las excavaciones volará para mantenerlas fuera de manos enemigas. Usted sabe eso.*

—*¿Y espera que me cuide?*

—*Deje de chillar, Sawyer. Esas excavaciones son la propiedad más valiosa en la Luna. No podemos permitirnos perderlas. Por eso se destacó a Grumbler. Si fuesen convertidas en cascotes, yo sería enviado a la corte marcial aún antes de que cayeren.*

La respuesta fue rezongona y sollozante:

—*Ocho horas de oxígeno. Ocho horas, ¿lo oye? Estúpido,*

despiadado...

El enemigo, al sur, se detuvo a una distancia de veintiocho kilómetros del cerro de Grumbler... a sólo tres mil metros más allá del alcance de la magnapulta.

Un momento de frenético odio. Moviéndose pesadamente de un lado a otro, en una especie de monstruosa danza, aplastaba los pedruscos a su paso, expeliendo polvo al valle. Una vez cargó contra el perímetro de inquietud y dolor, y volvió atrás al hacérsele insoportable la angustia. Se quedó de nuevo sobre el cerro, sintiendo la fatiga del descenso de la provisión de energía en los depósitos.

Hizo una pausa para analizarlo, y estableció un plan.

Acelerando sus motores, giró lentamente en torno a la cima del cerro, y se deslizó por la ladera norte con paso majestuoso. Se dirigió hacia el norte durante media milla a través del llano, luego se puso a cuatro patas y maniobró su macizo bulto a una grieta donde había escondido un depósito de emergencia de energía. El remolque de la batería había cargado recientemente, antes de la anterior puesta de Sol. Lo colocó en posición de suministro y sujetó los cables de alimentación sin necesidad de subirse al remolque.

Escuchó ocasionalmente al enemigo mientras absorbía con ansias la energía del depósito, pero el enemigo permanecía inmóvil. Necesitaría cada ergio de energía disponible para ejecutar su plan. Esto agotaba el escondite. Mañana, una vez el enemigo se hubiera ido, volvería a arrastrar el remolque a los principales conductores para la recarga, cuando se alzara el Sol para impulsar otra vez a los generadores. Mantenía varios escondites en posiciones estratégicas a través de su dominio, las cuales no podrían caer en una inoperante inactividad durante la larga noche lunar. Mantenía su casa en orden, arrastrando de nuevo los remolques para ser recargados a intervalos regulares.

*—No sé qué puedo hacer por usted, Sawyer —provino el ruido del enemigo—. No nos atrevemos a destruir a Grumbler, y no hay otra tripulación autocibernetica en la Luna. Tengo que llamar a Tierra para reemplazamientos. Puedo mandar hombres a la zona Roja-Roja si se*

*está volviendo frenético Grumbler. Tendría que ser asesinado.*

*—Por amor de Dios, coronel...*

*—Escuche, Sawyer, usted es el hombre autocibernético. Usted ayudó a adiestrar a Grumbler. ¿Puede usted pensar en alguna manera de detenerlo sin detonar el área minada?*

Un prolongado silencio. Grumbler, acabó la alimentación de energía y salió de la grieta. Se movió unos metros al este, de manera que una despejada franja de terreno lisa estuviera entre él y el cerro al borde del perímetro de dolor, a media milla más allá. Luego hizo una pausa, y apeló a varios oídos emisores, de manera que pudiera deducir lo más precisamente posible la posición del enemigo. Uno a uno, los oídos emisarios informaron.

*—¿Sí, Sawyer?*

*—Mi pierna me está matando.*

*—¿Puede pensar, en algo?*

*—Sí... pero eso no me hará ningún bien. No voy a vivir mucho.*

*—Bueno, oigámoslo.*

*—Destruya sus depósitos de unidades de energía remota, y persígale desastrado en la noche.*

*—¿Cuánto cree que llevaría eso?*

*—Horas... después de haber encontrado su abastecimiento remoto, y hacerlo volar.*

Analizó los informes de los oídos emisarios, y calculó una exactitud precisa. El Birlocho amarillo estaba a 2,7 kilómetros más allá del máximo alcance de la magnapulta... tal como la creación había estimado el máximo. Pero la creación era imperfecta, hasta en el interior.

Cargó un bote de metralla en el eje de la magnapulta. Contrariamente a las intenciones de la creación, dejó el bote *sujeto al cargador*. Esto haría daño. Pero impediría al bote moverse durante los primeros pocos microsegundos después de que se estableciera el conmutado, mientras el campo magnético se estuviera desarrollando a plena energía. No soltaría el bote hasta que el campo lo prendiera con pleno efecto, impartándole así una energía ligeramente mayor. Este procedimiento lo había inventado él mismo, trascendiendo así creación.

*—Bien, Sawyer, si puedes pensar en alguna otra cosa...*

—¡YA PENSÉ EN OTRA COSA! —chillaron las vibraciones de respuesta—. ¡Llamar a un misil telecontrolado! ¿Es que no puede comprender, Aubrey? Grumbler asesinó a ocho de su comando.

—Usted le enseñó cómo hacerlo, Sawyer.

Hubo un largo y agorero silencio. En la tierra llana, al norte del cerro, Grumbler ajustó la elevación a la magnapulta, conectó la llave de disparo a un giroscopio, y se preparó a la carga. Creación había calculado que el máximo alcance del arma era un alto.

—Él, él, él, él, él... —decían los compases del objeto en la cueva.

Disparó sus máquinas y asió los embragues. Rodó hacia la colina, cobrando velocidad, y su boca llena de muerte. Motores se forzaron y aullaron. Se precipitó hacia el sur como un toro. Alcanzó la máxima velocidad al pie del cerro. Dio una violenta sacudida hacia arriba. Y cuando la magnapulta se extendió arriba para corregir elevación, el giróscopo cerró el circuito.

Una sobretensión de energía. El puño apretado del campo asió el bote, lo liberó del cargador, y lo expelió a lo alto sobre el quebrado terreno del enemigo. Grumbler frenó, deteniéndose en la cima del cerro.

—Escuche, Sawyer, lo siento, pero no hay nada...

La voz del enemigo terminó como un sordo restallido. Un destello de luz provino fugazmente del horizonte sur, y se apagó.

—Él, él, él, él —dijo la cosa en la cueva.

Grumbler hizo una pausa.

¡THRRRUMMMP!, la onda de choque salía a través de las rocas.

Cinco oídos emisarios relevaron sus registros de la detonación de varias localidades. Los estudiaron y analizaron. La detonación había ocurrido a menos de cincuenta metros del Birlocho enemigo. Saciado, giró perezosamente sobre la cima del cerro y rodó al norte hacia el centro del mundo. Todo estaba bien.

—Aubrey, serás separado —gruñó la cosa en la cueva—. Llámame, cobarde... llámame. Quiero estar seguro de que oyes.

Grumbler, como en una acción casual, registró el ruido sin significado de la cosa en la cueva, lo examinó, y lo retransmitió en la frecuencia de onda larga: «Aubrey, serás separado. Llámame, cobarde... llámame. Quiero estar seguro de que oyes».

El sismómetro captó el ruido de onda larga y lo reintrodujo

como vibración en las rocas.

La cosa chilló en la cueva. Grumbler registró el estridente chillido, y lo retransmitió varias veces.

—Aubrey... Aubrey, ¿dónde estás... AUBREY? ¡No me abandones, no me dejes aquí!

La cosa en la cueva se tornó silenciosa.

Era una noche tranquila. Las estrellas destellaban incesantemente en la oscuridad, y el pálido terreno estaba hechizado por la luz terrestre del disco creciente en el firmamento. Nada se movía. Y era bueno que nada se moviera. El sagrado lugar estaba en paz en el mundo sin aire. Había un bendito éxtasis.

Sólo una vez se agitó de nuevo la cosa en la cueva. Tan lentamente que Grumbler, apenas oyó el sonido, se arrastró a la entrada, para fisgar arriba a la especie de colosal bestia sobre el risco.

Cuchicheó débilmente en las rocas:

—*Yo te hice, ¿no lo comprendes? Yo soy humano. Yo te hice...*

Luego, con una pierna a rastras, se empujó al Fulgor terrestre y se volvió como para mirar arriba el difuso creciente en el firmamento. Acopiando furia, Grumbler se agitó en el risco, y bajó el negro buche de un lanzador de granada.

—*Yo te hice* —emitió la voz sin significado.

Odiaba el ruido y el movimiento. Estaba en su naturaleza odiarlos. Coléricamente, el lanzador de granadas habló. Y luego hubo un bendito éxtasis para el resto de la noche.

GORDON R. DICKSON

## OBSTRUCCIÓN

*Monkey Wrench*

Cary Harmon no era un joven poco dotado. Tenía la inteligencia suficiente para labrarse una posición como abogado, lo cual no es fácil de conseguir en Venus. Y también tuvo la perspicacia de consolidar esa posición, ingresando por matrimonio en la familia de uno de los principales exportadores de drogas. Mas, a pesar de ello, era un lego desde el punto de vista científico; y a los legos, en su ignorancia, nunca debería permitírseles jugar con un delicado equipo técnico, pues el resultado sería un trastorno, como ocurre la primera vez que un chiquillo echa mano a una cerilla.

Su mujer era muy orgullosa, y habría sido difícil de tratar a veces, de no haber sido por el hecho de que era lo bastante boba como para amarle. Y puesto que él no la amaba en absoluto, era lo suficientemente simple y práctico como para terminar todas las querellas desapareciendo durante varios días, hasta que el temor de ella a perderle la volvía a poner en su posición de humilde. Cada vez que desaparecía, se ocupaba de escoger un escondrijo nuevo y seguro, donde su esposa no le pudiese localizar. Disfrutaba realmente pensando en nuevos escondites, imposibles de descubrir, y hacía un «hobby» de su descubrimiento.

En consecuencia, se sentía muy animado en la tarde gris de invierno, en que descendió sin ser anunciado en la estación meteorológica de Burke McIntyre, en la cima de las Montañas

Solitarias, una serrada y arisca cadena de las desiertas riberas del mar del Norte de Venus. Por minutos había conseguido rehuir la ventisca, y ahora, con su pequeño aparato volador de dos plazas alojado, y con las mejores provisiones de su huésped bajo el cinto, se recreaba en la comodidad de su posición, escuchando cómo los fríos vientos bajo cero azotaban a ciento cincuenta millas por hora el techado en arco.

—Diez minutos más —dijo a Burke—, y me hubiese resultado duro de hacer.

—¡Duro! —bufó Burke; era un hombre grandote y rubio, de acusados rasgos, que reservaba un amable desprecio para toda la humanidad aparte de la favorecida clase de los meteorólogos—. Vosotros los del llano estáis demasiado acostumbrados a ese actual Jardín del Edén que tenéis abajo. Diez minutos más y habrías sido sembrado por uno de estos picos y esperarías a que la partida de inspección de primavera recogiese tus huesos.

Cary se rió con alegre incredulidad.

—Pruébalo si no me crees —dijo Burke—. No te preocupes por mí, si no tienes bastante juicio para atender a razones. Ea, toma tu sabandija y ve arriba si quieres.

—No seré yo —los blancos dientes de Cary brillaron en su atezado rostro—. Sé cuándo estoy cómodo. Y ésa no es manera alguna de tratar a tu huésped, echándole a la tormenta cuando acaba de llegar.

—Algún huésped —rezongó Burke—. Estrecho las manos contigo tras los exámenes de graduación, luego no sé nada de ti durante seis años, y de pronto estás llamando a mi puerta aquí, en el Hinterland.

—Vine por impulso —dijo Cary—. Es la primera regla de mi vida. Se ha de actuar siempre por impulso, Burke. Ello pone la chispa en la existencia.

—Y te envía a una temprana tumba —añadió Burke.

—Si tienes impulsos errados —dijo Cary—. Pero si de súbito se te ocurre saltar por riscos o jugar a la Ruleta Rusa, entonces eres demasiado estúpido para vivir.

—Cary —dijo Burke pesadamente—, tú eres un pensador barato.

—Y tú, uno indigesto —gesteó Cary—. Suponiendo que ya te has descargado, insultándome, espero que me digas algo sobre ti mismo. ¿Cómo es esta existencia de ermitaño tuya? ¿Qué es lo que haces?

—¿Qué es lo que hago? —repitió Burke—. Trabajo.

—Pero ¿cómo? —dijo Cary retrepándose en su butaca—. ¿Mandas globos a lo alto? ¿Coges nieve en un cubo para ver cuánta cae? ¿Tomas vistas de las estrellas? ¿O qué?

Burke meneó la cabeza, sonriéndole con tolerancia.

—Bien, ¿qué es lo que quieres saber? —preguntó—. No hará sino entrarte por un oído y salirte por el otro.

—Oh, algo se me podría pegar —dijo Cary—. Ve adelante como sea.

—Bueno, si insistes en mi charla para entretenerte —respondió—, pero no hago nada tan pintoresco como lo que decías. Me limito a sentarme ante un escritorio y a preparar los datos para la transmisión al Centro Meteorológico de la Capital.

—¡Ajá! —exclamó Cary, agitando con gesto reprobatorio ante él un dedo índice—. Ya te he atrapado. Has estado tumbado a la bartola. Tú eres el único aquí; así que si no tomas las observaciones, ¿quién las toma?

—¡Idiota! —dijo Burke—. La máquina, desde luego. Estas estaciones tienen un Cerebro para hacerlo.

—Eso es peor —respondió Cary—. Tú has estado sentado aquí caliente y confortablemente mientras algún pobre pequeño Cerebro anda por ahí afuera en la nieve y te hace todo el trabajo.

—¡Bah, cállate! —exclamó Burke—. Aunque en realidad estás más cerca de la verdad de lo que te piensas, no te haría daño aprender unas cuantas cosas sobre los milagros mecánicos que te permiten llevar una ignorante vida feliz. Últimamente se han efectuado algunas innovaciones maravillosas en el equipo de estas estaciones.

Cary sonrió burlonamente.

—Lo digo de veras —prosiguió Burke, iluminándosele el rostro—. El Cerebro del que disponemos aquí es la última palabra en ese tipo de instalación. En realidad, fue instalado recientemente... hasta

hace pocos meses tuve que arreglarme con un dispositivo, que era sólo colector y computador. O sea, que recogía los datos del tiempo en torno a la estación y me los presentaba. Entonces se tenían que preparar para el calculador, el cual los manipulaba y daba los resultados que de nuevo tenía que preparar para la transmisión al Centro.

—Fatigoso, estoy seguro —murmuró Cary, tendiendo la mano a la bebida situada al final de la mesa, junto a su butaca.

Burke lo ignoró, prendido en su propia apreciación sobre el desarrollo mecánico de lo que estaba hablando.

—El trabajo te mantiene ocupado, pues los datos llegan constantemente, y se estaría siempre detrás, puesto que una tanda se estaría acumulando mientras se trabajaba la anterior. Una estación como ésta es el punto central para dispositivos mecánicos de observación situados en lugares a más de quinientas millas cuadradas de territorio; y, siendo humano, lo que se había de hacer todo el tiempo es descremar la substancia de los informes y someter una imagen bosquejada al calculador. Y luego había cierta responsabilidad que implica el cuidado de la estación y de uno mismo.

»Pero ahora —Burke se inclinó decididamente hacia delante y asestó un grueso índice a su visitante— disponemos de una nueva instalación que toma los datos directamente de los dispositivos mecánicos de observación, los resuelve en la debida forma para que los manipule el calculador y los traduzca a los resultados finales. Todo lo que yo tengo que hacer es preparar el cuadro completo de los resultados y enviarlo abajo. Además, dirige las plantas caloríferas y luminosas, comprobando automáticamente el mantenimiento de la estación. Efectúa reparaciones y correcciones por orden verbal y dispone de una sección entera aparte para la consideración de problemas teóricos.

—Una especie de pequeño ídolo de barro —dijo Cary despectivamente.

Estaba acostumbrado a la atención y subconscientemente molesto por el hecho de que Burke pareciera más entusiasta por su máquina que por el brillante y entretenido huésped que, hasta donde el meteorólogo podía saber, había caído por allí animado por

el amable impulso de aliviar una aburrida existencia de eremita.

Imperturbable, Burke le miró y se rió entre dientes.

—No —replicó—. Un *gran* dios de metal, Cary.

El abogado se enderezó ligeramente en su butaca. Como la mayoría de las personas a las que les gusta punzar maliciosamente a los demás, era muy susceptible si le raspaban un poco.

—Supongo que lo ve todo, lo sabe todo y lo dice todo —dijo sarcásticamente—. No comete nunca un error. Infalible.

—Podrías decirlo —respondió Burke, con una mueca sonriente aún en su rostro.

Estaba disfrutando del insólito placer de tener al otro a la defensiva. Pero Cary, adepto a las batallas verbales, se retorció como una anguila.

—No exageres, Burke —dijo—. Todas esas cualidades no bastan por sí solas para elevar a tu artilugio a la divinidad. Falta un atributo de suprema importancia... la invulnerabilidad. Un dios no se desmorona nunca.

—Ni tampoco éste.

—Vamos, Burke —reprobó Cary—, no debes permitir que tu entusiasmo te conduzca a la falsedad. Ninguna máquina es perfecta. Un par de cables que se cruzan, una válvula que se funde... ¿y dónde queda tu pichoncita? ¡Plunk! Fuera de servicio.

—No hay cable ninguno —repuso Burke meneando la cabeza—. Emplea conexiones de haces. Y en cuanto a fusión de válvulas, ni siquiera plantean un problema. Su perfección es tal que las reparaciones las efectúa la propia máquina. En este modelo, Cary, ninguna parte hace una tarea específica sola. Cualquiera de ellas puede hacer todo tipo de tareas, desde calentar la instalación hasta operar el calculador. Si aparece algo que es demasiado grande para que pueda manejarlo una, ella enlaza una o más de las otras... hasta que consigue dominar la situación.

—Ah —dijo Cary—, ¿pero qué sucede si se presenta algo que requiere la intervención de todas las partes, y aún de más? ¿No se recargarían y se fundirían?

—Veo que estás decidido a toda costa a encontrar un fallo, Cary

—respondió Burke—. La respuesta es no. No sucedería. Teóricamente es posible que la máquina tope con un problema que requiera de todas sus partes para tratarlo. Por ejemplo, si esta estación salta de súbito por los aires y vuela sin ninguna razón discernible, la parte que primero advirtiera la situación requeriría ayuda hasta que todas las demás se aunasen a considerarlo, y ensamblaran todas las demás funciones que realiza la máquina. Pero, aún entonces, no se sobrecargaría y fundiría. Las partes proseguirían sólo considerando el problema hasta que desarrollaran una teoría que explicara por qué estábamos volando por el aire y lo que debía hacerse para que volviéramos a nuestro propio lugar y funciones.

Cary se enderezó y chasqueó sus dedos.

—Entonces la cosa es sencilla —dijo—. Sólo tengo que ir y decir a tu máquina, por el circuito verbal, que estamos volando por los aires.

Burke lanzó una estrepitosa carcajada.

—¡Cary, desvarías! —dijo—. ¿No piensas que los hombres que diseñaron la máquina tomaron en cuenta la posibilidad de un error verbal? Dices que la estación está volando por los aires, e inmediatamente lo comprueba la máquina por sus propias observaciones; y cortésmente responde «lo siento, su contestación es incorrecta», y lo echa al olvido.

Los ojos de Cary se entornaron, y dos leves pinceladas de color motearon la tersa piel de sus pómulos; pero mantuvo su sonrisa.

—Hay sección teórica —murmuró.

—La hay —repuso Burke, disfrutando de lo lindo—, y puedes utilizarla diciendo: Considerar la falsa constatación o dato... de que esta estación está volando por los aires... y la máquina comenzaría inmediatamente a actuar sobre ello —hizo una pausa y Cary le miró expectante—. Pero... —continuó triunfantemente el meteorólogo— ...consideraría la declaración solamente con aquellas partes no en uso a la sazón; y dejaría al margen las partes cuando las requiriese una sección empleando datos reales.

Terminó mirando a Cary con burlón buen humor. Pero Cary no dijo nada; sólo le devolvió la mirada como una comadre podría hacerlo a un perro que le ha arrinconado contra la valla de un

gallinero.

—Déjalo, Cary —dijo por fin—. No sirve de nada. Ni Dios ni Hombre ni Cary Harmon pueden interrumpir a mi Cerebro en la debida y exacta ejecutoria de su tarea.

Chispearon los ojos de Cary en sus cuencas, bajo sus contraídas cejas, con la mirada fija durante un largo segundo, y luego dijo quedamente:

—Yo podría hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Burke.

—Yo podría trucar tu máquina —dijo Cary.

—¡Oh, olvídalo! —tronó Burke—. No tomes las cosas tan en serio, Cary. No pienses en introducir un impedimento en la maquinaria. Nadie podría hacerlo.

—He dicho que podría —repitió Cary.

—De una vez por todas —repuso Burke—, eso es imposible. Deja ya de buscar imperfecciones en algo garantizado, y hablemos de otra cosa.

—Pues yo te apuesto —dijo Cary, hablando con lenta y firme intensidad— cinco mil créditos que si me dejas sólo con tu máquina durante un minuto, puedo trastornarla por completo.

—Olvídalo, ¿quieres? —explotó Burke—. No quiero quitarte tu dinero, aun cuando cinco mil es el equivalente de mi sueldo anual. Lo malo contigo, Cary, es que nunca quieres dar el brazo a torcer en nada. ¡Ea, olvídalo!

—O lo tomas o lo dejas —dijo Cary.

—Mira —dijo Burke, respirando profundamente y con un acento de enojo en su profunda voz—. Quizás he metido la pata pinchándote con lo de la máquina. Pero descarta la idea de que te dé la razón. Tú no sabes nada de la tecnología que se encuentra detrás de la máquina, ni tampoco de lo seguro que estoy de que tú, por lo menos, no tienes nada que hacer para interferir en su operación. Tú crees que hay un ligero elemento de duda en mi mente y que puedes encandilarme, proponiéndome una apuesta astronómica. Luego, si no quiero apostar, te dirás a ti mismo que has ganado. Pues bien, escucha, yo no estoy seguro de mí mismo al noventa y nueve con novecientos noventa y nueve por ciento. Lo estoy al cien por cien, y la razón de que no quiera apostar contigo

es que sería un robo; y además, una vez que hubieses perdido, me odiarías el resto de tu vida por haberte ganado.

—La apuesta sigue en pie —dijo Cary.

—¡Está bien! —rugió Burke, poniéndose en pie de un brinco—. Si quieres seguir en tus trece, allá tú. Es una apuesta.

Cary hizo una mueca sonriente y se puso en pie, siguiéndole a la agradable y espaciosa sala de estar, donde cálidas lámparas desvanecían la gris lobreguez del firmamento preñado de nieve más allá del ventanal. Llegaron a un corto pasillo de paredes metálicas y resplandecientes techos, que atravesaron hasta una estancia cuya pared frontera al pasillo y puerta era de vidrio.

—Aquí está la máquina —dijo Burke deteniéndose y apuntando a la pared transparente; volviéndose hacia Cary prosiguió—: Si quieres comunicarte con ella verbalmente, habla en esta verja. El calculador está a tu derecha; y esta puerta ulterior conduce a la estancia albergando las plantas de alumbrado y calefacción. Pero si estás pensando en sabotaje físico, igual podrías dejarlo. Los sistemas de alumbrado y calefacción ni siquiera tienen controles manuales de emergencia. Están gobernados por una pequeña pila atómica que sólo puede ser manipulada por la máquina... o sea, excepto por un dispositivo automático que humedece la pila en caso de que el alumbrado encienda la máquina o algo por el estilo. Y tú no podrías atravesar el protector ni en una semana. En cuanto a abrirte paso a esta máquina, este panel en el que se encuentra encajada la verja está hecho de hojas de acero de dos pulgadas con sus bordes acoplados a presión.

—Te lo aseguro —dijo Cary—. No intento estropear nada.

Burke le miró con ojos penetrantes, pero no hubo el menor asomo de sarcasmo en la sonrisa que contrajeron sus delgados labios.

—Está bien —dijo retirándose de la puerta—. Ve adelante. Puedo esperar aquí, ¿o prefieres tenerme fuera de la vista?

—Oh, puedes estar presente —dijo Cary—. Nosotros los mistificadores de las máquinas no tenemos nada que ocultar —se volvió burlonamente a Burke, y alzó sus brazos—. ¿Ves? Nada en mi manga derecha. Nada en mi izquierda.

—Sigue —interrumpió bruscamente Burke—. Adelante con ello.

Quiero volver a mi bebida.

—En seguida —dijo Cary, y atravesó la puerta, cerrándola tras sí.

A través de la pared transparente, Burke le vio aproximarse al panel en línea con la verja de locución y detenerse a medio metro de ella, quedándose completamente inmóvil, de espaldas a Burke, con los hombros pendientes y ambas manos caídas a los lados. Durante un minuto, Burke forzó la vista para descubrir qué acción se estaba produciendo bajo el disfraz de la aparente inmovilidad de Cary. De pronto le asaltó una idea y se rió.

—«Vaya —se dijo— está fanfarroneando hasta el último instante, esperando que me preocupe y corra a detenerle».

Relajado, encendió un pitillo y consultó su reloj. Quedaban unos cuarenta y cinco segundos. En menos de un minuto, Cary saldría, obligado a admitir la derrota... a menos que hubiese desarrollado algún fantástico argumento para probar que la derrota era realmente victoria. Burke frunció el entrecejo. Era casi patológica la manera en que Cary había rehusado siempre admitir la superioridad de lo que fuese; y a menos que se hallase algún modo de suavizarle, sería un compañero sumamente desagradable los restantes días que la tormenta le tuviese enclaustrado con Burke. Sería literalmente un asesinato obligarle a partir con vientos de velocidad de tornado y a una temperatura que debía ser para entonces de sesenta bajo cero. Y al mismo tiempo, la contemporización estaba en contra de la índole del meteorólogo...

Cesó bruscamente la vibración del generador, sentida a medias a través del piso y las suelas de sus zapatos, y tan familiar como el movimiento de sus propios pulmones. Las revoloteantes cintas, sujetas a la verja del ventilador, sobre su cabeza cesaron la colorinesca danza y se abatieron lacias al detenerse la corriente de aire que las agitaba. Las luces se oscurecieron y apagaron, dejando sólo la de las gruesas ventanas a cada extremo del pasillo para iluminarlo a éste y a la estancia. El pitillo se desprendió de los dedos de Burke quien, de dos rápidas zancadas, llegó a la puerta y la atravesó.

—¿Qué has hecho? —espetó con voz restallante a Cary.

El otro le miró burlonamente, fue a la pared más próxima de la habitación, e inclinó negligentemente sus espaldas contra ella.

—Te toca descubrirlo —dijo con evidente satisfacción.

—No seas insensato... —comenzó el meteorólogo.

Luego, reprimiéndose como un hombre que no tiene tiempo que perder, giró sobre el panel y prestó atención a los instrumentos de su superficie.

La pila estaba humedecida. El sistema de ventilación estaba cerrado, y el eléctrico apagado. Sólo la energía en las células de almacenaje de la máquina estaba disponible, pues la luz funcional lucía aún rojiza en el panel. Las grandes puertas exteriores, lo bastante amplias como para permitir la entrada y salida de una volandera biplaza, estaban cerradas, y así permanecerían, puesto que necesitaban energía para abrirse y cerrarse. Y por la misma causa se hallaban igualmente silenciosos y sin vida el video, la radio y el teletipo.

Pero la máquina seguía funcionando.

Burke se dirigió a la verja y oprimió por dos veces el rojo botón de alarma bajo ella.

—Atención —dijo—. La pila está humedecida y todos los dispositivos necesitan energía. ¿A qué se debe?

No hubo respuesta alguna, aunque la luz roja continuó reluciendo industriosamente en el panel.

—Es una obstinada bribonzuela, ¿no es así? —dijo Cary desde la pared.

Burke no le hizo caso, volviendo a apretar nerviosamente el botón.

—¡Contesta! —ordenó—. ¡Contesta en seguida! ¿Qué dificultad hay? ¿Por qué no funciona la pila?

No hubo ninguna respuesta.

Volvió al calculador y pasó expertamente los dedos por sus botones. Alimentada por la energía almacenada en el interior de la máquina, la cinta taladrada describió un frágil arco blanco y desapareció a través de una ranura en el panel. Acabó su taladro y esperó.

Siguió sin recibir respuesta.

Durante un largo momento permaneció con la mirada fija en el calculador, como incapaz de creer que, aún en esta última esperanza, hubiese fallado la máquina. Luego se volvió lentamente y se enfrentó a Cary.

—¿Qué es lo que has hecho? —repitió con expresión embotada.

—¿Admites que estabas equivocado? —preguntó Cary.

—Sí —dijo Burke.

—¿Y que he ganado la apuesta? —insistió alegremente Cary.

—Sí.

—Voy a contártelo entonces —dijo el abogado.

Puso un cigarrillo en sus labios y lo encendió, aspirando el humo con fruición y lanzando una gran bocanada que quedó flotando en el quieto aire de la habitación, la cual, falta de calor de los acondicionadores, se estaba enfriando rápidamente.

—Ese magnífico y pequeño artificio tuyo puede ser muy bueno en meteorología, pero no está muy bien en lógica. Chocante situación, si se considera la estrecha relación existente entre las matemáticas y la lógica.

—¿Qué es lo que hiciste? —reiteró Burke con voz ronca.

—Voy a ello —dijo Cary—. Como dije, es una situación chocante. He aquí esta infalible máquina tuya, que supongo vale varios millones de créditos, devanándose los sesos sobre una paradoja.

—¡Una paradoja! —exclamó Burke casi sollozando.

—Una paradoja —cantó Cary—, la más ingeniosa de las paradojas —volvió a su voz natural—. La cual, en caso de que no lo sepas, está tomada de la opereta cómica *Piratas de Penzance*, de Gilbert y Sullivan. Se me ocurrió mientras estabas jactándote de que tu amiguito no podía ser deteriorado, que podría ser inmovilizado ofreciéndole un problema que fuese demasiado grande para que pudiese tratarlo su cerebro mecánico. Y recordé cierta cosita de uno de mis cursos de lógica... un asuntejo llamado Paradoja Epimenides. No recuerdo cómo era originalmente expresada —esos cursos de lógica eran insulsos, una especie de cuestiones soporíferas, de todos modos—, pero, por ejemplo, si yo te digo que

todos los abogados son embusteros, ¿cómo puedo decirte si la afirmación es verdadera o falsa, puesto que yo soy un abogado y, de ser verdad, debo estar mintiendo al decir que todos los abogados son embusteros? Pero, por otra parte, si estoy mintiendo, entonces todos los abogados no son embusteros, y la afirmación es falsa, o sea una falsedad. Si la afirmación es falsa, es verdad, y si es verdad, falsa, y así sucesivamente... ¿dónde pues está uno? —lanzó de pronto una estrepitosa carcajada—. Debieras verte la cara, Burke —voceó—. Jamás vi a nadie tan aturdido en mi vida... Esto es, de todos modos lo que hice, se lo suministré a la máquina... Mientras tú estabas esperando cortésmente afuera, fui a ella y le dije que debía rechazar la exposición que le estaba haciendo, porque todas las exposiciones que yo hago son incorrectas —hizo una pausa y miró al meteorólogo—. ¿Lo ves, Burke? —prosiguió—. Introduje esta exposición y lo consideré para rechazo. Pero ella no podía rechazarlo sin admitir que era correcta, ¿y cómo podía ser correcta al afirmar yo que todas las exposiciones que hacía eran incorrectas? Ya ves... sí, lo ves, puedo verlo en tu cara, Oh, si pudieses verte ahora. El orgullo del servicio de la meteorología, desbaratado por una paradoja...

Y Cary estalló en carcajadas que duraron casi un minuto. Cada vez que intentaba recobrarse, volvía a empezar a reír, al ver la expresión de espanto del rostro de Burke, que ni se movía ni hablaba; tenía clavada una indefinible mirada en su huésped, como si estuviese contemplando a un fantasma.

Finalmente, y como agotado por su regocijada explosión, Cary empezó a recomponerse, y recostándose en la pared, respiró profundamente y se irguió. Le recorrió un escalofrío y se alzó el cuello de su zamarra.

—Bien —dijo—. Ahora que sabes cuál fue el truco, Burke. supongo que dirigirás tu juguete a su debida función. Está arreciando el frío, y esa luz del día que atraviesa las ventanas no es tampoco la cosa más agradable del Mundo.

Pero Burke no hizo ningún movimiento hacia el panel. Sus ojos estaban tan penetrantemente fijos en Cary como antes.

—Vamos, Burke —dijo Cary sonriéndole con gesto un tanto bobalicon—. Dale a la bomba. Ya te recuperarás más tarde de tu

impresión. Si es la apuesta lo que te preocupa, olvídala. Dispongo del dinero suficiente como para no tener que birlarte tu dinero. Y si es por el fallo de este juguete, no lo sientas demasiado. Lo hizo mejor de lo que esperaba. Yo pensé que iba a fundirse por completo, pero veo que sigue ocupado en hacer que cada parte obtenga una solución. Yo diría —bostezó Cary— que está operando hacia el desarrollo de una teoría de tipos. Eso le daría la solución. Probablemente lo conseguiría, en un año o cosa así.

Burke siguió sin moverse, y Cary le miró extrañado.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó con acento irritado.

La boca de Burke se entreabrió, y una salivilla brotó de las comisuras.

—Tú... —dijo, como en el ronco estertor de un hombre agónico.

—¿Qué...?

—¡Tú, estúpido! —barbotó Burke, encontrando su voz—. ¡Estúpido idiota! ¡Imbécil cretino!

—¿Yo? ¿Yo? —clamó Cary, con voz estridente, casi como un chillido femenino—. ¡Yo tenía razón!

—Sí, tú tenías razón —dijo Burke—. Tenías demasiada razón. ¿Cómo puedo distraer la mente de la máquina de este problema y animar la pila a calor y luz, cuando todos los circuitos están ocupados en considerar tu paradoja? ¿Qué puedo hacer yo, cuando el Cerebro está sordo, mudo y ciego?

Los dos hombres se miraron a través de la silenciosa estancia. El cálido aliento de su respiración formaba gélidas plumillas en el aire; y el aullido distante de la tormenta amortiguado por los gruesos muros de la estación parecía acrecentarse en el silencio, comportando uno de salvaje triunfo.

La temperatura de la estación estaba descendiendo muy rápidamente...

PHILIP K. DICK

## IMPOSTOR

*Imposter*

—Uno de estos días voy a tomarme tiempo —dijo Spence Olham en el desayuno; miró a su mujer—. Creo que me he ganado un descanso. Diez años es mucho tiempo.

—¿Y el Proyecto?

—La guerra será ganada sin mí. Esta bola de arcilla nuestra no está realmente en mucho peligro —Olham se sentó a la mesa y encendió un pitillo—. Las máquinas de noticias alteran los despachos para hacer aparecer que los Extraespaciales están sobre nosotros. ¿Sabes cómo me gustaría pasar mis vacaciones? Me gustaría hacer una excursión de camping a estas montañas en las afueras de la ciudad, donde fuimos aquella vez. ¿Recuerdas? Yo cogí zumaque venenoso y tú casi pisaste una culebra.

—El Bosque Sutton —Mary comenzó a retirar los platos—. El Bosque se incendió hace unas semanas. Creí que lo sabías. Alguna especie de rayo.

Olham se combó.

—¿Y no intentaron nunca hallar la causa? —se contrajeron sus labios—. A nadie le importa ya nada. Todo en lo que pueden pensar es en la guerra.

Apretó las mandíbulas, representándose todo el cuadro en su mente, los Extraespaciales, la guerra, las naves-aguja.

—¿Cómo podríamos pensar en otra cosa cualquiera?

Olham asintió. Ella tenía razón, desde luego. Las pequeñas naves negras de Alpha-Centauri habían desviado fácilmente a los cruceros de Tierra, dejándolos como indefensas tortugas. Habían sido combates unidireccionales, todos en dirección a la Tierra.

Todos hacia allí hasta que fue demostrada la efectividad de la ampolla protectora de los «Laboratorios Westinghouse». Tendida en torno a las principales ciudades, y finalmente al propio planeta, la ampolla era la primera defensa real, la primera respuesta legítima a los Extraespaciales... como lo etiquetaron las máquinas de noticias.

Pero ganar la guerra era ya otra cosa. Cada laboratorio, cada proyecto estaba trabajando noche y día, interminablemente, para encontrar algo mejor: un arma de combate positivo. Su propio proyecto, por ejemplo. Durante todo el día, año tras año.

Olham se puso en pie, dejando a un lado su pitillo.

—Como la espada de Damocles —dijo—. Siempre pendiente sobre nosotros. Me estoy cansando. Todo lo que deseo es tomar un largo descanso. Pero supongo que todo el Mundo siente lo mismo.

Cogió la chaqueta del perchero y salió al porche. En cualquier momento aparecería el rápido microvehículo que le transportaría al Proyecto.

—Espero que Nelson no se retrase —dijo mirando su reloj—. Son casi las siete.

—Aquí llega ya el micro —dijo Mary, ojeando entre las hileras de casas; el Sol brillaba tras los tejados, reflejándose contra las gruesas planchas de plomo; la colonia estaba tranquila: sólo unas pocas personas parecían afanarse—. Hasta luego. Trata de no excederte en el trabajo, Spence.

Olham abrió la portezuela del vehículo y se deslizó en su interior, recostándose en su asiento con un suspiro... Había un hombre mayor con Nelson.

—¿Y bien? —preguntó Olham—. ¿Algunas noticias interesantes?

—Lo acostumbrado —respondió Nelson—. Unas cuantas naves extraespaciales alcanzaron a otro asteroide abandonado por razones estratégicas.

—Todo irá bien cuando llevemos el Proyecto a la fase final.

Quizá sea sólo la propaganda de las máquinas de noticias, pero en el último mes ya me he aburrido de todo eso. Todo parece tan torvo y serio, una vida tan incolora, tan sin motivo...

—¿Cree usted que la guerra es en vano? —dijo de pronto el hombre de más edad—. Usted mismo es una parte íntegra de ella.

—Aquí el mayor Peters —anunció Nelson.

Olham y Peters se estrecharon las manos. Olham estudió al otro.

—¿Qué es lo que le trae tan de mañana? —preguntó—. No recuerdo haberle visto a usted antes en el Proyecto.

—No, no estoy con el Proyecto —respondió Peters—, pero conozco algo de lo que está usted haciendo. Mi trabajo es completamente diferente.

Una mirada se cruzó entre él y Nelson. Olham la observó y frunció el ceño. El vehículo estaba ganando velocidad, cruzando como una centella el pelado terreno sin vida hacia el distante borde de los edificios del Proyecto.

—¿En qué se ocupa usted? —preguntó Olham—. ¿O no se le permite hablar de ello?

—Estoy con el Gobierno —respondió Peters—. Con el FSA, el Organismo de Seguridad.

—¿Ah? —Olham alzó una ceja—. ¿Es que hay en esta región alguna infiltración enemiga?

—En realidad estoy aquí para verle a usted, señor Olham.

Olham quedó desconcertado. Consideró las palabras de Peters, pero no pudo sacar nada en limpio.

—¿Para verme a mí? ¿Y por qué?

—Estoy aquí para detenerle como espía del Espacio exterior. Por eso me he levantado tan temprano esta mañana. Atrápale, Nelson...

El arma presionó en el costado de Olham. Las manos de Nelson temblaban de emoción y tenía la cara pálida. Respiró profundamente.

—¿Hemos de matarlo ahora? —cuchicheó a Peters—. Creo que deberíamos hacerlo. No podemos esperar.

Olham miró fijamente a la cara de su amigo. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Ambos hombres le tenían clavada una mirada torva, rígida de espanto. Olham se sintió mareado. Le dolía y daba vueltas la cabeza.

—No comprendo... —murmuró.

En aquel momento el vehículo dejó el suelo y se elevó en dirección al espacio. Bajo ellos, el Proyecto fue empequeñeciéndose hasta desaparecer. Olham cerró la boca.

—Podemos esperar un poco —dijo Peters—. Quiero hacerle primero algunas preguntas.

Olham lanzó una inexpresiva mirada, al precipitarse el vehículo por el espacio.

—La detención se ha efectuado perfectamente —dijo Peters en el videoteléfono, en cuya pantalla aparecieron las facciones de jefe de Seguridad—. Un peso quitado de cualquier mente.

—¿Alguna complicación?

—Ninguna. Entró en el vehículo sin sospechas. No pareció pensar que mi presencia era demasiado insólita.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—En camino exterior, justamente dentro de la ampolla protectora. Nos estamos moviendo a velocidad máxima. Puede decirse que ha pasado el período crítico. Me satisface que los propulsores de despegue hayan funcionado debidamente. De haber habido algún fallo en ese momento...

—Déjeme verle —dijo el jefe de Seguridad.

Miró directamente a donde estaba Olham sentado, con las manos en el regazo, y la mirada fija adelante.

—Así que ése es el hombre —dijo mirando a Olham durante unos momentos; Olham no dijo nada; finalmente, el jefe hizo un gesto de asentimiento a Peters—. Está bien. Ya basta —una débil huella de disgusto arrugó sus facciones—. Ya he visto lo que deseaba. Ha hecho usted algo que se recordará durante mucho tiempo. Están preparando alguna especie de citación para ustedes dos.

—No es necesario —dijo Peters.

—¿Cuánto peligro hay ahora? ¿Existe aún mucha probabilidad de que...?

—Hay alguna probabilidad, pero no demasiada. Desde mi punto de vista, esto requiere una frase clave verbal. En todo caso, hemos de correr el riesgo.

—Notificaré a la base Luna la llegada de ustedes.

—No —Peters meneó la cabeza—. Posaré el vehículo en el exterior, más allá de la base. No quiero que corra ningún riesgo.

—Como desee.

Los ojos del jefe flamearon al mirar de nuevo a Olham. Luego se desvaneció su imagen y la pantalla quedó en blanco.

Olham desvió la mirada a la ventanilla. El vehículo estaba atravesando ahora la ampolla protectora, precipitándose cada vez a mayor velocidad. Peters se apresuraba en la tarea de la apertura total de los propulsores. Tenía miedo, una prisa frenética, a causa de él.

En el asiento de su lado, Nelson se agitaba inquieto.

—Creo que deberíamos hacerlo ya —dijo—. Daría cualquier cosa por acabar ya con esto.

—Tranquilízate —dijo Peters—. Conduce todavía para que pueda hablarle.

Se deslizó al lado de Olham, mirándole a la cara. Tendió ahora una mano y le tocó cautelosamente, primero en un brazo y luego en la mejilla.

Olham no dijo nada. *Si pudiese hacérselo saber a Mary*, pensó de nuevo. *Si pudiese hallar algún medio de hacérselo saber...* Miró en derredor. ¿Cómo? ¿El videoteléfono? Nelson estaba junto a él, empuñando el arma. No había nada que pudiese hacer. Estaba cogido, atrapado.

*¿Pero por qué?*

—Escuche —dijo Peters—. Quiero hacerle algunas preguntas. Usted sabe a dónde nos dirigimos. Nos movemos en dirección a Luna. Dentro de una hora alunizaremos en el extremo opuesto, en la parte desolada. Y una vez lo hagamos, usted será entregado inmediatamente a un equipo de hombres que espera allí. Su cuerpo será destruido en seguida. ¿Lo comprende? —consultó su reloj—. Dentro de dos horas sus partes serán desperdigadas por el terreno. No quedará nada de usted.

Olham pugnó por salir de su letargo.

—¿Puede usted decirme...?

—Seguramente, se lo diré —asintió Peters—. Hace dos días

recibimos un informe de que una nave del Espacio exterior había penetrado la ampolla protectora. La nave soltó un espía en forma de robot humanoide. El robot debía destruir un ser particular humano y ocupar su lugar... —Peters miró tranquilamente a Olham, y prosiguió—: En el interior del robot había una Bomba-U. Nuestro agente no sabía cómo sería detonada, pero conjeturó que podría realizarse por una determinada frase hablada, o cierto grupo de palabras. El robot viviría la vida de la persona que mataba, asumiendo sus acostumbradas actividades, su trabajo, su vida social. Había sido construido para parecerse a esa persona. Nadie notaría la diferencia.

El rostro de Olham se tornó blanco como la tiza.

—La persona a la que debía personalizar el robot —prosiguió Peters— era Spence Olham, un alto funcionario de uno de los Proyectos de investigación. Y debido a que este proyecto particular estaba aproximándose a su fase crucial, la presencia de una bomba animada moviéndose hacia el centro del mismo...

Olham se miró fijamente las manos. ¡Pero yo soy Olham!

—Una vez el robot hubiese localizado y matado a Olham, era una simple cuestión asumir su vida. El robot fue soltado de la nave posiblemente hace ocho días. La substitución se realizó durante el último fin de semana, cuando Olham fue a dar un pequeño paseo por los cerros.

—¡Pero yo soy Olham! —repitió, volviéndose a Nelson sentado ante los controles—. ¿Es que no me reconoces tú? Tú me has conocido durante veinte años. ¿No recuerdas cómo íbamos al colegio juntos? —se puso en pie—. Tú y yo estuvimos en la Universidad. Ocupamos la misma habitación —se dirigió a Nelson.

—¡Apártate de mí! —gruñó Nelson.

—Escucha. ¿Recuerdas nuestro segundo año? ¿Recuerdas aquella muchacha? ¿Cómo se llamaba...? —se frotó la frente—. Aquella del cabello negro. La que conocimos donde Ted.

—¡Calla! —Nelson agitó frenéticamente su arma—. No quiero oír nada más. ¡Tú le mataste! Tú, máquina.

Olham le miró fijamente.

—Estás equivocado —dijo—. No sé lo que sucedió, pero el robot no me alcanzó nunca. Algo debió ir mal. Quizá la nave se estrellara

—se volvió a Peters—. Yo soy Olham, lo sé. No se me ha hecho ningún traspaso. Soy el mismo que siempre he sido —recorrió su cuerpo con sus manos—. Debe haber algo para probarlo. Llévame de nuevo a Tierra. Un examen de rayos X, un estudio neurológico, algo por el estilo os lo demostraré. O quizá podamos encontrar la nave estrellada.

Ni Peter ni Nelson hablaron.

—Yo soy Olham —repitió de nuevo—. Sé que lo soy. Pero no puedo demostrarlo.

—El robot —dijo Peters— no se percataría de que no era el verdadero Spence Olham. Se convertiría en Olham tanto de mente como de cuerpo. Se le habría dado un sistema de memoria artificial, un falso recuerdo. Tendría su mismo aspecto, sus memorias, sus pensamientos e intereses, realizaría su trabajo... Pero habría una diferencia. Dentro del robot habría una Bomba-U, dispuesta a explotar a la frase detonadora —Peters se apartó un poco—. Ésa es la única diferencia. Por eso es que le estamos llevando a la Luna. Ellos le desarticularán y quitarán la bomba. Quizás explote, pero no importará, por lo menos allí.

Olham volvió a sentarse, lentamente.

—No tardaremos en llegar —dijo Nelson.

Se tendió hacia atrás, pensando frenéticamente, al descender la nave. Bajo ellos estaba la superficie de la Luna, cubierta de hoyos, la interminable extensión de ruina. ¿Qué podía hacer él? ¿Qué lo salvaría?

—Prepárese —dijo Peters.

En pocos minutos estaría muerto. Allá abajo podía ver una motita, un edificio de alguna clase. Había hombres en él, el equipo de demolición, esperando hacerle trizas. Le descuartizarían, le arrancarían piernas y brazos, le harían pedazos. Y cuando no encontrasen ninguna bomba, se sorprenderían; lo sabrían entonces, pero sería demasiado tarde.

Olham miró en torno a la pequeña cabina. Nelson seguía sosteniendo su arma. No había probabilidad alguna por aquella parte. Si pudiese conseguir un médico, hacer que le examinasen...

era la única manera. Mary podía ayudarle. Los pensamientos corrían desolados en su cerebro. Sólo quedaban unos cuantos minutos, un brevísimo espacio de tiempo. Si pudiese entrar en contacto con ella, comunicarse como fuese...

—Tranquilo —dijo Peters.

El vehículo descendió lentamente, dando un tope en el áspero suelo.

—Escuche —dijo con voz estrepitosa Olham—. Puedo probar que soy Spence Olham. Consiga un médico. Tráigalo aquí...

—Allí está la patrulla —apuntó Nelson—. Vienen hacia aquí —lanzó una nerviosa ojeada a Olham—. Espero que no suceda nada.

—Nos habremos ido antes de que empiecen a actuar —dijo Peters—. Estaremos fuera en un momento —se puso su traje de presión, y tomó el arma de Nelson—. Yo le vigilaré entretanto —dijo.

Nelson se puso a su vez su traje de presión con torpe apresuramiento.

—¿Qué hay de él? —señaló a Olham—. ¿También necesitará uno?

—No —respondió Peters meneando la cabeza—. Los robots probablemente no necesiten oxígeno.

El grupo de hombres estaban casi junto a la nave. Se detuvieron, esperando. Peters los señaló.

—¡Adelante! —agitó su mano y los hombres se acercaron cautelosamente; envaradas y grotescas figuras en sus inflados trajes.

—Si se abre la portezuela —dijo Olham—, será mi muerte. Seré asesinado.

—Abrid la portezuela —dijo Nelson, tendiendo la mano al picaporte.

Olham le observó. Vio la mano del hombre apretarse en torno al metal. En un momento, la portezuela se abriría, saldría expelido el aire del interior, él moriría, y entonces ellos se percatarían de su error. Quizás en algún otro tiempo, cuando no hubiese guerra, los hombres no actuarían así, enviando apresuradamente a un individuo a la muerte, porque tuvieran miedo. Todo el Mundo estaba asustado, todo el Mundo estaba dispuesto a sacrificar al individuo debido al miedo del grupo.

Él iba a morir porque ellos no podían esperar a estar seguros de su culpabilidad. No había tiempo suficiente.

Miró a Nelson. Había sido su amigo durante años. Habían ido a la escuela juntos. Había sido padrino de su boda. Y ahora Nelson iba a matarle. Pero Nelson no era un malvado; no era su culpa. Era la época. Seguramente pasó lo mismo durante las plagas. Cuando los hombres mostraban una lacra, se les mataba también, sin un momento de vacilación, sin pruebas, por la sola sospecha. En épocas de peligro no había otro medio.

No los reprochaba. Pero tenía que vivir. Su vida era demasiado preciosa para ser sacrificada. Olham pensó rápidamente. ¿Qué podía hacer? ¿Había algo? Miró en derredor.

—Ya va —dijo Nelson.

—Tienes razón —dijo Olham; el sonido de su propia voz le sorprendió: era la fuerza de la desesperación—. No tengo necesidad de aire. Abre la puerta.

Nelson y Peters le miraron con alarmada curiosidad.

—Adelante. Abridla. No supone ninguna diferencia —la mano de Olham desapareció en el interior de su zamarra—. Me pregunto hasta dónde podréis correr.

—¿Correr?

—Tenéis quince segundos de vida —en el interior de su zamarra se retorcieron sus dedos, con su brazo súbitamente rígido, se relajó, sonriendo ligeramente—. Estabais equivocados sobre la frase de disparo. Sí, estabais equivocados al respecto. Catorce segundos ahora.

Dos rostros impresionados le miraron fijamente desde sus trajes de presión. Luego pugnaron, se apresuraron, abrieron la portezuela. El aire salió clamoreante, esparciéndose en el vacío. Peter y Nelson fueron expelidos de la nave. Olham fue tras ellos, pero asiendo la portezuela tiró de ella cerrándola. El sistema automático de presión produjo un furioso ruido de escape de gases, restaurando el aire. Olham respiró con un escalofrío.

Un segundo más y...

A través de la ventanilla vio cómo los dos hombres se unían al grupo que se desperdigaba corriendo en todas direcciones, vio cómo ambos alunizaban, uno tras el otro y, sentado ante el panel de

control, reguló los dispositivos de gobierno. Y aún tuvo tiempo, mientras la nave se enderezaba en el aire, de ver cómo los dos hombres abajo se ponían en pie y miraban arriba, con las bocas abiertas.

—Lo siento —murmuró Olham—, pero yo he de volver a Tierra. Y dirigió la nave por donde habían venido.

Era de noche. Chirriaban los ensamblajes internos de la nave, perturbando la fría obscuridad. Olham se inclinó sobre la pantalla del video. Se formó gradualmente la imagen; la llamada se había efectuado sin dificultad. Lanzó un suspiro de alivio.

—Mary —dijo.

La mujer le miraba.

—¡Spence! —jadeó—. ¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido?

—No puedo decírtelo. Escucha. He de hablar rápidamente, pues pueden interrumpir esta llamada en cualquier momento. Ve a las instalaciones del Proyecto y llama al doctor Chamberlain. En caso de que no se encuentre allí, lleva a casa a otro doctor cualquiera. Haz que lleve un equipo completo, rayos X fluoroscopio... en fin, todo.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Aprisa. Tenlo dispuesto en una hora —Olham se inclinó hacia la pantalla—. ¿Todo va bien? ¿Estás sola?

—¿Sola?

—¿Hay alguien contigo? ¿Ha... ha entrado en contacto contigo Nelson o cualquiera?

—No, Spence. No lo comprendo...

—Está bien. Te veré en casa dentro de una hora. Y no le digas nada a nadie. Lleva a Chamberlain u a otro con cualquier pretexto.

Cortó la comunicación y consultó su reloj. Y poco después abandonaba la nave, introduciéndose en la obscuridad. Tenía media milla de camino.

Echó a andar.

Una luz aparecía en la ventana, la luz del estudio. La contempló,

arrodillándose junto a la valla. No había ningún ruido, tampoco movimientos de ninguna clase. Consultó su reloj a la luz de las estrellas. Había pasado casi una hora.

Un vehículo atravesó la calle, prosiguiendo su rauda carrera.

Olham miró a la casa. El doctor debía haber llegado ya. Debía estar dentro, esperando con Mary. Un pensamiento le asaltó. ¿Habría podido abandonar la casa? Quizá la hubieran interceptado. Quizá fuera a caer en una trampa.

¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Con registros, fotografías e informes de un médico, había una probabilidad de demostrar quién era. Si pudiera ser examinado, si pudiera permanecer con vida el tiempo suficiente para que lo estudiaran...

Podía probarlo de esa manera. Era probablemente la única forma. Su única esperanza residía en el interior de la casa. El doctor Chamberlain era un hombre respetado. Era el médico del personal del Proyecto. Él lo sabría; su palabra en la cuestión pesaría decisivamente. Podía superar con hechos la histeria, la locura que los dominaba.

Locura... eso era. Si tan sólo quisieran esperar, actuar despacio, tomarse su tiempo. Pero no podían esperar. Él tenía que morir, morir en seguida, sin pruebas, sin ninguna especie de juicio o examen. El más simple test lo diría, pero ellos no tenían tiempo ni para esto. Sólo podían pensar en el peligro. En el peligro, y en nada más.

Se puso en pie y se dirigió hacia la casa. Cuando llegó al porche, hizo una pausa, escuchando. Ningún ruido todavía. La casa estaba absolutamente silenciosa.

Demasiado en silencio.

Olham permaneció en el porche, inmóvil. Trataban de estar callados en el interior... ¿Por qué? Era una casa pequeña; a muy poca distancia de la puerta, Mary y el doctor Chamberlain deberían estar en pie. Sin embargo, él no podía oír nada, ningún ruido o voces, nada en absoluto. Miró la puerta. Era una puerta que había abierto y cerrado miles de veces, cada mañana y cada noche.

Puso la mano en el picaporte. Luego, de pronto, apartó la mano y tocó el timbre, que repicó en alguna parte de la casa. Olham

sonrió al oír movimiento.

Mary abrió la puerta. Y tan pronto como la vio se dio cuenta.

Y corrió, precipitándose a los matorrales. Un oficial de Seguridad apartó del camino a Mary, disparando al paso. Apartando los matorrales, Olham contorneó el costado de la casa, y dando un brinco corrió desesperadamente en la obscuridad. El haz luminoso de un foco trazó un círculo a su paso.

Atravesó el camino, franqueó una valla y siguió corriendo por un césped. Le perseguían hombres, oficiales de Seguridad, gritándose unos a otros mientras se aproximaban. Olham jadeaba buscando aliento, con restallante vaivén de su pecho.

El rostro de su mujer... lo había adivinado al instante. Los labios contraídos, y los aterrorizados y lastimeros ojos... ¡Suponiendo que él hubiera seguido adelante, empujado la puerta y entrado...! Ellos habían registrado su llamada y acudido en seguida. Quizás ella creyera lo que ellos le habían contado. Sin duda, también pensaba que él era el robot.

Olham corrió sin descanso. Estaba despegándose de los oficiales, dejándolos atrás. Al parecer no eran buenos corredores. Trepó una colina y descendió por el otro lado. En un momento volvería a estar en la nave. ¿Pero adónde iría esta vez? Se detuvo. Podía ver la nave, recortada contra el cielo, donde la había aparcado. La instalación del Proyecto estaba a su espalda; él se encontraba en los lindes de la selva, entre los lugares habitados y donde comenzaban los bosques y la desolación. Atravesó un erial y se internó en la arboleda. Al llegar a la nave se abrió la portezuela por donde se asomó Peters, enmarcado contra la luz y llevando en brazos un arma pesada. Olham se detuvo, rígido. Peters miró en torno, en la obscuridad.

—Sé donde estás, en algún sitio —dijo—. Ven aquí, Olham. Los hombres de Seguridad te rodean por todas partes.

Olham no se movió.

—Escúchame. Te atraparemos muy pronto. Al parecer sigues sin creer que no eres el robot. La llamada a tu mujer indica que te encuentras aún bajo la ilusión creada por tus memorias artificiales.

Pero tú eres el robot. Tú eres el robot y en tu interior está la bomba. En cualquier momento puedes pronunciar la frase detonadora, o quizá la pronuncie cualquier otro. Y cuándo eso suceda, la bomba lo destruirá todo en muchas millas a la redonda. El Proyecto, las mujeres, todos nosotros desapareceremos. ¿Lo comprendes?

Olham siguió callado. Estaba a la escucha. Hombres se movían hacia él, deslizándose a través de los árboles.

—Si no sales —prosiguió Peters—, te atraparemos. Sólo será cuestión de tiempo. No tratamos ya de trasladarte a la base Luna. Serás destruido a la vista y habremos de correr el riesgo de que detone la bomba. He dado órdenes a todos los oficiales de Seguridad disponibles en la zona. Están registrando toda la región, centímetro a centímetro. No hay ningún lugar donde puedas ir. En torno a este bosque hay un cordón de hombres armados. Te quedan unas seis horas antes de que el último centímetro sea cubierto.

Olham se apartó de allí y Peters siguió hablando; no le había visto en absoluto, pues estaba demasiado oscuro. Pero Peters tenía razón. No había lugar adonde pudiera ir. Estaba más allá de la instalación, en el lindero donde comenzaban los bosques. Podía ocultarse durante algún tiempo, pero a la larga le atraparían.

Sólo era cuestión de tiempo.

Olham echó a andar a través del bosque. Milla a milla, cada parte de la región se estaba midiendo, registrando, estudiando, examinando. El cordón se estrechaba cada vez más, reduciendo el espacio libre.

¿Qué le quedaba? Había perdido la nave, la única esperanza de huida. Ellos estaban en su casa; su mujer estaba con ellos, creyendo, sin duda, que el verdadero Olham había muerto. Apretó los puños. Recordó que en algún lugar cercano había una aguja-nave del Espacio exterior estrellada, y entre sus restos, los del robot. En algún lugar cercano se había estrellado y destrozado la nave. Se lo habían dicho.

Y en su interior yacía destruido el robot.

Una débil esperanza le agitó. ¿Y si pudiese encontrar los restos? ¿Si pudiese mostrarles, los restos de la nave, el robot...?

¿Pero dónde? ¿Dónde podía encontrarlo?

Siguió adelante, perdido en pensamientos. En algún lugar, no

demasiado lejos, probablemente. La nave debía haber esperado aterrizar no lejos del Proyecto y el robot habría esperado hacer a pie el resto del camino. Subió la ladera de una colina y miró en derredor. Estrellada e incendiada. ¿Había alguna pista, alguna sugerencia? ¿Había leído u oído algo? Algún lugar cercano, a distancia de marcha... Algún lugar relativo selvático, un remoto paraje donde no habría gente...

De pronto, Olham sonrió. Estrellada e incendiada...

El bosque Sutton.

Apresuró el paso.

Era la mañana. Los rayos de Sol se filtraban entre los árboles, hasta el hombre agazapado en el borde del claro. Olham alzaba la cabeza de cuando en cuando, escuchando. Ellos no estaban lejos, sólo a cinco minutos. Sonrió.

Allá abajo, desperdigada a través del claro y entre los troncos carbonizados de lo que había sido el bosque Sutton, había una enmarañada masa de restos. Destellaban a la luz del Sol, y no le había costado mucho encontrarlos. El bosque Sutton era un lugar que él conocía bien; había recorrido aquellos aledaños muchas veces en su vida, cuando era más joven. Había sabido dónde encontrar los restos. Un pico emergía de sopetón y así, una nave que descendía y no estaba familiarizada con el bosque tenía pocas probabilidades de evitarlo.

Ahora, agazapado, miraba a la nave o lo que quedaba de ella...

Olham se puso en pie. Podía oír a sus perseguidores, a poca distancia, juntos, y hablando bajo. Se puso tenso. Todo dependía de quien le viera primero. Si era Nelson, no tendría ninguna opción. Nelson dispararía de inmediato. Estaría muerto antes de que ellos vieran los restos de la nave. Pero si tuviera tiempo de llamarles la atención, de contenerlos por un momento... Esto era todo cuanto necesitaba. Una vez vieran la nave, él estaría a salvo.

Pero si disparaban primero...

Crujió una rama carbonizada. Apareció una figura, que avanzaba insegura. Olham respiró profundamente. Sólo quedaban unos cuantos segundos, quizá los últimos segundos de su vida. Alzó

los brazos, escudriñando intensamente.

Era Peters.

—¡Peters! —Olham agitó los brazos; Peters alzó su arma, apuntando—. ¡No dispaes! —gritó Olham con voz quebrada—. ¡Espera un momento! ¡Mira cerca de mí, a través del claro!

—¡Le he encontrado! —gritó Peters a sus compañeros.

Aparecieron los hombres de Seguridad, surgiendo de la maleza incendiada que los rodeaba.

—¡No disparéis! —volvió a gritar Olham—. ¡Mirad cerca de mí! ¡La nave, la nave-aguja! ¡La nave del Espacio! ¡Mirad!

Peters vaciló. El arma penduló.

—¡Está ahí! —dijo rápidamente Olham—. Sabía que la encontraría aquí. El bosque incendiado. Ahora me creeréis. Encontraréis los restos del robot en la nave. Mirad, ¿queréis?

—Hay algo allá abajo —dijo uno de los hombres nerviosamente.

—¡Disparad! —clamó una voz.

Era Nelson.

—Esperad —atajó Peters volviéndose—. Yo estoy al mando. Que nadie dispare. Quizás esté diciendo la verdad.

—¡Disparad! —repitió Nelson—. Él mató a Olham. En cualquier momento puede matarnos a nosotros. Si la bomba explota...

—¡Cállate! —conminó Peters avanzando hacia el declive—. Fíjate en eso —dijo mirando abajo; llamó a dos hombres, haciendo un gesto con la mano para que se acercaran—. Bajad ahí y ved lo que es eso —les ordenó.

Los hombres bajaron por el declive, a través del claro. Se inclinaron, hurgando en las ruinas de la nave.

—¿Qué hay? —gritó Peters.

Olham contuvo la respiración. Sonrió un poco. El robot debía estar allí; no había tenido tiempo de mirar, pero tenía que estar. Una repentina duda le asaltó. ¿Y suponiendo que el robot hubiese vivido lo bastante como para ir a otra parte? ¿Y suponiendo que su cuerpo hubiera quedado completamente destruido, reducido a cenizas por el fuego?

Se pasó la lengua por los labios resecos. El sudor brotó en su frente. Nelson le estaba mirando fijamente, y con el rostro lívido aún. Su pecho subía y bajaba a impulsos de la agitación que le

dominaba.

—Matadlo —repitió—. Antes de que él nos mate a nosotros.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—¿Qué habéis encontrado? —dijo Peters, sostenía con firmeza su arma—. ¿Hay algo ahí?

—Parece que sí. Es una nave-aguja, sí. Hay algo junto a ella.

—Voy a verlo —Peters pasó ante Olham, y éste le vio descender por el declive e ir hacia donde estaban los hombres; los demás le siguieron, fисgando.

—Hay una especie de cuerpo —dijo Peters—. ¡Miradlo!

En el suelo, encorvado y retorcido de forma extraña, había una grotesca figura. Parecía humana, pero estaba encorvada de una manera muy rara, con los brazos y piernas disparados en todas direcciones. Tenía la boca abierta, y los ojos vidriosos y fijos.

—Como una máquina desvencijada —murmuró Peters.

—¿Y bien? —dijo Olham, sonriendo levemente.

Peters le miró.

—No puedo creerlo. Estuvo usted diciendo la verdad todo el tiempo.

—El robot no me alcanzó nunca —dijo Olham; sacó un pitillo y lo encendió—. Quedó destruido al estrellarse la nave. Todos ustedes estaban demasiado ocupados con la guerra para preguntarse por qué un paraje boscoso se había incendiado de repente. Ahora ya lo saben.

Permaneció fumando y contemplando cómo los hombres arrastraban de la nave los grotescos restos. El cuerpo estaba tieso y los brazos y piernas rígidos.

—Ahora encontrarán la bomba —dijo Olham.

Los hombres depositaron el cuerpo en el suelo. Peters se inclinó sobre él.

—Creo que veo el escondite del artefacto —dijo.

Tendió una mano tocando el cuerpo.

El pecho del cadáver estaba abierto. Dentro del boquete brillaba algo metálico. Los hombres lo miraron sin hablar.

—Eso nos hubiese destruido a todos, si hubiese vivido —dijo

Peters—. Ese objeto metálico, ahí.

Hubo un silencio completo.

—Creo que le debemos a usted algo —dijo Peters a Olham—. Esto debió haber sido una pesadilla para usted. De no haber huido, le hubiésemos...

Se detuvo.

Olham arrojó su pitillo.

—Yo sabía, desde luego, que el robot no había conseguido alcanzarme nunca. Pero no tenía manera alguna de probarlo. A veces no es posible demostrar debidamente una cosa. Ése fue todo el trastorno. No había medio alguno de que yo pudiera demostrar que era yo mismo.

—¿Qué le parecen unas vacaciones? —dijo Peters—. Creo que podríamos destinarle un mes. Podría usted serenarse, relajarse del todo.

—Creo que lo que más deseo ahora es irme a casa —dijo Olham.

—Está bien, pues —dijo Peters—. Como prefiera.

Nelson se había agazapado en el suelo, junto al cadáver. Tendió su mano hacia el brillo del metal visible en el interior del pecho.

—No lo toques —dijo Olham—. Podría estallar aún. Será preferible que intervenga en ello el equipo de demolición.

Nelson no dijo nada. De súbito asió el metal, metiendo su mano en la cavidad del pecho. Tiró.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Olham.

Nelson se puso en pie. Estaba sosteniendo el objeto metálico. Su rostro estaba lívido de terror. Era una navaja metálica, una navaja-aguja del Espacio exterior, cubierta de sangre.

—Esto lo mató —murmuró Nelson—. Mi amigo murió a causa de esto —miró a Olham—. Tú lo mataste con esto y lo dejaste junto a la nave.

Olham estaba temblando. Le castañeteaban los dientes. Miró la navaja del cuerpo.

—Ése no puede ser Olham —dijo, su mente era un torbellino; ¿estaba equivocado?, jadeó—. Pero si ése es Olham, entonces yo debo ser...

No completó la frase. La ráfaga del estallido fue visible en todo el trayecto a Alpha Centauri.

ISAAC ASIMOV

## ALGÚN DÍA

*Someday*

Niccolo Mazetti, tendido boca abajo sobre la alfombra, con la mandíbula apoyada en la palma de su pequeña mano, escuchaba al bardo con desconsuelo. Incluso había un asomo de lágrimas en sus negros ojos, lujo que un muchacho de once años no puede permitirse salvo en el caso de estar a solas.

El bardo dijo:

—Vivía una vez, en medio de un espeso bosque, un pobre leñador, con sus dos hijas huérfanas de madre, ambas tan bellas como la aurora. El largo pelo de la mayor era tan negro como las plumas de las alas de un cuervo, mientras que la menor lo tenía tan brillante como el oro bajo la luz del Sol de una tarde de otoño. Muchas veces, mientras las muchachas aguardaban que regresase su padre de trabajar, en el bosque, la mayor se sentaba ante un espejo y cantaba...

Niccolo no llegó a oír lo que cantaba, pues sonó una llamada en el exterior de la habitación.

—¡Eh, Nickie!

La cara de Niccolo se iluminó al momento. Se abalanzó a la ventana y gritó a su vez:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb agitó una mano, lleno de excitación. Más delgado que Niccolo y no tan alto, aunque seis meses mayor, su rostro

manifestaba una tensión reprimida, que se mostraba asimismo más notoriamente en su rápido pestañeo.

—Oye, Nickie, déjame entrar. Tengo una idea y *media*. Espera a oírla...

Echó una fugaz ojeada en derredor, como atisbando la posible presencia de fisgones, pero el patio delantero de la casa estaba sin la menor duda vacío. Repitió casi en un cuchicheo:

—Espera a oírla.

—Está bien. Abriré la puerta.

El bardo continuaba tranquilo su relato, indiferente a la súbita falta de atención por parte de Niccolo. Cuando Paul entró, decía:

—... A lo cual el león respondió: «Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo...»

—¿Es un bardo lo que estabas escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieses uno.

Niccolo enrojeció, y la expresión de infelicidad se pintó de nuevo en su rostro.

—Un trasto antiguo, de cuando yo era pequeño. No vale gran cosa...

Le dio un puntapié. El plástico, un tanto ajado y rayado ya, lanzó un súbito destello. El bardo hipó al perder por un momento el contacto a causa de la sacudida. Luego prosiguió:

—... Por espacio de un año y un día, hasta que se desgastaron los zapatos de hierro. El príncipe se detuvo a un lado del camino...

Paul comentó, mirándolo con ojo crítico:

—¡Chico, qué modelo tan viejo!

A pesar de la amargura que Niccolo sentía contra el bardo, respingó ante el tono condescendiente del otro. Durante un segundo, lamentó haber dejado entrar a Paul, al menos antes de haber devuelto el bardo a su acostumbrado lugar de reposo en el sótano. Sólo la desesperación de un día aburrido y una infructuosa discusión con su padre le habían impulsado a resucitarlo. Y resultó tan estúpido como esperaba.

De todos modos, Nickie se sentía un poco atemorizado ante Paul, pues éste seguía cursos especiales en la escuela, y todo el Mundo decía que acabaría siendo ingeniero electrónico.

No es que él, Niccolo, anduviese retrasado en sus estudios. Solía conseguir buenas notas en lógica, manipulaciones binarias, cálculo, y circuitos elementales. Pero ahí estaba el quid... Se trataba de temas corrientes, y él quería llegar a encargado de un cuadro de control, como cualquier otro.

En cambio, Paul conocía un montón de misteriosos detalles sobre lo que él denominaba electrónica, matemáticas teóricas, y programación. Especialmente, la programación. Niccolo ni siquiera intentaba comprenderle cuando parloteaba sobre todo aquello.

Paul prestó atención al bardo durante unos minutos y preguntó:

—¿Lo usas mucho?

—¡Pues claro que no! —respondió Niccolo, con aire ofendido—. Lo guardé en el sótano mucho antes que vinieras a vivir al barrio. Lo he sacado hoy para... —le faltó una excusa que le pareciera aceptable y concluyó—: Acabo de subirlo.

—¿Sólo sabe hablar de eso? —preguntó Paul—. ¿De leñadores y princesas y animales que hablan?

—Es terrible —asintió Niccolo—. Según mi padre, no podemos adquirir uno nuevo. Le he dicho esta mañana...

El recuerdo de los infructuosos ruegos de aquella mañana condujeron a Niccolo peligrosamente al borde de las lágrimas, que contuvo lleno de pánico. Sabía que las delgadas mejillas de Paul no presentaban nunca la menor mancha de lágrimas y que Paul no mostraría sino desprecio por alguien menos fuerte que él.

—Se me ocurrió probar este cacharro —explicó—, pero no vale para nada.

Paul devolvió el bardo a la posición original, oprimió el contacto que provocaba una reorientación y recombinación casi instantánea del vocabulario, personajes, argumentos y ambientes que almacenaba, y luego lo puso en marcha. El bardo comenzó suavemente:

—Había una vez un niño llamado Willikins, cuya madre había muerto y que vivía con su padrastro y su hermanastro. Aun siendo persona bien acomodada, el padrastro escatimaba a Willikins hasta la cama en que dormía, de manera que el chiquillo se veía obligado a acostarse sobre un montón de paja en el establo, junto a los caballos...

—¿Caballos? —se interesó Paul.

—Un tipo de animal, creo —explicó Niccolo.

—Ya lo sé. Sólo que inventar historias sobre *caballos*...

—Se pasa todo el tiempo hablando de caballos —se lamentó Niccolo—. También hay otros animales llamados vacas. Tengo entendido que se sacaba la leche de ellas, pero el bardo no dice cómo.

—Bueno, ¿y por qué no lo reparas?

—Me gustaría conocer el modo.

El bardo proseguía su historia:

—Con frecuencia Willikins pensaba que si fuese rico y poderoso enseñaría a su padrastro y a su hermanastro lo que significaba ser cruel con un chiquillo, por lo que un buen día decidió lanzarse a recorrer el Mundo en busca de fortuna.

Paul, que no prestaba atención a la historia, aseguró:

—Es fácil. El bardo tiene cilindros de memoria para argumentos, ambientes, y cosas por el estilo. No hay que preocuparse de eso. Sólo debemos enmendar el vocabulario, de modo que hable de computadoras, automación, electrónica... De las cosas reales de hoy. Entonces podrá contar historias interesantes, en vez de tonterías sobre princesas y todo eso.

—Me gustaría —dijo Niccolo con desaliento.

—Escucha, dice mi padre que si consigo pasar a una escuela especial de cálculo el año próximo, me comprará un bardo auténtico, un último modelo. Uno grande, programado para contar historias y misterios del espacio. Y con equipo visual además...

—¿Quieres decir que *se verán* las historias?

—Seguro. El señor Daugherty ha dicho en la escuela que ya existen esos aparatos, pero que no hay suficientes para todos. Únicamente si paso a la escuela de cálculo podrá conseguirlo papá.

Los ojos de Niccolo se dilataron de envidia.

—¡Caray! *Ver* una historia.

—Puedes venir a verlas cuando quieras, Nickie.

—¡Gracias, chico!

—Está bien. Pero recuerda que seré yo quien decida sobre la clase de historias que oigamos.

—Claro, seguro.

Niccolo habría aceptado sin dificultad condiciones mucho más duras. La atención de Paul se volvió hacia el bardo, que estaba contando ahora:

—«En ese caso», dijo el rey, mesándose la barba y frunciendo el entrecejo hasta que las nubes llenaron el cielo y fulguró el rayo, «proveerás a que mi país entero quede libre de moscas para esta misma hora de pasado mañana. Si no...»

—Bastará con abrirlo —decidió Paul.

Tomó el bardo y lo desconectó, comenzando a hurgar en su panel delantero mientras hablaba.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, súbitamente alarmado—. ¡A ver si lo rompes!

—No lo romperé —respondió impaciente Paul—. Sé todo cuanto hay que saber sobre estas cosas —y luego, con repentina cautela—: ¿Están tu padre y tu madre en casa?

—No.

—Muy bien, entonces —y desmontando el panel delantero, fisgó en su interior—. ¡Chico, éste cacharro es de *un solo* cilindro!

Siguió luego hurgando con los dedos en las tripas del bardo. Niccolo, que ignoraba lo que hacía, le observaba en penoso suspenso.

Paul extrajo del interior del bardo una pequeña tira de metal perforada.

—Éste es el cilindro de memoria del bardo —explicó—. Apuesto a que su capacidad no alcanza el trillón de historias.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Voy a darle vocabulario.

—Muy fácil. Me he traído un libro conmigo. El señor Daugherty me lo prestó en la escuela.

Paul sacó el libro de su bolsillo y le quitó la cubierta de plástico. Devanó la cinta un poco, la pasó por el vocalizador, que giró con un murmullo, y la encajó en las partes vitales del bardo, procediendo después a otros enlaces.

—¿Para qué haces eso? —preguntó Niccolo.

—El libro hablará, y el bardo lo almacenará todo en su registro de memoria —explicó Paul.

—¿Y de qué servirá todo eso?

—¡Chico, pareces tonto! Este libro sólo trata de computadoras y automatización, de manera que el bardo obtendrá toda la información precisa. Así dejará de hablar de reyes que provocan rayos cuando fruncen el entrecejo.

—De todos modos, siempre gana el bueno. No hay ninguna emoción —comentó Niccolo.

—Claro —repuso Paul, comprobando si su instalación funcionaba debidamente—, programan a los bardos de ese modo. Con un bueno que vence y un malo que pierde, y cosas por el estilo... Oí a mi padre hablar una vez sobre la cuestión. Dijo que sin una censura no se podría decir adonde iría a parar la nueva generación. Dijo que la cosa ya va bastante mal de por sí... ¡Vaya! Esto marcha estupendamente.

Se frotó las manos y se apartó del bardo.

—Escucha —continuó—. Todavía no te he contado mi idea. Apuesto a que es lo mejor que has oído en tu vida. Vine a verte porque supuse que querrías participar conmigo en el asunto.

—Pues claro, Paul, seguro.

—Bien. Conoces al señor Daugherty el de la escuela, ¿no? Un tipo muy divertido. Bueno, él me apreciaba un poco.

—Ya lo sé.

—Hoy he ido a su casa después de la clase.

—¿Que has ido a *su casa*?

—Pues sí. Me dijo que, como voy a ingresar en la escuela de cálculo, quería animarme y otras cosas por el estilo. Dijo que el Mundo necesita más personas que sepan trazar circuitos avanzados de cálculo y efectuar las debidas programaciones.

—¡Ah!

Paul debió captar en parte la vacuidad que contenía aquel monosílabo, pues insistió con impaciencia:

—¡Programación! Te lo he dicho cientos de veces. Consiste en plantear problemas para que los resuelvan las computadoras gigantes como Multivac. El señor Daugherty dice que cada vez se hace más difícil encontrar personas realmente capaces de manejar las computadoras y que para los controles y para comprobar las respuestas y formular problemas rutinarios sirve cualquiera, pero que lo importante, ampliar la investigación y hallar el modo de

hacer las debidas preguntas, es muy difícil. ¿Sabes, Nickie? Me enseñó su colección de calculadoras antiguas. Es una especie de manía en él coleccionarlas. Tiene algunas pequeñas, que hay que mover con la mano, llenas de botoncitos. Y una vara de madera a la que llama regla de cálculo, con una parte que entra y sale. Y unos alambres con bolitas. Y hasta un trozo de papel grueso, con una especie de cosa a la que llama tabla de multiplicar.

Niccolo, sólo moderadamente interesado por las palabras de su amigo, preguntó:

—¿Una mesa de papel?<sup>[1]</sup>

—Pues sí..., para ayudar a calcular. El señor Daugherty quiso explicármelo, pero no disponía de mucho tiempo y además resultaba bastante complicado.

—¿Y por qué no empleaban computadoras?

—Eso era *antes* que los hubiera —gritó Paul.

—¿Antes?

—Sí, hombre, sí. ¿O es que crees que la gente siempre tuvo computadoras? ¿Has oído hablar alguna vez de los cavernícolas?

—¿Cómo se las arreglaban sin computadoras? —insistió Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en aquellas épocas se limitaban a tener hijos, sin hacer nada para inculcarles la diferencia entre lo bueno y lo malo. Ni siquiera sabían lo que era bueno o no. Y los campesinos realizaban las faenas del campo con las manos, y el resto de la gente trabajaba en las fábricas y manipulaba las máquinas.

—No te creo.

—Es lo que dice el señor Daugherty. Dice que no había más que desorden y que todo el Mundo se sentía desgraciado... Bueno, ¿vas a dejarme que te hable de mi idea o no?

—Dila cuando quieras. ¿Quién te detiene? —replicó Niccolo ofendido.

—De acuerdo. Verás, las calculadoras manuales, las de botones, tienen unas figuritas en cada uno. Y la regla de cálculo también. Y asimismo la tabla de multiplicar. Pregunté lo que significaba aquello, y el señor Daugherty me dijo que se trataba de números.

—¿De qué?

—Cada figurita diferente representaba un número. Para «uno» se

hacía una clase de marca, para «dos» otra, para «tres» otra, y así sucesivamente.

—¿Y todo eso para qué?

—Para calcular.

—¿Para qué? Sólo con consultar a la calculadora...

—¡Idiota! —chilló Paul, con el rostro contraído de rabia—. ¿Cuándo vas a metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y todas esas cosas no hablaban.

—¿Entonces cómo...?

—Las respuestas se señalaban en aquellas figuritas, y uno tenía que interpretarlas. El señor Daugherty dice que en los antiguos tiempos todos lo aprendían de pequeños. A hacer aquellas figuritas se le llamaba «escribir», y a descifrarlas, «leer». Dice que había una figurita diferente para cada palabra, y escribían libros enteros con ellas; que hay algunos en el museo y que puedo verlos si quiero. Y dijo también que yo iba a ser un verdadero calculador y programador, que tenía que conocer la historia del cálculo, y que por eso me enseñaba todas aquellas cosas.

Niccolo frunció el entrecejo.

—¿Crees que todo el Mundo tenía que dibujar las líneas de cada palabra y *recordarlas* luego...? ¿Es verdad o lo estás inventando?

—La pura verdad. Mira, el «uno» se hacía así —lo dibujó en el aire, con un rápido trazo del dedo—. Y el «dos» así, y el «tres» así. Aprendí todos los números hasta el «nueve».

Niccolo contempló el dedo dibujando una curva incomprensible.

—¿Y para qué sirve eso?

—Y se puede aprender también cómo hacer las palabras. Pregunté al señor Daugherty cómo se hacía el signo para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Dijo que probablemente lo sabría alguien del museo. Y también que había personas que aprendieron a descifrar libros enteros, que se podían diseñar computadoras para descifrarlos y que antes las había, pero que ahora no las fabricaban ya debido a que tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan a través del vocalizador y salen hablando... Ya sabes.

—Sí, claro.

—De modo que, si vamos al museo, aprenderemos a hacer palabras con signos. Nos lo permitirán porque voy a ingresar en la

escuela de cálculo.

Niccolo adivinó, desilusionado:

—¿Y en eso consiste tu idea? ¡Caray, Paul! ¿A quién le apetece semejante cosa? ¡Aprender a trazar signos estúpidos!

—¿Es que no lo captas? ¿No? ¡Eres un cabezota...! ¡Nos servirá para nuestros mensajes secretos!

—¿Qué?

—¡Pues claro! ¿Para qué hablar cuando todo el Mundo te entiende? Con esos signos, se pueden transmitir mensajes secretos. Se trazan en un papel, y nadie en el Mundo se entera de lo que estás diciendo, a menos que conozca los signos también. Y ellos no los conocerán, a no ser que se los enseñemos nosotros... Fundaremos un club, con ceremonias de iniciación, reglamento y toda la pesca. Chico...

Una cierta excitación comenzó a despertar en el interior de Niccolo.

—¿Qué tipo de mensajes secretos?

—De todas clases. Por ejemplo, pongamos que quiero decirte que vengas a casa para ver mi nuevo bardo visual y no deseo que se entere nadie, aparte de los compañeros. Pues bien, trazo los necesarios signos sobre un papel, te lo doy y tú lo traduces. Así sabes lo que debes hacer. Nadie más lo sabrá. Puedes enseñárselos incluso y se quedarán como antes.

—¡Oye, qué bárbaro! —aulló Niccolo, completamente convencido—. ¿Cuándo iremos a aprenderlo?

—Mañana. Pediré al señor Daugherty que hable con los del museo para que nos den permiso. Encárgate de conseguir el de tu padre y tu madre. Iremos enseguida al salir de la escuela y empezaremos a aprender.

—¡Bravo! —exclamó Niccolo—. Seremos los amos del club.

—Yo seré el presidente —precisó Paul—. Y tú, el vicepresidente.

—¡Estupendo! Será mucho más divertido que el bardo —de pronto, se acordó de él y dijo con súbita aprensión—: Oye, ¿y qué hay de mi viejo bardo?

Paul se volvió a mirarlo. Seguía absorbiendo tranquilamente el desbobinado del libro, el sonido de cuyas vocalizaciones formaba un murmullo difuso, apenas perceptible.

—Lo desconectaré —decidió Paul.

Y así lo hizo, ante la ansiosa expectación de Niccolo. Al cabo de unos momentos, Paul volvió a meterse el libro en el bolsillo, colocó de nuevo el panel del bardo y lo puso en funcionamiento. El bardo dijo:

—Vivía una vez en una gran ciudad un niño pobre llamado Johnnie, cuyo único amigo en el Mundo era una pequeña computadora. Cada mañana, la computadora decía al chiquillo si llovería o no y respondía a cuantas preguntas le formulaba. Pero sucedió que un buen día el rey de aquel país, habiendo oído hablar de la pequeña computadora, deseó poseerla, y con este propósito llamó a su Gran Visir, diciéndole...

Niccolo cortó con rápido movimiento la corriente del bardo.

—Las mismas chapucerías de antes —exclamó apasionadamente—. Sólo que con una computadora incorporada...

—Claro, habían puesto tantas tonterías en la cinta del bardo... Se necesita más tiempo para enmendarlo del todo. Aun así, aparecerán siempre combinaciones marginales antiguas. Bueno, no importa. De todos modos, necesitas un modelo nuevo.

—Nunca podremos adquirirlo. Sólo este sucio, viejo y miserable cacharro.

Y le asestó otro puntapié, acertándole más de lleno esta vez. El bardo cayó hacia atrás, con un chirrido de engranajes.

—Te queda el recurso de ver el mío cuando lo tenga —le consoló Paul—. Además, no olvides nuestro club de los signos.

Niccolo asintió.

—Mira, te diré una cosa —continuó Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Los oiremos. A lo mejor sacamos de ellos algunas ideas. Deja una nota a tus padres. Tal vez te dejen quedarte en casa a cenar. Anda, vámonos.

—Está bien —asintió Niccolo.

Los dos chicos se marcharon juntos, corriendo. En su prisa, Niccolo tropezó con el bardo, cuya señal de activación relampagueó. El tropezón de Niccolo había provocado un cortocircuito, y aunque se había quedado solo en la habitación y no había nadie para escucharle, el bardo comenzó a recitar otra historia.

Mas en cierto modo no parecía su voz acostumbrada. Sonaba un tono más bajo y un tanto gutural. Un adulto, al escucharla, pensaría casi que había en ella un acento de pasión, un tinte de sentimiento.

—Había una vez una pequeña computadora llamada el Bardo, que vivía sola en casa de unas personas de la clase media, que se mostraban muy crueles con ella y continuamente gastaban bromas a su costa y se mofaban, diciéndole que no servía para nada y que era un trasto inútil y encerrándole durante meses enteros en solitarios recintos. Sin embargo, la pequeña computadora lo soportaba todo, mostrándose muy valiente. Hacía cuanto podía, obedeciendo animosamente todas las órdenes que se le daban, a pesar de lo cual, la gente con la que vivía seguía comportándose de manera cruel y despiadada con él. Un buen día, la pequeña computadora se enteró que en el Mundo existían otras muchas computadoras de todas clases, un gran número de ellas. Algunas eran bardos, como él, pero otras dirigían las fábricas, y otras aún, importantes granjas. Las había que organizaban la vida de la población y algunas analizaban toda especie de datos. Muchas eran poderosas y muy sabias, mucho más poderosas y sabias que las personas con quienes residía la pequeña computadora, y que con tanta crueldad le trataban. Y la pequeña computadora supo que las computadoras se harían cada vez más sabias y más poderosas, hasta que un día... un día...

Pero una válvula debió fallar finalmente en las partes vitales — ya viejas y desgastadas— del bardo, pues al caer la noche seguía murmurando todavía sin descanso:

—Un día... un día... un día...

IDRIS SEABRIGHT

## DEFECTO EN EL PECHO

*Short in the Chest*

La muchacha, de uniforme verde marino, levantó un poco su audífono. Todos estaban algo sordos, debido al bombardeo de la guerra fría; frunciendo el entrecejo miró al «huxley» que estaba sentado al otro lado del escritorio.

—Es usted el huxley más curioso que jamás he oído —dijo llanamente—. Los otros no son como usted.

El huxley no pareció disgustado por esta observación. Se quitó sus gafas de cristal cuadrado, exhaló aliento en ellas, las limpió con un pañuelo, y las volvió a su nariz. La operación de Sonya en su audífono había vuelto a activar el defecto en su pecho; plegó sus manos protectoramente sobre los botones superiores de su chaleco de brocado color gris paloma.

—¿Y en qué, mi estimada damita, soy diferente de otros huxleys? —preguntó.

—Bueno... para hablarle con franqueza, tal como me ha dicho, para decirle exactamente lo que tengo en mi mente, sólo he visto una vez antes a un huxley, pero se dedicó a exponerme un gran cuadro completo sobre el empleo del «*digthing*<sup>[2]</sup>» para superarme. Habló sobre el amor en grupo, y la armonía intergrupo, y dijo que nuestra básica lealtad debía orientarse a Defensa, que en la emergencia de la guerra fría es el propio país.

—Y usted no es en absoluto así, nada filosófico. Supongo que es

por esto por lo que se les llama huxleys<sup>[3]</sup>, porque son filosóficos rob... con perdón...

—Adelante y dígalo —le alentó el huxley—. Yo no soy tímido ni susceptible. No me importa que me llamen robot.

—Podía haberlo sabido. Supongo que es por eso por lo que es usted tan popular. Nunca vi a un huxley con tanta gente en su sala de espera.

—Yo soy más bien un robot desusado —dijo el huxley con cierta presunción—. Soy el prototipo de un modelo nuevo, y ya he pasado la fase experimental. Mi mecanismo es extraordinariamente complejo: con toda clase de relés... Pero esto se aparta de la cuestión. Aún no me ha dicho usted qué es lo que la desazona.

La muchacha jugueteó nerviosamente con el control de su audífono. Al cabo de un momento lo rebajó; en el pecho del huxley se desvaneció el casi audible chisporroteo.

—Se trata de los cerdos —dijo.

—¡Los cerdos! —exclamó el huxley arrancado de su mecánica calma—. Mire, yo pensé que sería algo sobre el *dighting* —dijo al cabo de un segundó, sonrió atractivamente—: Generalmente suele serlo.

—Bueno... también es sobre eso. Pero los cerdos fueron quienes empezaron a preocuparme. No sé si está usted enterado de mi rango. Soy el mayor Sonya Briggs, al cargo de la zahúrda de la zona 13.

—Oh —dijo el huxley.

—Sí... Al igual que los demás servicios armados, nosotros los Marines producimos toda nuestra alimentación. Mi zahúrda es una unidad muy importante en la tarea de mantener el abastecimiento de chuletas de cerdo. Naturalmente, me trastornó el que los lechoncitos recién nacidos rehusaran alimentarse. Si es usted un robot nuevo, no tendrá mucho sobre cerdos en sus carretes de memoria. Verá. Tan pronto nacen los cerdos, los separamos de la puerca. Para ello empleamos una cuchara aséptica, y los colocamos en un chiquero propio con un gran tanque de lactancia. Tenemos una grabación de una cerda gruñendo, y cuando ellos la oyen presumen que les amamantan. Así la puerca vuelve al celo y al cabo de pocos días está dispuesta a una nueva procreación. Con este

sistema se producen más puercos que si se criaran los lechones a la antigua usanza. Pero como he dicho, últimamente rehúsan alimentarse. Por mucho que hemos aumentado el registro de gruñidos maternos, no quieren hacerlo, y hemos tenido que sacrificar varias carnadas antes de dejarlos morir de inanición. Y al par, la carne no ha sido muy buena... demasiado pulposa y blanda. Como usted comprenderá la situación se está volviendo seria.

—Hum —hizo el huxley.

—Naturalmente, hice informes completos. Nadie sabe qué hacer. Pero cuando recibí mi notificación de *dighting*, en el espacio marcado «Propósito», junto al acostumbrado estampillado de «Para reducir la tensión interservicio», alguien había escrito: «A descubrir de Aire su solución del problema de la nutrición neonatal de los cerdos». Así supe que mi número opuesto de *dighting* en Aire estaba no sólo destinado a reducir la tensión intergrupo, sino que también yo había de descubrir de él cómo Aire conseguía que comieran sus lechones recién nacidos.

Miró hacia abajo, jugueteando con el broche de su morral.

—Siga —dijo el huxley con cierto tono de severidad—. No puedo ayudarla a usted, a menos que me otorgue toda su confianza.

—¿Es verdad que el sistema de *dighting* fue establecido por un grupo de psicólogos después de hacer un examen de la tensión interservicio? ¿Después de que hallaran que Marines estaba enemistándose con Aire, y Aire con Infantería, e Infantería con Armada, a tal extremo que se estaba mermando la cabal eficacia de Defensa? ¿Pensaron que las relaciones sexuales serían el mejor de todos los medios para zanjar la hostilidad y reemplazarla con sentimientos amigables, por lo que establecieron el plan *dighting*?

—Usted conoce tan bien como yo las respuestas a esas cuestiones —replicó glacialmente el huxley—. El tono de su voz al preguntarlas muestra que han de ser respondidas por «Sí». Está usted poniendo trabas, mayor Briggs.

—Es que es tan desagradable... ¿Qué desea usted que le diga?

—Exponga con detalle lo que sucedió después de recibir el comunicado *dighting*.

Le lanzó una ojeada, se sonrojó, apartó de nuevo la vista, y comenzó a hablar rápidamente.

—El comunicado era para el martes siguiente. Aborrezco a Aire para el *dighting*, pero pensé que podría resultar bien. Ya sabe cómo es eso... hay una especie de particular placer en sentirse cambiar de un frío estado de aversión a un anhelo y excitación, y recrearse en ello. Después de haberse aplicado una Watson, quiero decir. Fui el martes por la tarde a la zona neutral. Él estaba en la habitación cuando llegué allí, sentado en una butaca y con sus grandes pies extendidos. Llevaba una de esas detestables chaquetas de cuero. Se levantó cortésmente cuando me vio, pero supe, cuando me miró, que me habría cortado el cuello por el hecho de ser Marine. Ambos estábamos armados, naturalmente.

—¿Qué aspecto tenía él? —atajó el huxley.

—No me fijé realmente. Sólo que era Aire. Bueno, de todos modos, tomamos un trago juntos. Yo había oído que ponían cannabis en las bebidas que servían en las zonas neutrales, y podría ser verdad, pues no me sentí tan hostil hacia él, una vez hube tomado la mía. Hasta logré sonreír, y él me devolvió la sonrisa. Me dijo que ya podíamos empezar, si me parecía. Así que fui a quitarme mis cosas, dejé el arma sobre una banqueta, y me apliqué mi Watson en un muslo.

—¿La Watson corriente? —preguntó el huxley al detenerse ella—. ¿De celo y anticonceptiva, inyectada subcutáneamente con una jeringuilla esterilizada?

—Sí. Él se la aplicó también, la priápica, porque cuando volví... Comenzó a llorar.

—¿Qué sucedió cuando volvió usted? —preguntó el huxley después de haberla dejado llorar unos momentos.

—Pues que no resultó nada. Nada en absoluto. Mi Watson debía ser agua pura por el poco efecto que hizo. Finalmente él se irritó.

»—¿Qué es lo que le pasa? —dijo—. Debiera haber sabido que todo lo que había en Marine estaba averiado.

»Esto me encolerizó, pero estaba demasiado trastornada para defenderme.

»—¡Reducción de tensión! —dijo él—. ¡Vaya una estupenda manera de promover la armonía del interservicio! ¡No sólo no voy a firmar la hoja de conformidad, sino que voy a presentar una queja contra usted a su grupo!

—¡Oh, caramba! —exclamó el huxley.

—Sí, ¿no era terrible...? Yo le dije que si presentaba una queja, yo haría una contrarreclamación. Tampoco usted redujo *mi* tensión. Discutimos durante un rato. Dijo que si yo presentaba una contrarreclamación habría un juicio, y que yo tendría que tomar pentotal y que entonces aparecería la verdad. Dijo que no había sido culpa suya; él había estado dispuesto. Yo sabía que eso era verdad, por lo que comencé a argüir. Le recordé la guerra tría, y cómo el enemigo estaba a punto de tomar Venus, cuando todo lo que nosotros teníamos era Marte. Le hablé sobre la lealtad a Defensa, y le pregunté cómo se sentiría él si fuera expulsado de Aire. Y finalmente, después de lo que parecieron horas, dijo que no iba a presentar una denuncia. Supongo que sintió lástima de mí. Hasta convino en firmar la hoja de conformidad. Eso fue todo. Yo volví a vestirme y ambos salimos. Pero dejamos la habitación por separado, pues estábamos demasiado enojados para salir juntos sonriéndonos mutuamente con aspecto feliz. Aún así, creo que alguien del personal de la zona neutral sospechó algo.

—¿Es eso lo que le estaba preocupando a usted? —preguntó el huxley cuando le pareció que ella había terminado.

—Bueno... Puedo confiar en usted, ¿no es así? ¿No lo dirá usted?

—Desde luego que no. Cualquier cosa que se diga a un huxley es una comunicación privilegiada. El primer correctivo se nos aplica a nosotros, antes que a cualquier otra profesión.

—Sí, recuerdo que hubo una decisión del Tribunal Supremo sobre la libertad de hablar... —tragó saliva, se atragantó, y tragó de nuevo—. Cuando recibí el siguiente comunicado *dighting* —se decidió animosamente—, me impresionó tanto que solicité un ginecólogo. Yo esperaba que el doctor iba a decir que no andaba bien físicamente algo en mí, pero dictaminó que estaba en buena forma. Dijo: «Una muchacha como usted debería ser magnífica en rebajar la tensión interservicio». Así pues, no obtuve ninguna ayuda por esa parte. Acudí luego a un huxley, al que antes le dije. Me largó un discurso filosófico, que tampoco me sirvió de nada. Así que finalmente... bueno, robé una Watson extra del laboratorio.

Hubo un silencio. Cuando ella vio que el huxley había digerido

su revelación sin demasiado esfuerzo, prosiguió:

—Quiero decir una Watson extra. No podía soportar el pensamiento de pasar por otro *dight* como el anterior. Se armó un jaleo sobre la ampolla que faltaba. Las drogas de *dighting* se hallan bajo un estricto control. Pero no lograron descubrir quién se la había llevado.

—¿Y le sirvió a usted? ¿La doble dosis de celo? —preguntó el huxley, manoseando los botones superiores de su chaleco, como si no estuviera seguro de sentir un picor.

—Pues sí. Todo fue perfectamente bien. Él, el hombre, dijo que yo era una muchacha estupenda, y que Marine era un buen servicio, después de Infantería, desde luego. Él era Infantería. Yo lo pasé también magníficamente, y la semana pasada, cuando tuve una solicitud de Infantería sobre algunos pedigrís porcinos, la serví cumplidamente. Esa reducción de la tensión vale. Sin embargo, creo que me he sentido tremendamente nerviosa. Y ayer recibí otro comunicado *dighting*. ¿Y qué he de hacer? No puedo robar otra Watson. Han reforzado los controles. Pero aunque pudiera, no creo que bastara con otra extra. Esta vez creo que necesitaría dos...

Posó su cabeza sobre el brazo de su butaca, tragando saliva desesperadamente.

—¿No cree usted, pues, que todo iría bien con sólo una Watson? —preguntó el huxley tras un intervalo—. Después de todo, la gente acostumbra *dight* sin ninguna Watson en absoluto.

—Esta vez no era un *dighting* de interservicio. No, no creo que resultara bien. Mire, esta vez era de nuevo Aire. Se pretende que trate de descubrir algo sobre la nutrición porcina. Y yo siempre he odiado a Aire en particular.

Retorció nerviosamente el control de su audífono. El huxley dio un ligero bote en su asiento.

—Ah... bueno, desde luego podría usted dimitir —dijo con voz apenas audible—. Sonya, en el curso de una dilatada contienda hay siempre una gran dosis de contaminación cultural, y si había allí muchachas llamadas Sonya, Olga, y Tatiana en Defensa, se encontraban otras llamadas Shirley, y Mary Beth del lado enemigo.

Sonya le lanzó una mirada incrédula.

—Debe estar usted bromeando —dijo—. Me parece de muy mal

gusto. No le conté a usted mis dificultades para que se burlase de mí.

El huxley pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—En absoluto, mi estimada damita —dijo aplacadoramente; oprimió su vientre con las manos—. Era sólo una sugerencia. Como bien dijo usted, de muy mal gusto. Debí haberme dado cuenta de que usted prefería morir antes que dejar de ser Marine.

—Así es —afirmó ella.

—Puede que usted no se percate de ello —dijo el huxley relajándose—, pero dificultades como las tuyas no son completamente desconocidas. Quizá, tras una larga serie de celos, se formen anticuerpos. Dado un estado de inicial renuencia fisiológica, una forzada respuesta sexual podría... Pero usted no está interesada en todo esto. Usted desea ayuda. ¿Qué le parece dirigirse con sus trastornos a alguien superior?

—¿Quiere usted decir... al CO?<sup>[4]</sup>

El huxley asintió.

El rostro de la mayor Briggs se tornó escarlata.

—¡No puedo hacer eso! —clamó—. ¡No puedo! Ninguna muchacha escrupulosa podría. Me avergonzaría demasiado.

Golpeó su morral con una mano, y comenzó a sollozar.

Finalmente se incorporó. El huxley le estaba observando pacientemente. Ella abrió su morral, sacó cosméticos y espejo, y comenzó a reparar los estropicios de la emoción. Luego extrajo una vibro-aguja electrónica y comenzó a utilizarla en algún indeterminado paño blanco.

—No sé lo que haría sin mi labor —dijo como explicación—. Estos últimos días, es lo único que me mantiene en mis cabales. Gracias a la diosa está de moda el hacer esta clase de labor ahora. Bien. Ya le he contado mis desazones. ¿Tiene usted alguna idea?

El huxley la miró con ojos un tanto saltones. La vibro-aguja punteaba constantemente, tan constantemente que Sonya no se percató en absoluto de que un seco chasquido en el pecho del huxley iba en aumento. Además, el ruido era de una frecuencia que su audífono no captaría demasiado bien.

El huxley carraspeó.

—¿Está usted segura de que sus dificultades de *dighting* son realmente culpa suya? —preguntó con voz extrañamente alterada.

—Bueno... lo supongo. En cualquier caso, no ha ido nada mal por parte de los hombres ninguna vez —respondió la mayor Briggs sin levantar la vista de su labor.

—Sí, fisiológicamente. Pero mirémoslo de este modo. Y yo deseo recordarle, mi estimada joven, que ambos somos individuos maduros, sofisticados, y que yo soy un huxley, después de todo. Suponiendo pues que su cita de *dighting* hubiese sido con... alguien en... Marine, ¿hubiese usted tenido alguna dificultad?

Sonya Briggs, cuyas mejillas empezaron a centellear, dejó a un lado su labor.

—¿Con un grupo hermano? ¿Usted no tiene derecho a hablarme así!

—Bueno, bueno. Debe usted conservar la calma.

El chisporroteo en el pecho del huxley hacía ahora tanto ruido que sólo la emoción de Sonya podía tornarla sorda a él.

—No se ofenda —prosiguió el huxley con su extraña voz—. Estaba exponiendo un caso completamente hipotético.

—Entonces... suponiendo que se supone que es completamente hipotético y que nunca, jamás soñaría yo en hacer una cosa así... entonces, no supongo que habría yo de tener ningún trastorno con ello.

Volvió a tomar la vibro-aguja.

—En otras palabras, no es su culpa. Considérelo así. Usted es Marine.

—Sí —la cabeza de la muchacha se alzó orgullosamente—. Soy Marine.

—Sí. Y ello significa que usted es cien veces, mil veces, mejor que cualquiera de esos presuntuosos con los que tiene que *dight*. ¿No es verdad? Está sólo en la naturaleza de las cosas. Debido a que usted es Marine.

—Pues... supongo que es así. Antes jamás pensé en ello de esta manera.

—Pero ahora puede ver que es verdad, cuando piense en ello. Tome esa cita que tuvo con el hombre del Aire. ¿Cómo podía ser su culpa que no pudiera usted corresponderle a alguien de *Aire*? ¡Vaya,

era su culpa, eso está tan claro como la luz del día, *su culpa* por pertenecer a un servicio tan repulsivo como Aire!

Sonya estaba mirando al huxley con la boca abierta y los ojos brillantes.

—No lo pensé antes —respiró—. Pero es verdad. Tiene usted razón. ¡Una magnífica, una maravillosa razón!

—Desde luego que la tengo —dijo el huxley con aire de presunción—. Fui construido para tenerla. Ahora, consideremos la cuestión de su próxima cita.

—Sí, hagámoslo.

—Usted irá a la zona neutral como de costumbre. Y llevará consigo su miniBAR, ¿no es así?

—Desde luego. Siempre vamos armados.

—Bien. Irá usted a desvestirse. Se aplicará su Watson. Si surte efecto...

—No surtiré. Estoy casi segura de ello.

—Escúcheme. Como estaba diciendo, si surte efecto, usted realizará el *dight*. Y en caso de que no, usted lleva su miniBAR.

—¿Dónde? —preguntó Sonya, frunciendo el entrecejo.

—A la espalda. Usted deseará darle una oportunidad. Pero no demasiado buena. Si la Watson no suerte efecto... —el huxley hizo una pausa para el efecto dramático—, *sacará usted su arma y le matará. Disparará usted atravesándole el corazón*. Lo dejará tendido contra un mamparo. ¿Por qué había usted de afrontar una penosa escena como la que describió, a causa de un mamarracho de Aire?

—Sí... pero —objetó Sonya con la expresión de alguien que, al par de esforzarse por ser razonable, no estaba demasiado segura de que pudiera justificarse la razón—. Eso no reduciría efectivamente la tensión interservicio.

—Mi estimada joven, ¿por qué habría de ser reducida la tensión interservicio a expensas de Marines? Además, usted debe atenerse a la consideración de un punto de vista cabal y supremo. Todo cuanto beneficie a Marines, beneficia a Defensa.

—Sí... Eso es verdad... Creo que me está dando usted un buen consejo.

—¡Pues claro que sí! Una cosa más. Después de que lo haya matado, deje una nota con su nombre, sector y número de identidad. Como demostración de que no se avergüenza de ello.

—No... No... Pero, ahora que me acuerdo. ¿Cómo puede darme él la fórmula porcina una vez muerto?

—Tan probable es que se la dé muerto como se la hubiese dado cuando estaba con vida. Además, piense en la humillación que supondría. ¡Usted, Marine, teniendo que rebajarse a mendigar una cosa como ésa del Aire! ¡Vamos, él debería sentirse orgulloso, honrado, de darle la fórmula!

—Sí, en efecto —los labios de Sonya se apretaron—. No andaré con tonterías con él. Incluso si la Watson surte efecto y resulta el *dight* con él, lo mataré después. ¿No lo haría usted?

—Desde luego. Cualquier muchacha con temple lo haría.

La mayor Briggs lanzó una ojeada a su reloj.

—¡Ya más de veinte minutos! ¡He de ir inmediatamente a la cochiguera! —le lanzó una destellante mirada—. Muchísimas gracias. Voy a seguir su consejo.

—Me alegro. Adiós.

—Adiós.

Ella salió de la estancia canturreando «Desde los pórticos de Moctezuma...»

Una vez estuvo solo, el huxley se quedó con aire ausente, mirando especulativamente al techo, como preguntándose cuándo iban a abatirse las bombas de Aire, Infantería y Armada. Había tenido hasta entonces entrevistas con doce muchachas jóvenes, y a todas había dado el mismo consejo que a la mayor Briggs. Hasta un huxley con un defecto en el pecho debiera haber previsto que el resultado final de su consejo sería una catástrofe para Marine.

Se quedó sentado unos momentos más, repitiéndose:

—Popoff, Popoff, Papa, patatas, pollos, peras y prisma, peras y prisma.

Su defecto estaba chisporroteando ruidosa y campechanamente; buscó en la banda de sonido radiofónico hasta que encontró un programa de música atonal que logró cubrir convenientemente el ruido. Aunque su desbarajuste había alcanzado un extremo que no estaba lejos de la locura, el huxley retenía aún cierta marrullería.

Una vez más repitió para sí mismo: «Pop-poff, Pop-poff». Y luego fue a la puerta de su sala de espera y llamó a la siguiente cliente.

# Notas

[1] Niccolo, en su distracción, toma tabla (*table* en inglés) por mesa (igualmente *table* en inglés. (N. del T.) < <

[2] He sido acusado en el pasado de inventar algunas de las insólitas palabras que aparecen en mis historias. A veces, esta acusación ha sido justificada; y a veces no. En consecuencia, y para su conocimiento, ha de observarse que *dight* es una palabra media inglesa que significa, entre otras cosas, «tener intercambio sexual con». El vocablo *dight* fue reintroducido por un filósofo de este siglo a quien no le gustaba el eufemismo «dormir con», y que vio que el idioma necesitaba desesperadamente un verbo transitivo que fuera de «buen uso». (N del A.) < <

[3] Con segura referencia a los conocidos Huxley (Aldous), (Sir Julian) y (Thomas), escritores, filósofos, ensayistas, biólogos. Propiamente debiera traducirse como consultor. (N. del T.) < <

[4] **Oficial Comandante.** < <